

DADA A LA BIBLIOTECA
CIÓN GENERAL DE P...

ELLIOTT

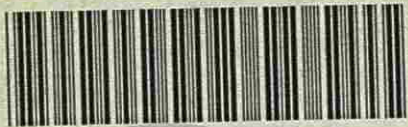
LIBRARY

P09261

.H4

L48

ALD



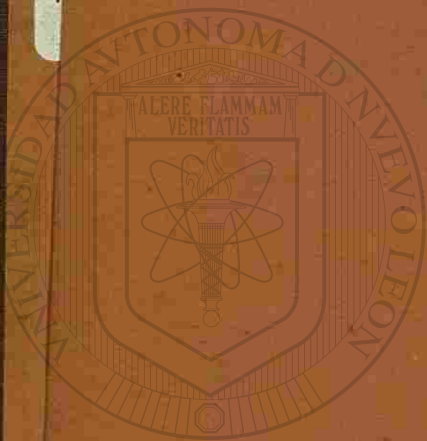
1020023030



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XI.

LEYENDAS Y NARRACIONES DE ALEJANDRO HERCULANO.

ARRAS POR FUERO DE ESPAÑA

LA DAMA DEL PIÉ DE CARRERA

TRADUCIDAS

por

RICARDO BLANCO ASEÑO

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

San Mateo, núm. 11, CUARTO

1874.

RESERVO DE LITERATURA

111341



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madrid, 1874.—IMP., EST. Y CALV. DE ARIBAU Y C.^ª,

SUCESORES DE RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

P09261

.H4

248



ALEJANDRO HERCULANO.

Fortunatus est ille, qui novit Deos agrestes.

Al hablar de Alejandro de Herculano nos ha venido á la memoria este verso de Virgilio. Herculano vive hoy cual otro Cincinato retirado del mundo y hasta de las ocupaciones literarias, en una modesta posesion cerca de Santarem; el historiador, el filósofo y el poeta portugués contemporáneo, es hoy un simple cultivador de olivos.

La historia, el carácter y hasta la fisonomía de Herculano, le colocan fuera de su patria, fuera de su época; de aquí su extraño y voluntario ratriamiento. Su rostro severo, contorneado por líneas rectas enlazadas con ligeras curvas, tiene la majestad de esas nobles fisonomías de la estatuaria antigua, y

se asemeja á los bustos de Canova y á los relieves de Flaxman. Su carácter en armonía con el rostro tiene algo de altivez pagana y de entereza estoica; hay en él mucho de la áspera rudeza de Caton, y de la resignacion filosófica de Séneca. Su historia, en consonancia con su carácter y su fisonomía, es una lucha desesperada, una continuada protesta de una alma indomable en su grandeza, que no puede transigir con las miserias repugnantes de la realidad, representadas en esta época por el agio político, la hipocresía religiosa, la vanidad ignorante, la envidia y la maledicencia.

Alejandro Herculano de Carvalho, nació en Lisboa el 28 de Marzo de 1810, dándose á conocer desde ántes de los veinte y seis años como poeta filosófico y moral. En 1836 publicó en el Ferrol *A voz do propheta*, y dos años despues en Lisboa *A harpa do crente*, admirable libro por la virilidad de los conceptos, la elevacion de los pensamientos y la galana rotundez de la versificacion.

Como historiador, puede vanagloriarse de ser el primero y el único de su país; los tra-

bajos en este sentido, anteriores á él, no tienen más importancia que el de los cronicosnes de Fernan Lopez, Ray Pina, Garcia Resende ó Faria de Sousa. Los adelantos modernos de la critica histórica hacian intolerables las antiguas relaciones, llenas de absurdas creencias y de tradicionales errores. Alejandro Herculano comenzó la obra monumental. Ponderar los titánicos trabajos que su colosal ingenio hubo de emplear en la acumulacion de materiales dispersos, en la eleccion de fuentes autorizadas y auténticas, y en la aplicacion de las leyes de la critica imparcial y severa, y de los conocimientos y auxiliares modernamente tan múltiples y variados para el estudio y esclarecimiento de la historia, obra seria de imposible desempeño.

El fanatismo religioso y la intransigencia de ciertas clases sociales levantaron furiosa tormenta contra los primeros tomos publicados, por no dar cabida en ellos á pueriles creencias milagrosas y vanas tradiciones caballerescas. Triunfó por esta vez la desvergonzada critica de la inepticia, del fanatismo

y de la envidia, y de la *Historia de Portugal* no aparecieron más que cuatro tomos, llegando el último hasta Alfonso III. Alejandro Herculano injuriado, perseguido, maltratado, tomó de sus detractores la más cruel de las venganzas, rompió su pluma para siempre, y se retiró á las inmediaciones de Santarem.

Como novelista tiene Herculano igual fama y reputacion que como historiador y como poeta. *El Eurico*, *El Monje del Cister* y *El Monasticon* son tres novelas históricas de inapreciable valor, tres admirables cuadros de época en que el colorido local, la realidad de los caracteres, la naturalidad de la accion siempre interesante y variada y la virilidad sostenida del estilo, hacen palidecer algunas de las más reputadas obras de Walter Scott.

Aparte de estas novelas más importantes por su estension, con el título de *Leyendas y narrativas*, publicó Herculano en 1851 una coleccion de preciosas tradiciones, históricas, populares y caballerescas, repartidas en dos tomos; en el primero: *El alcaide de Santa-*

rem, *Arras por fuero de España*, *El castillo de Faria* y *La Bóveda*; en el segundo: *La dama del pié de cabra*, *El obispo negro*, *La muerte del lidiador*, *El párroco de aldea* y *De Gersey á Granville*.

«*Arrhas por foro d' Hespanha* figura con justo título entre los más preciados monumentos de la literatura portuguesa de nuestros dias», ha dicho uno de nuestros más distinguidos críticos contemporáneos (1). Los trastornos políticos que en el reinado del débil D. Fernando, hijo de D. Pedro el Justiciero, promovieran sus criminales amores y su escandaloso casamiento con Leonor Teitez, *la Adúltera*, dan suficiente asunto á la leyenda, que tanto por su interés como por su estension bien mereciera la calificación de novela. La pintura del carácter y costumbres del pueblo de Lisboa en el siglo XII, las turbulentas reuniones de aquella plebe impaciente y bulliciosa, que con el nombre de *araya-miuda* conspiraba en la taberna de Folc

(1) D. Antonio Romero Ortiz. *La Literatura portuguesa en el siglo x x*. Art. sobre Herculano.

Taca intimidando al rey en su palacio de San Martín y en el pórtico de Santo Domingo imponiéndose á la nobleza; los variados y sostenidos caracteres del débil monarca, de la rencorosa adúltera, del traidor Fr. Roy y del revolucionario Fernan Vazquez y la sucesion animada del estilo, ya en diálogos fáciles é interesantes, ya en descripciones poéticas y eruditas, todo esto dentro del tono general de localidad y de época hacen de esta narracion un exactísimo cuadro histórico, al par que una acabada novela. Las descripciones de los tortuosos barrios de la antigua Lisboa, morada de aquella plebe desencadenada y turbulenta, altiva y harapososa, recuerdan aquellas escenas de mi serria y desenfreno, aquellos bacanales de la mendicidad y del vicio, que describió Victor Hugo en la *Corte de los milagros*.

Otra de sus leyendas, *La dama del pie de cabra*, interesante á nuestra literatura por estar fundada en una tradicion de Vizcaya, es por la sencillez primitiva de su estilo y lo sobrenatural y fantástico de su accion, una tjerna y poética balada.

Estas dos leyendas son las que nos hemos decidido á traducir, dada la importancia literaria de ambas, y la justa y merecida reputacion de su autor, no dudamos que el público las acogerá con benevolencia.

RICARDO BLANCO ASENJO.



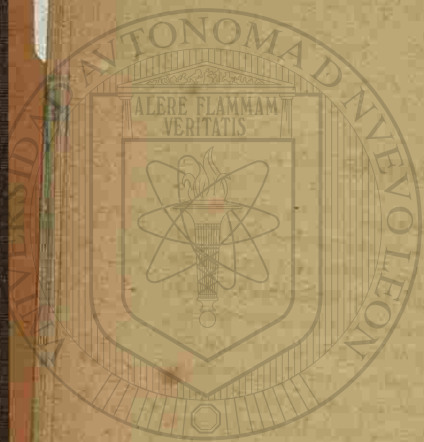
ARRAS

FOR

FUERO DE ESPAÑA:
(1371-2).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

LA ABRAYA-MIUDA (1).

El toque del Ave María ó de la oración habia dado en la torre de la catedral la última campanada, y por las ventanas y puertas de la multitud de casas, que apiñadas al redor del castillo y como empaquetadas y comprimidas por la apretada cinta de las murallas primitivas de Lisboa, parecían no caber en ellas, veíase fulgurar aquí y allá las luces interiores; en cuanto á las calles tortuosas é inmundas, yacían como barajadas y confundidas bajo el manto de las tinieblas. Había llegado la hora de los terrores, porque du-

(1) Los plebeyos de Lisboa habían adoptado un mote burlesco que expresaba la insignificancia y pequeñez de su clase. A diferencia de los *fidalgos* ó nobles, la plebe dió en llamarse *arraya-miuda*, que quiere decir tanto como *pez pequeño*.

(N. del T.)

rante la noche en aquellos buenos tiempos la estrecha senda del bosque desierto, no era más triste, temerosa y espuesta que la misma calle-nueva, la más opulenta y hermosa de la capital. Lo que sin embargo había allí de desacostumbrado y extraño era el silencio y la oscuridad profunda en que yacía sepultado el palacio, cerca de San Martín, donde entónces residía el rey D. Fernando, al mismo tiempo que por las travesías y encrucijadas sonaba un tropel de pisadas, un susurro de voces confusas que indicaban estar agitados las olas populares por el viento de Dios, y que todavía aquel mar revuelto no había enteramente caído en la calma y soñolencia que siguen á la tempestad.

Y así era en efecto, como el lector podrá averiguar por sus propios ojos y oídos, si con reserva y disfrazado, quiere entrar conmigo en la muy afamada y antigua taberna del viejo Folco Taca, que está bien cerca, saliendo de la catedral, en la calle que sube hácia el castillo, siete ú ocho puertas más arriba del concejo.

La taberna de maese Folco Taca, genovés que viniera á Portugal siendo aún niño, como paje del famoso almirante Lanzarote Pezafia, que hacia años había abandonado el servicio marítimo para dedicarse al comer-

cio, era la más célebre entre todas las de Lisboa, no sólo por el lujo de su ornamento y la bondad de los líquidos encerrados en cubas monumentales que la obstruían, sino porque en un aposento más retirado é interior, un ancho banco de pino y muchos asientos lisos ó escabeles ofrecían toda comodidad á los gariteros de profesion para perder ó ganar allí, en noches de juego arriesgado, los bellos alfonsinos y maravedises de oro, ó las estimadas doblas de D. Pedro I; el cual, al contrario de sus antecesores y sucesores, creía ser más rico y poderoso haciendo acuñar moneda de buena ley y peso, y no quitándola el valor intrínseco y aumentando el nominal, segun costumbre de todos los reyes en el principio de su reinado.

Maese Folco sabía extender gruesas telarañas sobre los ojos del corregidor de la corte y de todos los sayones, esbirros y demás familia de la noble raza de algnaeiles, acerca de la ilegalidad de semejante establecimiento industrial. El elixir que empleára para producir está maravillosa ceguera, no sabemos cuál fuese; pero es cierto que no se perdió con la alquimia, porque se ve que existió en manos venturosas, produciendo aún hoy repetidos milagros en todo, análogos á este. Era, pues, en la taberna-garito de la *Puer-*

la de hierro, conocida vulgarmente por tal nombre por razon de la vecindad de esta puerta á la antigua muralla, donde los ruidos vagos é inciertos que susurraban por las calles de la ciudad, sonaban más clara y distintamente, como la corriente marítima, remontándose y precipitándose, se quiebra sobre el abismo con lúgubre y retumbante fragor. El vasto salon de la taberna estaba repleto de gente que llegaba hasta la pequeña plazuela de la Catedral, hablando todos á un tiempo, ocupados, á lo que parecia, en violentas disputas que á las veces eran interrumpidas por el más alto clamor de juramentos y blasfemias, indicio evidente de que el suceso que motivaba aquella asonada ó tumulto era negocio que excitaba vivamente la cólera popular.

Ya á fines del siglo XIV era el pueblo, así como hoy, de colérico. Entónces rabietas de la infancia; hoy enojos de la vejez.

Si en la calle el bullicio era tempestuoso y confuso, dentro de la casa de maese Polco la bulla podia llamarse infernal. Hacia uno de los lados, en medio de un ancho corro de plebeyos, oianse palabras amenazadoras, sin que fuese posible percibir contra cual ó cuales individuos se acumulaba tanta saña. En otro lado, entre el vocear de un apiñado

grupo de mujeres, cuya vida de perdicion se revelaba en sus corpiños de paño de Arrás, en los cintos oscuros, en las camisas y petos sin adernos y lisos, resonaban risotadas discordes y prolongadas, en las cuales se manifestaban profundamente impresos el descaro y la insolencia de aquellas desgraciadas. Encima de las mesas se veian vasos y tazas vacías, y debajo de algunas de ellas cuerpos tirados que parecieran cadáveres si los resuellos y ronquidos que á veces sobresalian á través del ruido de aquel respetable congreso, no probáran que aquellos honrados ciudadanos, suavemente arrullados por los vapores del vino y del entusiasmo, se habian dormido en la paz de una buena conciencia. En fin, la provista y bien reputada taberna del antiguo compañero de gloria de maese Lanzarote, estaba visiblemente prostituida y nivelada con los más inmundos y viles tabernáculos de Lisboa. El gigante popular habia allí asentado su cohorte feroz, y por primera vez el vicio y la corrupcion habian atravesado aquellos umbrales sin su máscara de modestia y gravedad. Sobre los harapos del pueblo no tienen cabida los adornos de oro. Hé aquí la única diferencia moral que hay entre él y las clases superiores que se creen mejores porque en la escuela de la ci-

vilización aprenden desde la infancia las maneras y los modales de una compostura hipócrita.

El astro que parecía iluminar con su luz, vivificar con su calor aquel turbion de planetas; el centro moral, la rueda en la que giraban todos aquellos espíritus, era un hombre que daba señales de tener cuarenta años cumplidos, alto, delgado, trigueño, ojos hundidos y brillantes, cabello negro y crespo, barba cenicienta y espesa. Apoyado en una de las muchas mesas que adornaban el ancho aposento, y rodeado de una inmensa muchedumbre de plebeyos de ambos sexos que escuchaban con religioso silencio, su voz gruesa y sonora que sobresalía entre el ruido y sólo se confundía por algun juramento salido de enmedio de los otros corros del pueblo ó con los ecos de las risotadas que vibraban en aquel ambiente denso y sofocante parecidas en cierto modo al tempestuoso fulgor que surease rápidamente las tinieblas húmedas y profundas de la cripta subterránea de alguna Iglesia del siglo sexto.

De repente, dos caballeros, cuya jerarquía se conocía por los birretes de terciopelo negro adornados con pluma, con las calzas de seda abolladas, y por los cintos de piel de gamo bordados de plata, entraron en la ta-

berna y atravesando entre el pueblo que las abría el paso, llegaron al pié del hombre alto y moreno. Traían los embozos subidos á la cara de modo que ninguno de los circunstantes pudo conocer quiénes eran. Bastantes deseos de indagarlo pasáran por muchos de aquellos embriagados cerebros; mas la misma reflexion detuvo simultáneamente todas las manos. A lo largo del muslo izquierdo de los embozados veíase relucir la espada, y en el lado derecho y sujeto al cinto que la punta levantada del capote dejaba ver, descansaba el puñal. El pasaporte de venir así pertrechados era digno de consideracion, pues aunque entre la turba se hallasen algunos hombres de armas, principalmente ballesteros, casi todos estaban desarmados. Tenía sus riesgos, sin embargo, presentarse á la vista del pueblo.

Los dos desconocidos hablaron en secreto por algunos minutos al hombre alto y delgado, que de cuando en cuando meneaba la cabeza haciendo un gesto de asentimiento; después rompieron por entre la turba que los examinaba con una especie de recelo mezclado de respeto, y fueron á sentarse en dos de los escabeles colocados á lo largo de la pared. Apoyando los codos en una mesa con las cabezas apretadas entre los puños, quedaron

inmóviles y como ajenos al murmullo que comenzaba á levantarse de nuevo en torno de ellos.

Esto duró breves instantes; un *psch* del hombre alto y delgado hizo volver todos los ojos hácia aquel sitio. Subiendo á un taburete hizo con la mano señal de que quería hablar.

«¡Oid, oid!» gritaron algunos que parecían los jefes de aquella multitud desordenada.

Todos los pescuezos se alargaron á un tiempo, y viéronse muchas manos callosas levantarse encorvadas, formando en torno de las orejas de sus dueños, un anillo acústico. El orador principi6:

«¡Arraya-miuda! ¿teneis ya elegido entre vosotros ciudadanos elocuentes y entendidos para exponer vuestras razones y quejas contra este maldito y descomunal casamiento del rey con la mujer de Juan Lorenzo de Acuña?»

«Todos á una entendemos que debeis ser vos, maese Fernan-Vazquez:» respondió un viejo cuya limpia calva relucía á los rayos de una de las lámparas pendientes del techo y que parecia ser hombre de importancia entre los plebeyos. «¿Quién hay en la arraya-miuda más discreto y á propósito para

tales asuntos como vos? ¿Quién con más precisas razones espondria nuestro agravio y la deshonra y vileza del rey que lo que vos ya hicisteis hoy en la reunion que ante el palacio tuvimos esta tarde?»

«¡Levantemos, levantemos por nuestro capitán á Fernan Vazquez!» gritó unánime la chusma.

«Gracias, maese Bartolomé Chambao», replicó Fernan Vazquez, acallado el tumulto. «Por lo dicho hoy tendré en pago la horca si la adúltera llega á ser reina; por lo de mañana tendré las manos mutiladas en vida, si el rey con sus palabras suaves y engañosas sabe apaciguar al pueblo. Y tened por averiguado maese Bartolomé, que el verdugo sabe apretar mejor el nudo de cuerda en la garganta que yo la puntada en peto de vestido ó en costura de colete, y que el cuchillo del ejecutor entra más fácilmente en la garganta de un cristiano que el vuestro en la aduela (1) de una cuba.»

«¡Amen dico vobis!» gritó un cogulla cuyas rojas mejillas y voz estentórea, desdeñaban del hábito de grosero paño.

(1) Así se llama á las tablas que en círculo y sujetas por arcos forman las cubas ó pipas. (N. del T.)

«¡Hola! Fr. Roy Zambrana habla lenguaje cristiano si quieres guiar tu rumbo por nuestra estela», gritó un calafate de Alfama que, según parecía, capitaneaba un gran grupo de pescadores, barqueros y patrones de aquel barrio, entonces casi exclusivamente poblado de semejante gente.

«He querido decir, repuso el fraile, que ninguno como maese Fernan Vazquez es hombre de calma y de saber para hablar mañana al rey convenientemente sobre el hecho del casamiento de Leonor Tellez, del mismo modo que ninguno lleva ventaja al calafate Arias Gil en osadía para huir á las galeras de Castilla y para insultar á los buenos siervos de la iglesia.»

Era alusión personal. Una carcajada ruidosa y prolongada respondió á la picante indirecta de Fr. Roy que bajó los ojos con aire hipócritamente contrito, semejante al gato que después de arañar va á rozar mausamente la mano que ensangrentó.

Fr. Roy era también, como Arias Gil, un ídolo popular, y la mala voluntad que parecía haber entre el lego y el calafate naciera de la emulación; de una duda cruel sobre la altura relativa del trono de encrucijada, del trono de lodo y harapos en que cada uno de ellos se sentaba.

Si por acaso aquella multitud no estuviese persuadida de la superioridad intelectual de Fernan Vazquez, la opinión de aquellos dos oráculos no habría dejado sobre ello la menor duda. Además, en las palabras de ambos había un pensamiento escondido; pensamiento de ódio que naciera en un día, y en un día echára profundas raíces en los corazones de ambos. El marinero y el monje habían pensado al mismo tiempo que lisonjeando al hombre querido de la plebe, sacarían juntamente dos resultados, el de ganar la confianza de éste y el de empujar al terreno de la violencia al nuevo rey de las turbas, levantado hacia pocas horas sobre los broqueles populares.

Mas ¿qué acontecimiento era aquel de que hablaba el pueblo? Sabrémoslo remontándonos un poco más arriba.

El amor ciego del rey D. Fernando por la mujer de Juan Lorenzo de Acuña, doña Leonor Tellez, hacia mucho que era pasto sabroso de la maledicencia del pueblo, de los cálculos políticos y de las maquinaciones de los hidalgos. Ligada por el parentesco con muchos de los principales caballeros de Portugal, doña Leonor, ambiciosa, sagaz y corrompida, había empleado todas las artes de su ingenio pronto y agudo, en formar entre

la nobleza una parcialidad que la fuese favorable. En cuanto al rey, la pasión violenta en que ardía, la aseguraba á ella el completo dominio en su corazón. Pero las aspiraciones de aquella mujer cuya alma era un abismo de codicia, de desenfreno, de altivez y de osadía, rayaban más alto que á la triste vanagloria de ver á sus pies un rey bueno, generoso y gentil. A través del amor de D. Fernando, ella sólo veía el lucir de la corona, y el hombre se eclipsaba ante aquel esplendor. El nombre de la reina mezclábase en sus sueños; era el significado de todas sus palabras de ternura, el resumen de todas sus caricias, la idea primordial de todas sus ideas. Leonor Tellez no amaba al rey, como lo probó el tiempo; mas D. Fernando creía en el amor de ella, y este príncipe, que sería uno de los mejores monarcas portugueses y que bajo muchos aspectos lo fué, dejó en su historia casi siempre insignificante un nombre deshonrado, por hallarse escrito en la horrible crónica de nuestra Lucrecia Borgia. Una dificultad casi insuperable para otra que no fuese doña Leonor, se interponía entre ella y sus ambiciosos designios. ¡Era casa! Un proceso de divorcio por parentesco, juzgado por jueces afectos á doña Leonor, ó que sabían hasta donde alcanzaba su venganza,

le libró de este tropiezo. Su marido, Juan Lorenzo de Acuña aterrado huyó á Castilla, y D. Fernando, casado según se decía, ocultamente con ella, mucho ántes de la época en que comienza esta narración vió al fin satisfecho su amor insensato.

Aquellos de los nobles que aún conservaban puras las costumbres severas de los antiguos tiempos, indignábanse por el oprobio de la corona y por las consecuencias que debía tener el repudio de la infanta de Castilla cuyo casamiento con el rey, concertado y jurado, fué desecho por éste con la ligereza que se notaba como defecto principal en el carácter de D. Fernando.

Entre los que altamente desaprobaban tales amores, el infante D. Dionisio, el más joven de los hijos de doña Inés de Castro, y el viejo Diego Lopez y Pacheco eran, según parece, las cabezas de las parcialidades contrarias á doña Leonor; aquél por la altivez de su ánimo; éste por gratitud á D. Enrique de Castilla en quien hallára amparo y abrigo en el tiempo de sus infortunios, y que le salvara de la triste suerte de Alvaro Gonzalez Coutinho y de Pedro Coello, sus compañeros en el patriótico crimen de doña Inés.

El casamiento del rey, verdadero ó falso, era un rumor vago, una sospecha. Los nobles

que lo desaprobaban trasmitian al pueblo sus temores, y la agitacion de los ánimos crecia á medida que los amores del rey se hacian más públicos. D. Fernando habia ya revelado á sus consejeros la resolucian que habia tomado, y éstos, aunque hablasen al principio con la libertad que entónces se usaba en los palacios de los reyes, considerando inútiles sus gestiones, limitáronse á condenar con su silencio tan malhadada resolucian. El pueblo, sin embargo, no se contentó con eso.

Conforme á las ideas de aquel tiempo, ademas de las consideraciones políticas, semejante consorcio era monstruoso á los ojos del vulgo, por un sentimiento de religion, el cual aun sería más grave hoy, como lo será en todos los tiempos en que la moral social sea más respetada de lo que era en aquella época. Tal matrimonio era un verdadero adulterio, y los hijos que de él procediesen mal podrian ser considerados como infantes de Portugal, y por consecuencia como llamados á la sucesion de la corona.

La irritacion de los ánimos, avivada por la nobleza, habia llegado á su ange, y la cólera popular reventó violenta en la tarde que precedió á la noche en que comienza esta historia.

Tres mil hombres se habian dirigido tumultuosamente á las puertas del palacio dando apenas tiempo á que se cerrasen. La vocería y el estrépito que hacia aquella multitud desordenada asustó al rey, que por un privado suyo mandó á preguntar *qué querian*, y que para qué estaban de aquella manera reunidos. Entónces el sastre Fernan Vazquez, *capitán y procurador de ellos*, como le llama Fernan Lopez, afeó en términos violentos las intenciones del rey, regalando á doña Leonor los títulos de mala mujer y hechicera, y afirmando que el pueblo nunca habia de consentir en su casamiento adúltero. La arenga ruda y vehemente del sastre orador, acompañada y vitoreada con gritos insolentes y amenazadores del tropel que le seguia, movió al rey á responder con finezas á las injurias y á afirmar que ni doña Leonor era su mujer ni lo sería nunca, prometiendo ir en la mañana siguiente á aclarar entre ellos este asunto al monasterio de Santo Domingo donde los citaba. Con tales promesas poco á poco se aquietó el motin y al anochecer la plaza inmediata á San Martin estaba en completo silencio. Como si en la soledad, el rey quisiese consultar consigo lo que habia de decir á su fiel y buen pueblo de Lisboa, las vidrieras de colores de las ventañas del palacio real que

vertian casi todas las noches el ruido y la luz de los saraos, cerradas desde esta hora y silenciosas como un sepulcro, contrastaban con el lucir de las antorchas, con el estrépito de las calles, con el reir de las mujeres perdidas y de los hombres embriagados, con el pasar continuo de los grupos y pandillas de gente, que se encontraban, unían, separaban, retrocedían, vacilaban, quedaban inmóviles, aglomerábanse para separarse, separábanse para unirse de nuevo, sin voluntad y sin oposición, sin motivo y sin objeto, conjunto inerte, movido al acaso como las olas del mar, tempestuoso é irreflexivo como ellas. Feroz en su cólera motivada, ferocísimo en su reir insensato, el vulgo pasaba, rey de un día. Ese ruido, ese vértigo que le agitaba, era su baile, su fiesta de triunfo; y las estrellas de la serena noche de Agosto, semejantes á lámparas pendientes de inmensa bóveda, alumbraban el sarao popular, las salas de su recreo, la plaza y la callejuela. Aquello era juntamente truhanesco y terrible.

En la taberna de maese Folco, (donde dejamos los personajes principales de esta historia para ingerir tal vez fuera de lugar el prólogo ó introducción á ella) las aclamaciones frenéticas de los plebeyos habían hecho indudable que el *expositor* para la junta del

día siguiente debía ser el muy avisado y entendido maese Fernan Lopez. Fr. Rey era de todos los circunstantes el que parecía más afecto á esta elección, y el calafate Arias Gil ayudábale poderosamente, con el ruido de los robustos pulmones de los bateleros de Alfama, vitoreando al compás de los remos á su capitán. El sastre no pudo resistir, ni por acaso pensó hacerlo, á tanta popularidad, y en pié sobre la silla, con la cabeza levemente inclinada sobre el pecho, en una postura entre de resignación y de contento, surcaba por sus labios entreabiertos una sonrisa que revelaba una parte de los misterios de su corazón. En fin, cuando el clamor empezó á serenarse Fernan Lopez irguió la cabeza y con ademán grave dió señal de que quería hablar.

Hízose de nuevo silencio.

«Sea, pues, como queráis; dijo el sastre, pero ved el gran riesgo á que me espongo por vosotros. Hablaré al rey con franqueza portuguesa; le espondré vuestro agravio y la deshonorá y el feo pecado de su real señoría; más es necesario que vosotros todos cuantos aquí estais os halleis agrupados al romper el alba, en el pórtico de Santo Domingo. Dicen que la adúltera es mujer de gran corazón y osados pensamientos; en Lisboa están muchos caballeros parientes y parciales suyos.

Ballesteros de esta asamblea, que no se os queden en casa vuestras ballestas y aljabas. Montería de Lisboa, levantad vuestras lanzas. Los cañones é ingenios del castillo, afinó el sastré en voz más baja y titubeando, no os amedrentarán, aunque el rey lo quiera, porque el alcaide mayor Juan Lorenzo Bual no es de los aficionados á doña Leonor Tellez. Santa Maria y Santiago sean con vosotros! ; Hurra, hurra por la arraya-miuda! A descansar, amigos.»

«¡Hurra, hurra!» respondió la turba multa.

«¡Muera la concubina!» gritó Arias Gil con voz de trueno. «¡Muera la concubina!» repitieron los bateleros y las virtuosas matronas de los corpiños de Arrás y los cintos negros, que asistían á aquel cónclave.

«Cuidado, Arias, que San Martín está cerca y dicen que doña Leonor tiene oído delicado;» dijo Fr. Roy al calafate con sonrisa diabólica.

«Mal dolor te consuma, bellaco, dijo el calafate. Cuando quiero que me oigan hablo alto. Hurra por su señoría el buen rey don Fernando, Dios le libre de Castilla y de hechizos.»

El calafate enmendaba el error como podía. Y entre muertas y vivas, entre risas y quejas, entre amenazas vanas é insultos inútiles,

aquella ola de pueblo contenida en la taberna de maese Foleo esparcióse por las calles, desembocó por las travesías, encrucijadas y callejuelas, y se filtró por las casuchas y barracas que en aquel tiempo no era raro encontrar junto á la planta de los palacios en la vieja y opulenta Lisboa.

Con los brazos cruzados el sastré contemplaba aquella multitud que disminuía rápidamente, y cuyo murmullo, alejándose era comparable al gemido del viento de la noche en las zarzas de la campiña. Aun tenía los ojos fijos en el portal por donde saliera la masa informe llamada pueblo, y ya nadie quedaba, salvo los dos caballeros que habían permanecido inmóviles en la postura que adoptáran, y Fr. Roy, que se había tumbado sobre una de las mesas y ya soplabá y roncaba en sueño profundo.

Los dos caballeros se levantaron y descubrieron los rostros; á uno aun no le apuntaba la barba; al otro en la blancura de las melenas, que traía sobre los hombros á usanza de Castilla, y en el rostro surcado de arrugas, se le conocía ser ya bien larga la historia de su peregrinacion en la tierra.

El mancebo miró á Fernan Vazquez que parecía absorto, y luego al viejo con un gesto de impaciencia. Éste le miró tambien y

se sonrió. Después el anciano llamó al sastre en voz baja, pero perceptible.

Éste, como si cayese á tierra desde la altura de sus pensamientos, estremeci6se, y saltando de la silla en la que áun se hallaba en pié, dirigi6se rápidamente hácia los dos caballeros:

«Señor infante, que vuesa merced me perdone y el Sr. Diego Lopez Pacheco. A fe que en medio de este ruido casi me olvidaba de que estabais aquí. ¿Estais desengañados por vuestros ojos de que puedo responder del pueblo, y que mañana no faltará en Santo Domingo?»

«En verdad, respondió el jóven, que tú mandas más en él que mi hermano con ser rey. Verémos si mañana te obedecen como te obedecieron hoy.»

«Eres un gran capitán, añadió Diego Lopez riendo y golpeando el hombro del sastre. Si fueses capaz de regir así en huerte una mesnada de hombres de armas merecerías la alcaldía de un castillo.»

«Que sólo entregaría en alto y en bajo, airado y pagado, de noche ó de día (1) á aquel

(1) Palabras tomadas de la fórmula feudal, con que en la Edad Media, se rendía pleito homenaje, por los señores de tierras y castillos, que reconocían al monarca.

(N. del T.)

que de mí obtuyese pleito y homenaje.»

«Bien dicho, interrumpió el anciano Pacheco en el mismo tono; si te lo negaren no será por no traer bien estudiadas las palabras del pleito, homenaje. Ten la certeza de que has de ir léjos, Fernán Vazquez; muy léjos. Así la tuviera yo de que no me ha de ser preciso coser á punta de puñal la boca de quien osáre decir que el infante D. Dionisio y Diego Lopez Pacheco cruzaron esta noche los umbrales de la taberna del genoves Folco Taca.»

Cuando estas palabras pronunciadas lentamente salieron de los labios del que las profería, los ronquidos del fraile que dormía fueron más rápidos y trémulos.

«¿Quién es aquel bellaco?» prosiguió Diego Lopez señalando á Fr. Roy con un gesto de desconfianza.

«Es uno de los nuestros, respondió el sastre; uno de los que más han encarnizado á la arraya-miuda contra la hechicera adúltera. En la asonada de esta tarde fué de los que más gritaron frente al palacio del rey. Por este respondo yo. No tendréis, señor Diego Lopez, que coserle la boca con la punta de vuestro puñal.»

«Responde por tí, honrado capitán de la arraya-miuda, replicó el viejo cortesano;

quien me responde de él es su profundo sueño; quien me respondería de él si aquí nos viese es este hierro que traigo al cinto. Ahora á lo que importa. En cuanto mañana el rey se instale en Santo Domingo, una parte de arraya-miuda y de ballesteros ha de acometer el palacio, y desde la plaza ó atravesando por los aposentos interiores, es necesario que una piedra perdida, un tiro de ballesta disparado al azar, una cuchilla blandida en algún corredor oscuro, nos asegure que el rey no puede dejar de atender las súplicas de sus leales vasallos y de los ciudadanos de Lisboa.»

«¡Muerta! exclamó el infante con un gesto de horror. No, no, Diego Lopez; no ensangrentéis el palacio de mi hermano como...»

«Como ensangrenté el palacio de Santa Clara, añadió Pacheco; decidlo francamente, porque ni remordimientos me quedaron. Señor infante, olvidaos de eso, porque yo puedo y valgo como el rey de Castilla. Señor infante, la ambición tiene que saltar muchas veces por cima de rastros de sangre. ¿Vos pasasteis adelante y no visteis los de la sangre de vuestra madre, ¿por qué temeréis ahora saltar por los de la sangre de Leonor Tellez? Señor infante, quien sube por sendas escarpadas y por despeñaderos tiene la cer-

teza de precipitarse en el abismo si cobardemente retrocede.»

D. Dionisio habíase vuelto pálido como la cera. No respondió nada; pero de los ojos brotáronle dos lágrimas.

Fernan Vazquez escuchó la teoría política del viejo matador de doña Inés de Castro con religiosa atención. Y resolvió allá para sus adentros no dejarse caer en el abismo.

«Hacerse ha como decís, dijo hablando con Diego Lopez; pero si los hombres de armas y ballesteros de Juan Lorenzo Buval bajaran del castillo....»

«¿No te dije hace poco que Juan Lorenzo permanecería quieto en medio de la revuelta? Puedes estar seguro de que no te lo dije para que animases al pueblo; es la realidad. Ahora trata de disponer las cosas para que no sea un día inútil el día de mañana. Tomando entónces de la mano al infante el feroz Pacheco salió de la taberna y tomó con él el camino del castillo. Fernan Vazquez permaneció un momento pensativo; despues bajó hácia la Puerta de Hierro repitiendo en voz baja: «No me precipitaré en el abismo.»

Pasados algunos instantes de silencio, fray Roy se levantó sacudiendo la cabeza, se sentó en la mesa y púsose á escuchar: luego saltó al suelo apagó la lámpara que ardía en medio

de la casa abandonada por Folco Taca después que el pueblo tumultuariamente la inundó, llegó á la puerta, esenchó de nuevo algunos momentos, y poco á poco se dirigió á la torre de la catedral del lado del Norte, y como un fantasma desapareció cosido con la negra y alta muralla de la catedral.

II.

EL COGULLA.

Quien hoy pasa por la cárcel de la ciudad de Lisboa, edificio inmundo, miserable, insalubre, que por sí sólo bastaría á servir de castigo á grandes crímenes, áun ve en la extremidad de ella unas ruinas, unos escombros amontonados, que separa de la calle una pared de poca altura, en la que se abre una ventana gótica. Esta pared y esta ventana son todo lo que resta del antiguo palacio de cerca de San Martín, iglesia que también desapareció sin dejar siquiera por memoria un lienzo de muro, una ogiva de otro tiempo. El Limonero es uno de los monumentos de Lisboa sobre el que corren más tradiciones de remotas épocas. Ninguno de los palacios de nuestros reyes de la primera y segunda dinastía, fué más veces habitado por ellos. Conocido sucesivamente por los nombres de *Palacio del Rey*, *Palacio de los Infantes*, *Pa-*

de la casa abandonada por Folco Taca después que el pueblo tumultuariamente la inundó, llegó á la puerta, esenchó de nuevo algunos momentos, y poco á poco se dirigió á la torre de la catedral del lado del Norte, y como un fantasma desapareció cosido con la negra y alta muralla de la catedral.

II.

EL COGULLA.

Quien hoy pasa por la cárcel de la ciudad de Lisboa, edificio inmundo, miserable, insalubre, que por sí sólo bastaría á servir de castigo á grandes crímenes, áun ve en la extremidad de ella unas ruinas, unos escombros amontonados, que separa de la calle una pared de poca altura, en la que se abre una ventana gótica. Esta pared y esta ventana son todo lo que resta del antiguo palacio de cerca de San Martín, iglesia que también desapareció sin dejar siquiera por memoria un lienzo de muro, una ogiva de otro tiempo. El Limonero es uno de los monumentos de Lisboa sobre el que corren más tradiciones de remotas épocas. Ninguno de los palacios de nuestros reyes de la primera y segunda dinastía, fué más veces habitado por ellos. Conocido sucesivamente por los nombres de *Palacio del Rey*, *Palacio de los Infantes*, *Pa-*

lacio de la Moneda, Palacio del Limonero, su historia va á perderse en las tinieblas de los tiempos. ¿Es de la época morisca? ¿Fundáronle los primeros reyes portugueses? Ignorámoslo. Y qué mucho, si el origen de Santa María la Mayor de la veneranda catedral de Lisboa es un misterio. Si trasfigurada por los terremotos, por los incendios y por los canónigos, ni en su archivo quemado, ni en sus arrugas blanqueadas y doradas, puede hallarse la certidumbre de su nacimiento y de los años de su vida. ¡Como las de la iglesia, las ruinas de la monarquía duermen en silencio en torno de nosotros, y envuelto en sus eternos harapos el pueblo vive eterno encima y al lado de ellos y ni siquiera pregunta por qué yacen allí!

En la memorable noche en que pasaron los sucesos narrados en el capítulo antecedente, esa ventana del palacio real era la única abierta en todo el vasto edificio, pero silenciosa y oscura como todas las demas. Sólo de cuando en cuando quien hacía allí mirase con atención desde el medio de la plaza, observaría algo que era blanquecino, que ora se llegaba á la ventana ora se escondía; más el silencio que reinaba en aquellos sitios no era interrumpido por el menor ruido. De repente un bulto llegó debajo de la ven-

tana y batió suavemente las palmas; la figura blanquecina llegó á la ventana, inclinóse, dijo algunas palabras en voz baja, retiróse, tornó á volver y arrojó una escala de cuerda que aseguró por dentro. El bulto que habia llegado subió rápidamente y ambos desaparecieron á través de los corredores y aposentos del palacio.

En uno de estos últimos, alumbrado por antorchas aseguradas por largos brazos de hierro clavados en las paredes, paseaba un hombre de mediana edad y de gentil presencia. Sus pasos eran rápidos é inciertos y su aspecto preocupado. De cuando en cuando paraba y escuchaba junto á una puerta cuya cortina se meneaba levemente; despues continuaba á pasear, parándose á veces con los brazos cruzados y como entregado á cavilaciones dolorosas.

Por fin, movióse la cortina de alto á abajo, y abrióse en el medio; mano blanca de mujer lo aseguraba. Esta entró y despues de ella un hombre alto y robusto, vestido de paño burdo y ceñido de ciuto de esparto, del cual pendían gruesos camándulas (1). La dama

(1) En castellano como en portugués, se da el nombre de camándulas al rosario que se compone de uno á tres diezés.

atravesó pausadamente la sala y fué á sentarse en un estrado de un palmo de altura que corria á lo largo de una de las paredes del aposento. El hombre que paseaba sentóse también en el único escabel que allí había.

Fr. Roy, que el lector ya habrá conocido, quedó al pié de la puerta por donde entrara, con la cabeza baja y en actitud beatífica.

«Aproxímate lego, dijo con voz trémula el rey; porque era el rey D. Fernando el hombre que se había sentado.»

Fr. Roy dió unos pocos pasos adelante.

«¿Qué hay de nuevo?» preguntó el rey.

«El pueblo cada vez está más alborotado, y jura hablar claramente mañana á vuesa señoría. Pero esa no es la peor nueva que traigo.»

«Habla, habla cogulla», dijo el rey, estendiendo la mano convulsa hácia el fraileuco.

«Y que mañana, cuando vuesa señoría esté en Santo Domingo, el palacio será acometido. Pretenden matar...»

«¡Mientes, fraile! gritó la dama irguiéndose sobre el estrado de un salto semejante al tigre descubierta por los cazadores en los matorrales de Asia. Mientes; pueden no quererme por reina, pero asesinarme eso es imposible. Amo mucho al pueblo de Lisboa;

téngolo hecho las mercedes que puedo; no me ha de odiar de muerte. Los nobles pueden persuadirle á oponerse á nuestro casamiento, mas nunca á poner las manos violentas en la pobre Leonor Tellez.»

«Pluguiera á Dios que hoy mintiese. Sería la primera vez en mi vida, replicó el fraileuco con aire contrito, mas oí con mis oídos la orden de hacerlo y la promesa de ejecutarlo, hará tres credos en la taberna de Folco Taca.»

«¡Miserables! exclamó levantándose también el rey á quien el peligro de su amante restituía por un momento la energía. Misérrimos! Quieren sobre la cerviz el yugo de hierro de mi padre! Lo tendrán. ¿Quién se atreve á ordenar tal cosa?»

«Diego López Pacheco, de vuestro consejo, lo dijo al sastrero Fernán Vazquez, el caudillo de los revoltosos, y vuestro hermano D. Dionisio estaba también con ellos; respondió Fr. Roy.

El lego era el espía más sincero é imperturbable del mundo.

«¡Viejo asesino! exclamó D. Fernando; cubriste de luto eterno el corazón del padre; quieres cubrir el del hijo. ¡Y tú Dionisio, que yo amé tanto, también entre mis enemigos! Leonor, ¿qué harémos para salvarte? Aconsejame tú que yo casi enloquecí.»

El pobre é irresoluto monarca cubrió el rostro con las manos sollozando violentamente. Doña Leonor, cuyos ojos centelleantes, cuyos labios descoloridos revelaban más ódio que terror, lanzóle una mirada de desprecio y en tono de mofa respondió:

«Si, señor rey, á falta de vuestros leales consejeros, puedo yo, triste mujer daros un buen consejo. Ordenad á vuestros pajes que vayan á poner un poste á la puerta de este palacio, y mandadme amarrar en él, para que vuestro buen pueblo de Lisboa, pueda despedazarme tranquilamente mañana, sin profanar vuestros aposentos reales. Será además una gran merced que le haréis, en recompensa de su amor á vuestra persona, de su obediencia á vuestros mandatos.»

«Leonor, Leonor, no me hables así que me matas; gritó D. Fernando, arrojándose á los piés de doña Leonor y abrazándola por las rodillas con un llanto convulsivo. ¿Qué te hice yo para que me trataras tan cruelmente?»

«¡Don Fernando, acuérdate bien de lo que te voy á decir! El pueblo ó se rige con la espada del caballero, ó él viene á poner la lanza del peon sobre el trono real. Quien no sabe blandir el acero, cede; dejad de reinar.»

«Tienes razon, Leonor, dijo D. Fernando enjugando las lágrimas y alzando la frente

noble y hermosa, en que se pintaba la indignacion. Seré hijo de D. Pedro el cruel; seré sucesor de mi padre. Yo mismo voy al alcázar á examinar los ingenios más fuertes que cubran la plaza de San Martín de piedras, de flechas y de cadáveres; las espadas y las ballestas de los hombres de armas y arqueros de mi alcalde mayor de Lisboa harán el resto. Juan Lorenzo Bubal será fiel á su rey. Si necesario fuere, con mis propias manos ayudaría á poner fuego á la ciudad, para que ningún revoltoso escape. Adios, Leonor; cuenta que serás vengada.»

D. Fernando dirigióse rápidamente hácia la puerta del aposento. Fray Roy estaba inmóvil delante de ella.

«Juan Lorenzo Bubal, dijo el espía sin mudar de tono ni de gesto, es de los revoltosos. Lo oí de boca de Diego Lopez que lo aseguró á Fernan Vazquez. Las máquinas del alcázar están desaparejadas, y la mayor parte de los hombres de armas y ballesteros del alcaide mayor, eran los más furiosos en la taberna de Folco Taca, contra la que ellos llaman...»

«Cállate lego, dijo el rey empujándole con fuerza y procurando taparle la boca.»

El bellaco paró donde el empujon recibido le obligó á parar, y quedó otra vez inmóvil

delante de D. Fernando á quien este último golpe lanzaba de nuevo en su habitual perplejidad.

«...La adúltera:» prosiguió Fr. Roy acabando la frase, porque áun la debia y era escrupuloso y puntual en el desempeño de su ministerio.

«¡Legó! exclamó doña Leonor con voz trémula de rabia, mejor fuera que nunca esa palabra te hubiese salido de la boca; porque tal vez llegue un día en que sea fatal para los que la hubieren proferido.»

«Mas ¿qué haremos?» dijo el rey con gesto de indecible agonía.

«Habia hace poco tres recursos, respondió doña Leonor recobrando aparentemente la serenidad, combatir, ceder, huir. El primero es ya imposible, el segundo!... ¿Por qué no le aceptas, Fernando? Pronta estoy para todo. No me verás más, aunque léjos de tí, moriré de dolor. Cede á la fuerza; tus vasallos lo quieren; lo quiere tu pueblo. Olvídate para siempre de mí.»

«¡Olvídarne de tí! ¿No verte más? ¡Nunca! ¿Obedecer á la fuerza? ¿Quién hay que se atreva á decir al rey de Portugal; rey de Portugal obedece á la fuerza? ¿Los peones de Lisboa? Porque soy bueno en la paz no creen que mi espada en el campo de batalla

corte arneses como los del mejor caballero! Buenos escuderos y hombres de armas de mi bueste, ¿por dónde andais esparcidos? ¿descansais en vuestras honras y solares? El pueblo os despertará como me despertó á mí, bramará como los lobos de la sierra alrededor de vuestras moradas; os asaltará en medio de vuestros banquetes, entre el ruido de vuestros placeres. En el ardor de vuestros amores os dirá: aborreced. Ya se atreve á decirselo á su rey y señor... ¡Oh, desgraciado de mí, desgraciado de mí!»

«¿No quieres, pues, dejar me entregue á mi estrella?» dijo doña Leonor con voz entre de llanto y de ternura abrazando por el cuello al pobre monarca y atrayendo á su frente suave y pálida las mejillas encendidas de D. Fernando que en una especie de delirio miraba espantado hácia ella.

«¡No, no! Vivir contigo ó morir contigo. Caeré del trono ó tú subirás á él.»

Una sonrisa casi imperceptible se esparció por el rostro de doña Leonor Tellez, que, retrocediendo y tomando una actitud resuelta, al mismo tiempo que de resignacion, prosiguió con voz apagada pero firme:

«Entonces queda huir.»

«¡Huir!» exclamó el rey. Y sola esta palabra era más expresiva que la narracion más

extensa de los atroces martirios que el desgraciado devoraba en su corazón irresoluto pero generoso, á la idea de una acción vil y cobarde en cualquier escudero, vilísima y torpísima en un rey de Portugal, en un nieto de Alfonso IV.

El rey la miró un momento. Estaba sereno su rostro angélico, semejante al de una de esas vírgenes que se encuentran en las iluminaciones de los antiguos códices, el secreto de cuyos toques, perdido al fin del siglo décimoquinto, el arte moderno con gran trabajo puede hacer resucitar. El más esperto fisonomista difícilmente adivinaria la negra alma que se escondía debajo de las puras y candidas facciones de doña Leonor, si no fuese por dos arrugas que la descendían de la frente y se la unían entre los ojos, contrayéndose y deslizándose rápidamente como las vesículas venenosas de las fauces de una víbora.

«Sea, pues, así. Huyamos:» murmuró don Fernando con el gesto con que el sentenciado daría desde el patíbulo el perdón al verdugo.

Doña Leonor sacó del ancho cinto con que oprimía la airosa cintura una bolsa de oro-pel y la tiró á los pies del fraile, que con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos en-

treabiertos clavados en la bóveda del aposento, parecía estático y engolfado en pensamientos sublimes del cielo.

«Veinte doblas de D. Pedro por tus soldada, cogulla: veinte por tu silencio. El resto de la recompensa lo tendrás un día, si la adúltera atraviesa triunfadora el portal por donde va á salir fugitiva.»

La afable sonrisa con que estas palabras fueron acompañadas, hicieron correr un escalofrío por la médula espinal del bellaco, cuyas piernas vacilaron. Mas el contacto de las cuarenta doblas, que escondió inmediatamente en el pecho debajo del escapulario, le restituyó el vigor natural.

El rey habíase sentado casi desfallecido en el único escabel del aposento, y su aspecto demudado infundía al mismo tiempo terror y compasión. Cuando el fraile levantó la bolsa, D. Fernando fijó en él los ojos y estendió la mano hácia la puerta sin decir palabra.

Fr. Roy inclinó la cabeza, cruzó de nuevo las manos sobre el pecho, y retrocediendo hácia la puerta, desapareció en el corredor oscuro por donde entrara.

Apénas los pasos lentos y pesados del hermano dejaron de sonar, doña Leonor se dirigió á una ventana que daba á un ancho terrado y levantó la cortina que servía durante

el día para mitigar la excesiva luz del sol. La noche estaba á mitad de su carrera, como indicaba el pábilo de las antorchas, que apenas alumbraba el aposento, y la luna ya en menguante, comenzaba á subir en la bóveda del firmamento, uniendo su claridad serena al fulgido brillo de las estrellas. La ventana estaba abierta, y el asiento del rey se hallaba próximo y enfrente; la luna daba de lleno en el rostro bello y triste de D. Fernando, que embebido en su amargo cavilar, parecía ajeno á lo que pasaba en torno suyo, y olvidado de que le quedaban pocas horas, para poder llevar á cabo la resolución que tomara. Leonor Tellez apoyada en el alféizar de la ventana, púsose á mirar atentamente. La ciudad dormía, y apenas el ladrido de algun perro, interrumpía aquella especie de zumbido, que es como el respirar nocturno, de una gran población que descansa. Allá abajo, una faja trémula, semejante á un puente de luz, cortaba oblicuamente al Tajo, donde más ancho se encorba, hácia la margen izquierda. Los mástilés de millares de navíos emparejados con la ciudad desde Sacavem hasta el promontorio donde campeaba fuera de los arrabales el monasterio de San Francisco, formaban una especie de bosque colocado entre la ciudad y su inmensa bahía. Desde el terrado al

que daba la ventana hasta el río, el barrio de los judíos, colgando en escarpada cuesta, y señalado con travesaños y cadenas en lo alto de las calles, dibujaba una especie de triángulo cuya base asentaba sobre el lado oriental de la muralla morisca, y cuyo vértice vuelto hácia Occidente se coronaba con la sinagoga, resguardada por la sombra de la mole disforme de la catedral. Poco distante del terrado, entre el palacio y la judería, la claridad de la luna daba de frente en una plaza irregular rodeada de mezquinas y medio arruinadas casas, que en su mayor parte parecían deshabitadas. En medio de ellas, se levantaba una forma semejante al arco de un portal romano. Parecía ser una ruina, un fragmento de edificio de la antigua Olisipo, que sobreviviera allí á los terremotos á las guerras y á los incendios, y al cual finalmente llegara su hora de desaparecer, porque una alta escalera de mano estaba apoyada en el arquitrabe que asentaba sobre los dos pilares laterales y los unía como si allí estuviese puesta para en amaneciendo, poder los obreros subir arriba y derribarlo en tierra. Era hácia este lado al que doña Leonor se puso á mirar atentamente.

Después, vuelto el rostro al rey con la cabeza baja los brazos estendidos y las manos

encorbadas sobre las rodillas parecía inclinarse sobre el peso de su amargura : contempló con un gesto de compasión por algunos momentos y extendiendo hasta él los brazos exclamó :

« ¡ Fernando ! »

Habia en el tono con que fué proferida esta única palabra, un mundo de amor y de voluptuosidad ; mas en medio de la dulzura de la voz de Leonor Tellez, habia tambien una cuerda áspera ; algo del rugir del tigre.

El rey se estremeció como si por sus miembros hubiese corrido una descarga eléctrica ; levantóse y se arrojó llorando en brazos de Leonor Tellez.

« Mañana, dijo con voz ahogada, seré yo el rey más deshonrado de la cristiandad ; el caballero más vil de las Españas será D. Fernando de Portugal. ¿ Qué me queda ? Sólo tu amor ; más no. ¿ Para qué no me pides ántes la corona real que para mí ha sido corona de espinas ? Dírala de buena voluntad. ¡ Oh, Leonor, Leonor ! Serías la mujer más perversa si un día me faltases ! »

Un beso de la adúltera secó las lágrimas del rey. La hermosura de aquella mujer tenía algo de divino á la claridad de la luna. Don Fernando, embriagado de amor, olvidóse de las pocas horas que le quedaban para huir

de su pueblo, engañado y burlado por él.

« ¡ Fernando ! prosiguió doña Leonor, júrame una vez más que serás siempre mio como yo seré siempre tuya. »

Diciendo esto, lo separó dulcemente de sí.

« Te lo juro una y mil veces por la fe de leal caballero que hasta hoy fui. Te lo juro por el cielo que nos cobija. Te lo juro por los restos de mi noble y valiente abuelo que allí duerme, junto al altar mayor de la catedral, debajo de las banderas infieles que conquistó en el Salado. Te lo juro por más que todo está ; te lo juro por mi amor. »

« Bien está, rey de Portugal, añadió doña Leonor. Ahora sólo una cosa queda que pedirte ; no es favor, es justicia. »

« No me pidas Lisboa, que esa sabe Dios si volverá á ser mia, rica, poblada y feliz, como ya la hice, ó si reposaré más la cabeza en este palacio de mis antepasados, pasando por encima de sus ruinas. No me pidas Lisboa, que tal vez mañana deje de llamarme su rey ; del resto de Portugal, pídemelo que quieras. »

« Quiero que me des mis arras ; quiero el precio de mi cuerpo, conforme á fuero de España. »

« Villaviciosa es alegre como un jardín de flores, y yo te he de dar á Villaviciosa. El

castillo de Obidos es fuerte y sobre rocas, son muchos y prontos para la defensa sus ingenios, y el castillo de Obidos será tuyo. Cintra descúelgase de la montaña entre vertientes de aguas bulliciosas, y respira el olor de las hierbas y las flores que crecen á la sombra de los peñascales; puedes tener por tuya á Cintra. Alemquer es rica en medio de sus viñas y manzanedos, y Alemquer te llamará señora.»

«Guarda tus villas, D. Fernando, que yo no te las pido en dote; quiero no más que una promesa de cosa que vale bien poco.»

«De mucho ó poco, no me importa. Te he de dar lo que me pidieres.»

Doña Leonor estendió la mano hácia la especie de portada romana, que se levantaba solitaria en medio de la plaza desierta.

«Hé allí lo que tú me darás en precio de mi cuerpo, si un día la cerviz de la orgullosa Lisboa se inclina debajo de tu yugo real.»

El rey volvió rápidamente los ojos hácia donde Leonor Tellez tenía el brazo extendido, y retrocedió horrorizado. El objeto que se destacaba en medio de la plaza era el patíbulo popular y plebeyo: era la horca, tétrica, fémerosa y maldita.

«Leonor, Leonor, dijo el rey con voz hueca y débil, ¿por qué vienes á mezclar pensa-

mientos de sangre con pensamientos de amor? ¿Por qué interpones un instrumento de muerte y de afrenta entre tú y yo? ¿Por qué prefieres el fruto del cadalso á las villas y castillos de que te hago señora? ¿Por qué cambias la estola del clérigo que ha de unirnos por la áspera cuerda del verdugo?»

«Roy de Portugal, respondió la mujer de Juan Lorenzo de Acaña con acceso de furor, ¿áun me preguntas por qué lo hago? Tú nunca serás digno del cetro de tu padre. ¿Quieres saber por qué junto pensamientos de sangre á pensamientos de amor? Porque esos de quienes yo la pido pedirán tambien mi sangre. ¿Quieres saber por qué interpongo entre tú y yo un instrumento de muerte y afrenta? Porque tu buen pueblo de Lisboa quiere tambien interponer entre nosotros la muerte y llenarme de afrenta. ¿Quieres que te diga por qué prefiero el fruto del cadalso á las villas y castillos que me ofrecen? Porque las almas grandes no truecan las venganzas por oro. Venganza, rey de Portugal, te pide en dote tu novia. Júrame que un día los vasallos tuyos que me persiguen serán tambien perseguidos, y que esa vil plebe que cubre de injurias y denuestos mi nombre porque te amo, lo maldigan porque lleve sus caudillos al patíbulo. Este es el precio de

mi cuerpo. Sin ese precio, la nieta de D. Ordoño de Leon (1) nunca será mujer de don Fernando de Portugal.»

Y con un brazo extendido hacía el lugar sin nombre del suplicio, y con el otro doblado como si rechazara al rey esta mujer vengativa, estaba sublime de maldad.

«Tienes razon, Leonor, dijo por fin don Fernando despues de largo silencio, en que los afectos inconstantes de su carácter voluble mudaron gradualmente. Tienes razon. La futura reina de Portugal tendrá su desagravio: las lenguas que te ofendieren se han de callar para siempre; los corazones que te desearan la muerte, dejarán de latir. En mi reinado, hasta aqui de cordura y de bondad, ha de empezar la crudeza. Como Júdas el traidor, sea yo sepultado en el infierno si faltare al juramento que te hago de lavar en sangre tu injuria y la mia.»

A estas palabras, el aspecto severo de Leonor Tellez mudóse en una sonrisa de inexplicable dulzura.

«¡ Ah, cómo te he de amar siempre! » murmuró ella. Y estas palabras salian de sus la-

(1) La familia de Leonor Tellez pretendia descender de D. Ordoño II de Leon.

bios dulces y suaves, como el arrullo de la paloma enamorada.

Un beso ardiente, que susurró llevado en alas de la brisa de la fresca noche, selló este pacto de ódio y exterminio.

en medio de la plaza y á los extremos de las calles: hablaban, movíanse, reían, llamábanse unos á otros. A veces aquella multitud de gente, cuyo cuerpo engrosaba de minuto en minuto, agitábase como la superficie de un lago al paso del huracán. Incierta, vacilante, informe, súbitamente se hacía compacta, se alineaba, y semejante á triángulo enorme, á dardo gigantesco lanzado por monstruoso ingenio, se estrellaba contra la ancha fachada del monasterio cuyas puertas aun estaban cerradas. Allí vacilaba, oscilaba, y retrocedía como la hoja cortante de una hacha de armas, al no poder romper las puertas chapeadas del fuerte castillo. Entónces aquella multitud tomaba la forma de media luna, cuyas puntas se encorvaban por los lados de Valverde y de la Morería, y venían á encontrarse una con otra, por bajo del barrio escarpado de Pedreira desde donde, confundiendo y bifurcándose de nuevo, se esparcían por la extensión de la plaza. El pueblo, que duerme á veces por siglos, estaba acometido de una de sus raras vigiliass, y vivía esa poderosa vida de la plaza pública en que de ordinario es ridículo y feroz, alguna vez sublime y terrible.

Era la mañana siguiente á la noche en que ocurrieron los sucesos referidos anteriormen-

III.

UN ALBOROTO Y UNA AGUJA DE SASTRE.

El sol que hacia más de media hora subiera del oriente ceñido de su aureola enrojecida en medio de la atmósfera turbia y cenicienta de un día de fines de Agosto, daba de lleno en la rambla ó plaza donde asomaba el monasterio de Santo Domingo, rodeado de huertas y manzanares que verdeaban por el valle de la Morería al oriente, y por el de Valverde al norte. Ya muchos ballesteros y peones armados de lanzas aparecían á lo largo de la pared del palacio de Lanzarote Pezaña, frontero al monasterio, descendiendo unos por entre las viñas de Almafalla, otros del arrabal de Pedreira ó barrio del Almirante, otros del lado del castillo, otros, en fin, desembocando de las calles estrechas é irregulares que iban á dar á la opulenta y célebre calle Nueva. Hombres y mujeres apiñábanse de diez en diez y de doce en doce

te. El pueblo preparábase para una lucha moral con su rey; más no se descuidaba de estar pronto á una lucha física si D. Fernando quisiese apelar á este último argumento. Era la primera vez en este reinado en que la arraya-miuda daba señales de su fuerza, y reivindicaba el derecho de decir armada: *no quiero*. El elemento democrático levantábase para influir directamente en la monarquía; introduciase en ella como principio político, al par de la aristocracia, que con manopla de hierro arrojaba á la plebe contra el trono, sin pensar que éste, conociendo así la fuerza popular, se valdria de ella para combatir á aquellos que ahora impelían los ánimos á la revuelta y daban al vulgo una nueva existencia.

La hora aplazada para la venida del rey aún no había sonado; más el pueblo, orgulloso de la importancia que súbitamente se le diera, consentido en la idea de que obligaría al rey á romper los lazos adulterinos que le unían á doña Lenor Tellez, no medía el tiempo por el curso del sol sino por el fervor de su impaciencia. Dos veces se espárciera la voz de que D. Fernando llegaba, y dos veces corriera el pueblo hácia el pórtico del monasterio. Las puertas de la iglesia estaban cerradas, así como la porteria y las

estrechas y agudas ventanas del monasterio gótico, que formado de una pared terrosa y humilde contrastaba con la magnificencia del templo, en cuyas portadas profundas, sobre las columnatas puntiagudas que sustituían á los techos y arcos de la bóveda, los animales mostruosos é híbridos, los centauros, los sátiros y los demonios, agrupados en la piedra de los capiteles, por entre los follajes de encina y loto, parecían con los mohines truhaceros, que en los muertos semblantes les imprimiera el escultor, que se burlaban de la cólera popular, y que lenta como el flujo del mar comenzaba á crecer y rebasar. Apenas allá dentro, se oían de vez en cuando las armonías sagradas del órgano y del canto llano monótono, de los frailes que dirigían á Dios las preces matutinas. Entónces el pueblo escuchaba y deteníase arrastrado por las blasfemias y juramentos que salían de mil bocas, y que eran rechazadas del santuario, por el susurro de los cánticos que resonaban dentro de la iglesia, y que trasudaban por todos los poros del gigante de piedra, un murmullo de paz, de resignación y de confianza en Dios.

El pueblo pues, era como los hombres robustos del Génesis; y era impío porque era robusto.

El día crecía, y crecía con él la desconfianza. Las noticias corrían encontradas; ora se decía que el rey cedía á los deseos de sus vasallos y que vendría á anunciar al pueblo su separación de doña Leonor Tellez; ora, por el contrario, se aseguraba que ella estaba firme en sustentar la resolución opuesta. Había también quien asegurase que en el castillo y en la plaza de San Martín se comenzaban á juntar hombres de armas y ballesteros. La cólera popular crecía, porque la atizaba ya el temor.

En medio de un grupo de bateleros, carniceros, pescadores, molineros, taberneros y espaderos, dos hombres disputaban violentamente; eran Arias Gil y Fr. Roy; objeto de la disputa, Fernan Vazquez; argumentante, el calafate; sustentante, el fraileuco.

«Que no vendrá os digo, gritaba Arias Gil; me lo ha dicho Garci-Ordoñez, el mercader de paños que vive al fin de la calle Nueva, hacia las carnicerías, frente á los almacenes del rey.»

«Mientas á boca llena como un perro judío, replicó Fr. Roy. No es Fernan-Vazquez hombre que falte, teniéndole la arraya-minuda elegido por su diputado.»

«El miedo ó las doblas de palacio pueden tapar la boca á los más atrevidos, y hacer-

les dormir á deshora; replicó el calafate.»

«Que hacen hablar las doblas de palacio, yo lo sé; añadió el lego con risa sardónica, acordándose de lo que en aquella noche pasára; el miedo sabeis vos que hace huir; la envidia sabemos nosotros que hace sospechar....»

«Descaro y glotonería hacen mendigar,» interrumpió Arias Gil rojo de cólera, cerrando los puños y haciendo rumbo hacia el fraile, como galera que va á apresar á otra en combate naval.

«Excomunicabo vos,» murmuró Fr. Roy, disponiéndose á resistir el abordaje del calafate.

Y el populacho que hacia corro reía y batía palmas.

En esto, los gritos de ¡bravo! ¡bravo! resonaron al otro lado de la plaza; el pueblo corrió hacia allí. Los dos campeones se volvieron; era el sastre.

Sin decir palabra, el fraile miró á Arias Gil con gesto de profundo desprecio, y tomando una postura entre heroica y de inspirado, extendió el brazo hacia el lugar por donde pasaba Fernan Vazquez. Despues se alejó con la turba multa que le rodeaba, mientras el calafate lo seguía á lo léjos, despacio y cabizbajo.

El sastrerodeado de otros jefes de la re-

vuelta de la vispera, dirigióse al pórtico de Santo Domingo. Iba vestido de un sayo de seda labrada, calzas de lana, zapatos de piel de gamo, sombrero de fieltro con cinta de cuero, todo oscuro, á usanza popular. Con paso firme subió las gradas del pórtico. Desde allí, en pié, con los brazos cruzados miró con los ojos la plaza donde entre el pueblo apiñado se hiciera repentino silencio. Despues, quitándose el sombrero saludó á la muchedumbre á un lado y á otro; sus maneras y ademanes eran ya los de un tribuno del pueblo.

«¡Hurra! ; hurra por la arraya-miuda! Hurra por el rey D. Fernando de Portugal si deshiciere nuestro agravio y su vileza, sino.....»

Esta exclamacion de un atrevido espadero que estaba junto á la balaustrada del pórtico, fué repetida en gritería confusa, por millares de bocas.

De repente, del lado de la calle de Gileanes, sintióse un tropel de cabalgaduras, que parecian correr á rienda suelta; todos los ojos se volvieron á aquella parte: muchas rostros palidecieron.

Una voz de terror corrió en medio de las turbas. «¡Son hombres de armas del rey!» Aquel océano de cabezas humanas se remoli-

nó á estas palabras y comenzó á dividirse como el mar Rojo delante de Moisés. En un momento vióse una gran faja blanquecina, cortar aquella superficie movable y oscura; era el ancho camino que se abriera por entre ella desde la calle de Gileanes hasta Santo Domingo. Las paredes de la calle, se estrechaban rápidamente. Hacia los lados de la Morería y de la Pedreira las callejuelas y travesías llenábanse de gente, y los reflejos de los hierros de las lanzas populares, que levantadas rutilaban al sol, comenzaron á bajar y á hundirse como las luces de las brujas en sitio lóbrego á los primeros reflejos de la alborada. Fernan Vazquez miró en rededor de sí; estaba solo: palideció; pero permaneció inmóvil.

Entre tanto, el tropel aproximábase cada vez con mayor ruido: los ballesteros del consejo, apostados á lo largo del palacio del Almirante, eran tal vez los únicos en que el terror no hiciera profunda impresion: algunos ya habian extendido sobre el brazo de la ballesta los dardos envenenados, y volviendo la polea, hacian encorvar el arco para el tiro. Los ballesteros de garrucha tenian ya el diente de esta, montado en la cuerda, prontos á soltarle en cuanto asomasen las espadas desnudas de los caballeros y escuderos reales. Del resto del pueblo, los atre-

vidos eran los que volvian; porque el mayor número corria por las cuestas y se internaba por los senderos de los huertos de Valverde y de las viñas de Almafalla, ó trepaba por las calles oscuras y tortuosas del barrio del Almirante.

Mas en medio de este susto general apareció un héroe. Era Fr. Roy. O fuese imprudente confianza en el oculto cargo que le diera doña Leonor, ó fuese fortaleza de ánimo, ó fuese, finalmente, la creencia de que el hábito del fraile le serviría de broquel, en vez de retroceder ó titubear corrió á la esquina de la calle de donde venía el ruido, y mirando por ella un momento, volvióse al pueblo, é inclinándose con las manos en las caderas se desató en estrepitosas carcajadas.

Todo el mundo quedó asombrado: más viendo y oyendo el reir descompasado del fraile, el pueblo comenzó á entrar en la plaza. Aquellas risotadas producian más valor y entusiasmo que *los cuarenta* siglos os contemplan de Napoleon, en la batalla de las Pirámides. Los amotinados recobraron en un instante toda la anterior energía.

Esta escena habia sido rapidísima; todavía gran parte de la plebe dudaba entre quedarse ó huir, cuando se conoció claramente la causa de aquel temor que oprimiera por al-

gun tiempo todos lo corazones. Era la córtó que llegaba.

Montados en poderosas mulas los oficiales de la casa real, los ricoshombres, consejeros y jueces del Tribunal Supremo, venian á asistir al acto solemne en que de boca del rey, la nación debía oír, ó una resolución conforme con los deseos, tanto de la arrayamuda como de los señores y caballeros, ó la confirmacion de un casamiento mal recibido por muchos nobles y por todos los pecheros, y condenado de no muy dudosa manera por estos últimos. En medio de los variados colores de los trajes cortesanos negreaban las togas de los letrados y clérigos de palacio, y entre el relucir de los espléndidos arreos de las mulas rozagantes y fogosas de los vasallos seculares, de los alcaides mayores y señores, veíanse arrastrar las gualdrapas de los maestros en leyes y cárceles, de los sabios y letrados, que constituian el supremo tribunal de la monarquía, la curia ó tribunal del rey.

La numerosa cabalgata atravesó la plaza por entre el pueblo apiñado. En todos los rostros traslucía el recelo, acerca de cuál sería el desenlace de este drama terrible é inmenso, en que entraban, representantes de todas las clases sociales.

Entre los individuos de aquel lucido cortejo, distinguíase por su porte altivo, el conde de Barcellos, D. Juan Alfonso Tello, tío de doña Leonor, á quien en los diplomas de la época se le da por excelencia el nombre de *fiel consejero*. Cuando los amores del rey con su sobrina comenzaron, sincera ó simuladamente hizo grandes diligencias para desviar al monarca de llevar adelante sus instintos. D. Fernando persistió aún en ellos, y entónces el conde, juntamente con doña Beatriz y con doña María Tellez, hermana de doña Leonor, suscitara la idea de divorciarla de Juan Lorenzo de Acuña. El pueblo lo sabía, y puesto que hubiese extendido su mala voluntad á todos los parientes de doña Leonor Tellez, odiaba principalmente al conde como protector de aquellos adúlteros amores. Fué por tanto en él, en quien se clavaron los ojos de la plébe, que habiéndose en pocas horas elevado hasta la altura del trono, también se atrevia á dar testimonio público de su odio contra el más distinguido miembro de la nobleza.

«Vieja raposa, aunque te pese, no será la adúltera reina de la hermosa tierra de Portugal;» gritaba un carnicero volviéndose hacia una vieja que estaba á su lado, pero mirando de traves al conde que pasaba,

«*Leal consejero* de barraganas, ¿en cuánto vendiste la honra del compadre Lorenzo?» preguntaba un espadero fingiendo hablar con un vecino, más lanzando también sus miradas á D. Juan Alfonso Tello.

«¿Qué teneis vos con el lobo que acomete al lobo? exclamó un tabernero calvo y encorvado por el peso de los años. Dejaos de morder unos á otros, que es precepto de Dios compadecerse del prójimo.»

«Lo que merecerian, interrumpió una vendedora de arenques, era ser azotados con buenas tiras de cuero crudo.»

«¿Y ella tía Dordia? añadió un herrero; ¿conoceis vos á la manceba? En las varas la quisiera yo; una del alcalde en la madera, otra del cuitado en las costillas (1).»

«Es costumbre *ergo* merece la pena, ob-

(1) Según varios cuadernos legales de nuestro derecho consuetudinario y municipal, en ciertos casos aplicábase á las mujeres casadas la pena á que se refiere el discurso del herrero. El alcalde venia á casa de la delincuente, ponía en el suelo un madero y con una vara comenzaba á pegar encima de él, haciéndole compás el marido de la culpable en las costillas de ésta: tal era el modo como las mujeres estaban en las varas, pena que con ménos aparato se aplicaba también á los hombres por muchos y diversos delitos.

servó un procurador que observaba gravemente aquel espectáculo y que hasta entonces guardára silencio.

Estas injurias que como fuego de guerrillas se disparaban á lo largo de las extensas y apretadas filas de los plebeyos, iban á herir los oídos del conde de Barcellos que, fingiendo no hacer caso, palidecía y enrojecía sucesivamente y se mordía los labios de cólera.

De cuando en cuando el afrentoso vociferar de la canalla era ahogado en el ruido de risotadas descompuestas, cien veces más insolentes que las injurias; porque la risa del vulgo, sea por lo que sea, tiene tanto de cruel y de insultante que hace dar por tierra al corazón más fuerte y al ánimo más entero.

Entre los parciales de doña Leonor que veían en aquella comitiva, veíanse también muchos nobles y letrados que ó eran personalmente sus enemigos, ó por lo ménos desaprobaban manifiesta y francamente su unión con el rey. Diego Lopez Pacheco era el principal entre ellos, y el pueblo, al verle pasar, le saludó con un murmullo que fué como la recompensa del viejo por las desventuras de su vida, desventuras que debía á un caso análogo á la muerte de doña Inés de Castro.

Cuando los nobles, caballeros y letrados de la casa y consejo del rey se apearon junto á las gradas del pórtico del monasterio, el sastre, que viniera á mezclarse con el pueblo luégo que desembocaran en la plaza, subió despues de ellos y esperó que se sentasen en el extenso banco de castaño que corría á lo largo del pórtico. Despues volvióse hácia la multitud apiñada alrededor.

«Si el rey áun no está presente, dijo en voz clara y firme, ahí teneis para oír vuestros agravios á los señores de su consejo: por ventura que ellos podrán daros respuesta en nombre de su señoría, y él vendrá despues á confirmar su dicho.»

«Señor Fernán Vazquez, sois nuestro diputado: á vos toca hablar, replicó uno del pueblo.»

«Así lo queremos, así lo queremos, gritó la muchedumbre.»

El sastre volvióse entonces hácia los cortesanos, consejeros y letrados del tribunal del rey, y dijo:

«Señores, á mí me dieron el cargo, estas gentes que aquí están juntas, de decir algunas cosas al Rey nuestro señor, que tocan á su honra y servicio; y porque es derecho escrito que estando las partes principales presentes, el oficio de procurador debe cesar en

lo que ellas bien supieran decir; vosotros, que sois principales partes en este asunto, que más que á nosotros atañe, debéis decirlo y no yo; por tanto, no obstante que así sea, yo diré aquello de que me dieron encargo; despues, si vosotros no quereis en ello tomar parte mostrando que os cuidais poco de la honra y servicio del rey.....»

«Cállate, villano, gritó levantándose el conde de Barcellos, con voz ahogada por la cólera que ya no podía contener, si no quieres que sea yo quien te haga vomitar sangre en vez de injurias por esa necia boca.»

El viejo Pacheco púsose tambien en pié exclamando: «conde de Barcellos, acordaos de que el estado llano tiene por costumbre antigua el derecho de decir á los reyes sus agravios de quejarse y de reprenderlos. Nosotros somos ménos que los reyes.»

Fernan Vazquez habiase entre tanto vuelto hácia el pueblo apañado alrededor del pórtico con el rostro demudado de indignacion, y habia hecho una señal con la cabeza. En el mismo instante el pueblo abrió una larga calle, y cuando los nobles y consejeros, atentos al conde y á Diego Lopez, volvieron los ojos hácia la plaza, al empujar de la multitud un semicreulo de más de quinientos ballesteros y peones armados, formaba una

gruesa pared al frente de los pecheros.

Fernan Vazquez dirigióse entónces hácia D. Juan Alfonso Tello, y cogiéndole por un brazo con mano trémula de rabia, dijole:

«Señor conde, vos sois quien insultais á los honrados habitantes de esta leal ciudad, en mi persona; porque yo no hice más que repetir en voz alta lo que cada uno de todos me ordenáran repitiése. Lo que propuse no es mio. Ellos son sus autores. Por lo que á mí toca, señor conde, no temo sus amenazas. Cuando el noble abandona el jubon de hierro para vestir el de tela, no se yo si éste es más fuerte que el del plebeyo, y si tambien de su boca no puede brotar sangre como de la de un pobre villano.»

D. Juan forcejeaba por desasirse del sastrero procurando llevar la mano al cinto, donde tenia el puñal; pero Fernan Vazquez era más forzado y el conde ya habia entrado en la edad en que suele menguar la robustez del hombre. No pudo llegar con la mano al cinto.

«Conde de Barcellos, prosiguió el sastrero sonriendo, no recurrais á ese argumento; porque yo tambien estoy acostumbrado á lidiar con hierros acerados, aunque más delgados y cortos que vuestro puñal.»

Estas últimas palabras, dichas en tono de

escarnio, no fueron oídas; la gritería en la plaza era ya espantosa; las injurias, las quejas, las amenazas, cruzándose en los aires, producían aquel ronco é inmenso grito de la furia popular que sólo se asemeja al ruido del torrente vertiéndose en cavernas sin fondo.

Los nobles y los letrados habían rodeado á los dos contendientes; los parciales de doña Leonor al conde; los otros, cuyo número era mucho mayor, al sastre. Y tanto éstos como aquéllos, trabajaban por apaciguarlos, aunque todos los ánimos estaban casi tan irritados como los de los dos contendientes.

Al fin el conde cedió. El aspecto de la multitud que se agitaba furiosa, contribuyó acaso más que todas las razones y ruegos de hidalgos y caballeros atónitos con el espectáculo de la osadía popular; de esta osadía que despreciando las amenazas del primero entre los nobles era más increíble que la de la vispera, la cual apenas se atreviera al trono.

¿Qué hacía mientras tanto nuestro fraile en medio de estos preludios de ruidosaasonada? Lo que el lector verá en el siguiente capítulo.

IV.

MIL DOBLAS PÉ-TERRA Y TRESIENTAS
BARBUDAS (1).

Apénas Fernan Vazquez cogiera del brazo al conde de Barcellos y la gritería popular comenzára á atronar la plaza, Fr. Roy, escurriéndose á lo largo de la pared del monasterio doblára la esquina que volvía hácia la Corredera, y siguiendo su camino por callejuelas torcidas y desiertas, llegára á la Puerta de Hierro, desde donde, atravesando la contigua lóbrega plazoleta, que los rayos del sol apénas alumbraban pocas horas del día, detenidos al nacer por los gigantescos cam-

(1) Las doblas de oro que mandó acuñar D. Fernando se llamaron *pe-terra* para diferenciarlas de las antiguas doblas, cuyo valor no era tan crecido. La barbuda era moneda de plata anterior al reinado de D. Fernando; su valor, que fué alterado varias veces, era por lo comun de 20 sueldos.

(N. del T.)

escarnio, no fueron oídas; la gritería en la plaza era ya espantosa; las injurias, las quejas, las amenazas, cruzándose en los aires, producían aquel ronco é inmenso grito de la furia popular que sólo se asemeja al ruido del torrente vertiéndose en cavernas sin fondo.

Los nobles y los letrados habían rodeado á los dos contendientes; los parciales de doña Leonor al conde; los otros, cuyo número era mucho mayor, al sastre. Y tanto éstos como aquéllos, trabajaban por apaciguarlos, aunque todos los ánimos estaban casi tan irritados como los de los dos contendientes.

Al fin el conde cedió. El aspecto de la multitud que se agitaba furiosa, contribuyó acaso más que todas las razones y ruegos de hidalgos y caballeros atónitos con el espectáculo de la osadía popular; de esta osadía que despreciando las amenazas del primero entre los nobles era más increíble que la de la vispera, la cual apenas se atreviera al trono.

¿Qué hacía mientras tanto nuestro fraile en medio de estos preludios de ruidosaasonada? Lo que el lector verá en el siguiente capítulo.

IV.

MIL DOBLAS PÉ-TERRA Y TRESIENTAS
BARBUDAS (1).

Apénas Fernan Vazquez cogiera del brazo al conde de Barcellos y la gritería popular comenzára á atronar la plaza, Fr. Roy, escurriéndose á lo largo de la pared del monasterio doblára la esquina que volvía hácia la Corredera, y siguiendo su camino por callejuelas torcidas y desiertas, llegára á la Puerta de Hierro, desde donde, atravesando la contigua lóbrega plazoleta, que los rayos del sol apénas alumbraban pocas horas del día, detenidos al nacer por los gigantescos cam-

(1) Las doblas de oro que mandó acuñar D. Fernando se llamaron *pe-terra* para diferenciarlas de las antiguas doblas, cuyo valor no era tan crecido. La barbuda era moneda de plata anterior al reinado de D. Fernando; su valor, que fué alterado varias veces, era por lo comun de 20 sueldos.

(N. del T.)

panarios de la catedral y al declinar por los lienzos y torres de la muralla morisca, llegaría sin aliento á San Martín. La puerta del palacio estaba cerrada, pero la de la iglesia estaba abierta. Entró. Al lado derecho una escalera de caracol descendía desde la tribuna real hasta la capilla mayor, y la tribuna comunicaba con el palacio por un pasadizo que atravesaba la calle. El fraile miró alrededor de sí y escuchó un momento; nadie había en la iglesia. Subiendo rápidamente la escalera, Fr. Roy atravesó el pasadizo y se encaminó sin vacilar por medio de los corredores y escaleras interiores hacia un pasillo oscuro. Al fin de él había una puerta cerrada. El monje vagabundo paró y escuchó de nuevo; dentro hablaban tres personas: fray Roy golpeó suavemente tres veces y púsose otra vez á escuchar.

Oyéronse unos pasos lentos que se aproximaban á la puerta, y una voz ahogada y cólerica preguntó:

«¿Quién está ahí?»

«Yo,» respondió el fraile.

«¿Quién es yo?» replicó la voz.

«Honrado D. Júdas, es Fr. Roy Zambra-
na, indigne siervo de Dios, que pretende ha-
blar al Rey ó á la muy excelente señora doña
Leonor para un negocio de importancia.»

«¡Abre, D. Júdas, abre! dijo otra voz, que por el timbre parecía femenina y que salió del lado opuesto del aposento.»

La puerta giró sobre los goznes y el monje entró.

Era el lugar en que Fr. Roy se hallaba una sala pequeña iluminada por una ventana estrecha y resguardada de gruesos barrotes de hierro, la cual daba á una especie de zaguan aún más estrecho que el aposento. La bóveda de éste era de piedra; de piedra las paredes y el pavimento; alrededor veíanse por único adorno muchas arcas chapeadas de hierro. El fraile había entrado en la casa de las arcas de la Corona, de la *recardacion del reino*. Las dos personas que allí estaban eran D. Fernando y doña Leonor. El rey, de pié, inclinado sobre una de las arcas con la frente inclinada sobre el brazo izquierdo, hojeaba un abultado volumen de hojas de pergamino, cuyas guardas eran dos fuertes tablas de castaño forradas exteriormente de cuero crudo de buey, aún con pelo. Doña Leonor, también en pié, detras del rey, miraba atentamente las páginas del libro. El que abrió la puerta era el tesorero mayor, D. Júdas, gran partidario de doña Leonor y valido del rey. Apenas el judío diera vuelta á la pesada llave, sin dirigir los ojos al recién llegado,

colocárase inmediatamente al pié del arca en que el rey estaba apoyado, y prosiguiera la conversacion cuyos últimos ecos oyó fray Roy al aproximarse....

«Mil doblas *pá-terra* y trescientas *barbudas* son todo el dinero que vuestro fiel tesoro os puede juntar en este momento, espigando como la pobre Ruth en el campo de vuestro tesoro, esquilnado y bien esquilnado (aquí el judío suspiró) por aquellos que tal vez os sean ménos leales. Os juraré por mi ley, si así lo quereis, que no queda en mi poder ni una blanca.»

El rey no escuchaba. Apenas entráta fray Roy, doña Leonor se habia acercado al monje lanzándole una mirada escrutadora, preguntándole con visible ansiedad:

«Monje, ¿á qué vuelves aquí?»

«A cumplir mi obligacion, á pesar de que me disteis ayer la despedida. Vengo á deciros que á estas horas tal vez haya ya corrido sangre en la plaza de Lisboa, y que es espantoso el tumulto de los plebeyos contra los del Consejo y contra los señores é hidalgos de la casa y séquito del rey.»

Desde la palabra *sangre*, D. Fernando habia cesado de atender la voz acongojada del tesorerero mayor que continuaba en tono de lamentacion: «Bien sabeis, señor, que he em-

pobrecido con vuestro servicio y que hoy soy uno de los más pobres y miserables entre los hijos de Israel. ¿Adónde iré á buscar dos mil maravedises viejos que son en vuestra moneda trescientos noventa sueldos?»

«¿Sangre dices tú, fraile? exclamó el rey. ¡Vaya que es mucho! ¿A quién se atreverán así esos pecheros malditos?»

«Yo mismo vi al conde de Barcellos pelearse con Fernan Vazquez; un gran número de ballesteros y peones armados de lanzas rodeaban ya el pórtico de Santo Domingo, y los gritos de ¡*mueran los traidores!* atronaban la plaza.»

«Que me den mi arnes bruñido y mi casco de celada y mi estoque frances, gritó don Fernando babeando de cólera. Yo iré á Santo Domingo y salvaré á los ricos-homes de Portugal ó moriré al lado de ellos. ¡Pajes! ¿Dónde está mi doncel de armas?»

«Tu doncel de armas, interrumpió con voz pausada y firme doña Leonor, sigue con los otros pajes camino de Santarem, montado en tu caballo de batalla. Aquí sólo tienes la mula de paso para hacer jornada.»

«¿Mas al conde de Barcellos, á mi leal Consejero he de dejarle despedazar por los plebeyos de esta ciudad abominable? Acuérdate de que es tu tío, que fué tu protector

cuando el brazo de D. Fernando aún no se levantaba para coronarte reina.»

«Rey de Portugal, debes acordarte de él, cuando el día de la venganza llegue. Entonces será bien que los traidores y viles te vean montado en tu palafren de guerra. Hoy no puedes sino dejar entregado á su suerte al noble D. Juan Alfonso y á los señores que estén con él; mas no te pese, que si su sangre llegase á correr, toda la sangre que derramares para vengarle será poca, como serán pocas todas las lágrimas que yo verteré sin consuelo sobre sus venerables restos. ¿Combatirás? ¿Ayudado por quién? ¿Por una ciudad revuelta? Los hombres de armas de tu castillo quebraron su pleitesía y se arremolinan en la plaza: muchos de tus ricos-hombres están conjurados contra ti; tu mismo hermano lo está. ¡Partir! ¡partir! ¿Sabes tú cuántas horas hace que la última esperanza está en partir prontamente? ¿Por qué, despues de tantas vacilaciones, aún vacilas otra vez? Aseguremos al ménos la venganza si no podemos salvar á aquellos que, leales á su señor, fueron á oponerse á la furia del populacho para ocultar nuestra fuga... fuga, que éste es su nombre.»

El furor y el despecho revelábanse en las mejillas y en los labios pálidos de la adúlte-

ra, y la afliccion y el temor comprimidos se revelaban en una lágrima que le rodó insensiblemente de los ojos. Era una de las pocas que derramára en su vida.

El rey habia escuchado inmóvil. No acostumbrado á tener voluntad propia, desde que como decia el pueblo, esta mujer le hechizá-ra, cedió una vez más de su resolucion, si no de hombre cuerdo al ménos de valiente, y respondió con voz apagada: «¡Partamos y hágase la voluntad de Dios!»

«¡Amén! murmuró el cogulla.»

— Fraile, exclamó doña Leonor volviéndose á Fr. Roy, corre á la plaza de Santo Domingo y di en voz muy alta á los pecheros amotinados que me viste partir con el Rey camino de Santarem. Tal vez así el conde se salve, porque la furia de esos viles bellacos se volverá contra mí. Dilo, que dirás la verdad; cuando llegues allí mi palafren habrá ya salido de las Puertas de Santa Cruz. Guardaos, miserables, de que vuelva á pasar con su señora. ¡Bellaco! Ese dia será aquel en que la *adúltera* pague todas sus deudas.»

Fr. Roy sintió en la médula dorsal el mismo escalofrío que sintiera en la noche precedente, porque la mirada que doña Leonor clavó en él era diabólica, y la palabra *adúltera*, proferida por ella, sonaba como un doble

de campana y salía como envuelta en un hábito de sepulcro: el fraile arrepiñtóse esta vez firmemente de haber sido tan detallado y exacto en el *parte oficial* que presentára en la víspera. Aderezóse el hábito y salió en su ademán de costumbre, con la cabeza baja y las manos cruzadas sobre el pecho.

Los tres quedaron otra vez solos.

«¡Don Júdas, mi buen D. Júdas! dijo el Rey con manifiesta aflicción; no entiendo estas embrolladas letras moriscas de tu aritmética. Estoy cierto de que no debes al Tesoro Real ni una sola medalla y que en las arcas del haber no existe sino lo que tú dices; mas de cierto no quieres que un Rey de Portugal camine por su reino como romero mendigo. Al ménos los dos mil maravedises de oro...»

«¡Ay! suspiró el tesorero mayor; juro á vuestra real señoría que me es imposible hallar por ahora otra cantidad mayor que las mil doblas *pe-terra* y las trescientas barbudas.»

«Fernando, interrumpió Leonor Tellez, manda á los mezos de monte que allí quedaron que enfrenen las mulas; debemos partir ya. Y en tanto de mi adicto D. Júdas, obtendré con dos palabras lo que tú no pudiste obtener con tantos ruegos.»

Sonrió alternativamente con una sonrisa

angélica al Rey y al tesorero mayor. Don Fernando obedeció, y levantando el cortinaje que cubría una puerta fronterá á aquella por donde entró el fraile, desapareció. El tesorero iba á hablar, mas quedó con la boca entre abierta, el rostro pálido y como petrificado, viéndose á solas con doña Leonor. Era que ya la conocía desde largo tiempo.

«Don Júdas dijo con voz amable: tú has de servir al rey en esta jornada. Darás los dos mil maravedis viejos.»

«No puedo, respondió D. Júdas con voz trémula y ahogada.»

«Judío, replicó doña Leonor señalando á un cofre pequeño que estaba en el rincón más oscuro del aposento cubierto de polvo; ¿qué hay en aquella arca?»

El tesorero mayor despues de vacilar algunos momentos, balbuceó estas palabras:

«Nada....., ó á decir verdad....., casi nada. Bien sabeis que ántes guardaba allí algunas monedas que sobaban de mi hacienda; pero hace mucho que ni esas pocas monedas me quedan.»

«Veamos aún, respondió doña Leonor, cuyo semblante se nublára.»

«¡Misericórdia! gritó D. Júdas con indecible agonía. Mas reportándose por uno de estos arrojos que los grandes peligros inspiran,

procuró disfrazar su miedo, continuando con risa mal fingida:—¡Misericordia! digo: porque fuera más fácil hallar entre los amotinados de la plaza un hombre leal á su Rey, que yo me acuerde ahora del sitio en donde tendré la llave de una arca, há tanto tiempo inútil y vacía.

«¡Perro infiel! yo te voy á recordar quién puede decir donde la hemos de hallar.»

«Estais hoy muy excelente, señora, melancólica y airada, replicó el tesorero mayor, trabajando por dar á sus palabras el tono de la galantería, pero visiblemente cada vez más desconcertado y trémulo.—¿Así llamais, perro infiel, á vuestro leal servidor por causa de una llave inútil que se perdió? Decidme quién sabe de ella, y la iré á buscar.»

«¡Generoso y leal tesorero! interrumpió doña Leonor, en el tono de las palabras del judío, como quien se chancea; no te des ese trabajo, por tu vida. Quien puede hacerla aparecer es un viejo, perro descreído, que vive en el concejo de Santarem. Yo sé un remedio que restituirá á su lengua la ligereza de la lengua de un mancebo de 20 años. Su nombre es Issachar. ¿Le conoces?»

«Alta y poderosa señora, ¿hablais de mi pobre padre? respondió el tesorero mayor aumentando en palidez. Mas tratemos ahora

de lo que importa. Con mil quinientas doblas *pé-terra* y trescientas barbudas que dije á mi señor el rey, estarán prontas.....»

Doña Leonor lanzó al judío una mirada de escarnio, y prosiguió:—De lo que importa es de lo que trato. ¿Sabes tú, mi querido D. Júdas, que sean tus doblas mil ó mil quinientas, mañana á estas horas yo, la reina doña Leonor Tellez, la reina de Portugal, estaré en Santarem? ¿Oiste ya decir que en no sé cual de las torres del alcázar hay un excelente potro, capaz de descoyuntar en un instante los miembros del más robusto villano? Ocúrreme ahora la idea de que el viejo Issachar, amarrado á él, debe estar gracioso, porque habiendo vivido mucho, obligado á hablar, ha de contar cosas maravillosas, cuanto más, decir dónde está una llave, cuyo paradero no puede ignorar. ¿No piensas tú también que es recreo y pasatiempo, digno de cualquier reina, ver como estiran los huesos encogidos de un perro de noventa años?

Un sudor frío cubrió la frente de D. Júdas, cuyas piernas vacilantes se negaban á sostenerle. Cuando doña Leonor acabó de hacer sus atroces preguntas, el judío habia caído de rodillas á los pies de ella.

«Por merced, señora, exclamó en aquel trance de horrorosa angustia, mandadme

azotar como el más vil esclavo moro; mandadme desgarrar las carnes en los más atroces tormentos; mas perdonad á un viejo padre, que no tiene culpa de la pobreza de su hijo. Si yo tuviera ó pudiera reunir más de las dos mil doblas y las quinientas barbudas que ofrecí á mi señor el rey....»

«Judío, interrumpió doña Leonor; tu debes saber tres cosas: la primera es que los tormentos del potro son intolerables; la segunda es que yo acostumbro á cumplir mis promesas; la tercera es que si en este momento de apuro te pudiese aplicar el remedio, no lo guardaría para la mohosa osamenta de un perro desdentado.»

«Vendido cien veces, prosiguió el tesoro mayor bañado en lágrimas y procurando abrazarla por las rodillas; no podría reunir en este momento más que la suma ya dicha, de dos mil quinientas doblas y quinientas barbudas, aunque vuestra merced me mandase asar vivo.»

«Eres loco, D. Júdas, interrumpió doña Leonor apartando de sí al judío con aire de bondad. Por una miseria de poco más de quinientas doblas *plé-terra* ¿consentirás que Issachar, que tu padre, honrado anciano blasfeme en las ansias del potro contra el Dios de Abraham, de Jacob y de Moises?»

El tesorero mayor permaneció algunos momentos callado y en la postura en que estaba. Despues, pasando el brazo de revés por los ojos, se enjugó las lágrimas y se levantó. La resolución que tomara era la de un desesperado que va á suicidarse.

«Aquí estarán, señora los dos mil maravedises cuando los quisieréis. Procuraré reunirlos; pero quedará perdido. Ahora podeis dar la orden de marcha.»

«Adios, mi muy honrado D. Júdas, dijo doña Leonor sonriendo. No perderás nada en haber cedido á mis ruegos.» Dicho esto salió por la misma puerta por donde saliera el Rey.

El judío extendió los brazos con los puños cerrados hácia el cortinaje que aún ondeaba y los llevó despues á la cabeza, de donde se arrancó una gran porcion de mechones grises. Hecho esto sacó del bolsillo una llave, abrió el cofre pequeño y empolvado, sacó un bolson pesado, sellado y numerado, y los dos mil maravedises rodaron sobre el gran libro que aún estaba abierto sobre una de las arcas. Los contó euatro veces, los apiló por cientos, y como si las fuerzas se le hubiesen extinguido en el espantoso combate de su alma, se tiró de bruces sobre la pequeña arca, y abrazado á ella rompió á llorar.

«¡Mi pobre tesoro reunido con tanto trabajo! exclamó al fin entre sollozos. Te guardé en ese cofre por temor de que te robasen, y los bandidos vienen á buscarte aquí. Pero que se libren de que yo vuelva á tomar los derechos reales de manos de los mayordomos. ¡Mis hermosos dos mil maravedises de buen oro! ¿Cuándo os volveréis á reunir con vuestros abandonados compañeros?»

Esta idea pareció consolar algun tanto á D. Júdas. Levantóse, volvió á contar los dos mil maravedises; temió haberse equivocado y que eran dos mil y uno; los volvió á contar, y cuando el Rey entró en su aposento dispuesto á cabalgar se había convencido el buen judío de que no daba una blanca de más de la suma que le había sido pedida en nombre del potro de la torre de Santarem.

«Oh, exclamó el rey dirigiendo la vista sobre el fólio disforme, sobre cuyas páginas amarillentas estaba apilado el dinero, tenemos los dos mil maravedises!»

«Sepa vuestra real señoría que felizmente tenía en mi poder una suma perteneciente á Jeroboan Abarbanel, el mercader de puerta de mar, suma de que no me acordaba; al registrar las arcas di con ella; la cantidad está completa, y el honrado mercader no llevará sin duda más del ciento por ciento al mes,

en tanto que los oficiales de vuestra señoría vengan á entregar al tesoro el producto de los derechos reales vencidos. Entónces le pagaré hasta la última moneda, la cantidad y sus réditos, si vuesa señoría no ordena lo contrario.»

«Haz lo que te parezca, D. Júdas; respondió el rey que no le oyera ocupado en meter en una ancha bolsa de tisú de plata que traía pendiente del cinto los dos mil maravedises. Confío en tí completamente, honrado y leal servidor.»

Y recogidos los maravedises salió.

El judío quedó solo.

«En el infierno ardas tú con Dathan, Coré y Abiron, maldito nazarenol...» murmuró. Apenas hubo reunido los dos..., quiero decir los tres mil y doscientos maravedises, cuando me los quitaste con tanta conciencia como puede tener la alma negra de un cristiano.»

Hecha esta jaculatoria al Dios de Israel, D. Júdas cerró interiormente la puerta de la cortina, atravesó el aposento, salió por la puerta de enfrente, que también cerró, y el rumor de sus pasos que se alejaban sonó á través de los corredores por donde pasára Fr. Roy, hasta que por aquella parte del palacio todo quedó en completo silencio.

vista. Fuese que los acontecimientos de la víspera obligasen á mayores prevenciones, no habiendo aún ejército permanente y guardias pagadas para la defensa de la persona real, cuya mejor proteccion estaba en la propia espada, ó fuese por otro cualquier motivo, la puerta aún no se habia abierto. El fraile vaciló sobre si debía retroceder, para salir por la iglesia ó si esperar. Las consideraciones que le habian movido á seguir este camino, obligáronle á quedarse. Metido en el estrecho y oscuro hueco de la escalera, el fraile, pareciase, envuelto en sus hopalandas de paño y reluciéndole los ojos á la media luz que daba el patio interior, á un moderno funcionario que hay en ese mismo palacio, y en rincon igual, tal vez en el mismo sitio, muestra á los que entran el rostro bañado en la hediondez de su alma, esperando que la vindicta pública le convide á algun banquete de carne humana, y en su esperar impaciente, oprime en las garras los hierros de su morada, como el tigre cautivo. El espía era allí, por decirlo así, una *preexistencia*, una *armonía prestablecida* del verdugo.

Pasó como media hora, y el fraile comenzó á impacientarse seriamente cuando sintió pasos de cabalgadura en el patio interior del edificio. De allí á poco un doncel, trayendo en

MAESTRE BARTOLOMÉ CHAMBAO.

Fr. Roy, saliendo de la casa de las arcas, atravesó los corredores inmediatos; mas en vez de seguir el que daba al pasadizo de San Martin, bajó por una escalera oscura abierta al final del estrecho pasaje anterior al pasadizo. Esta escalera descendia al atrio del palacio. El fraile, acostumbrado por su ministerio á entrar en la morada real á todas horas, y á salir en las ménos frecuentadas, sabia por diaria experiencia, que la puerta principal debía de estar abierta al mismo tiempo que la iglesia por donde entrara, ya comenzaria á poblarse de fieles, porque, como es fácil de suponer, eran en aquella época más frecuentadas que hoy. Bajó, pues, con paso firme resuelto á encaminarse á la plaza á esparcir entre los amotinados la noticia de la partida del rey.

Mas le impidió proseguir dificultad impre-

la mano una disforme llave, y las riendas de la robusta mula liadas en el brazo, llegó á la puerta y comenzó á abrirla. Era uno de los donceles del Rey. Acostumbrado á disfrazar su frecuente entrada en el palacio, bajo capa de mendicidad, y habituado á extender la mano esperando algunos sueldos que devotamente le daban señores, caballeros y escuderos, á lo que él correspondía con la larga retahíla de sus oraciones en chapurrado latin, Fr. Roy era bien visto por casi todos los moradores de la casa del rey que respetaban su aparente santidad. Por eso, saliéndose de su rincon, dirigióse á la puerta.

« La madre Santa María os guarde de mal de ojo, hechizos y ligamentos: — dijo llegando al doncel y haciendo sobresalir esta última palabra. »

« ¿Vos aquí, Fr. Roy, á estas horas? replicó el doncel volviéndose admirado. »

« ¡Qué quereis! repuso el fraile. Cuando ayer los malditos plebeyos acometieron el palacio real con su grito y revuelta estaba yo aquí. ¡Ay qué miedo tuve! Me escondí en aquel rincon, y cuando se cerraron las puertas halléme acorralado aquí dentro como un emparedado en su nicho. Mis votos de paz y religion no me permitian pasar por medio de hombres poseidos del espíritu de la cólera é

inspirados por Belzebut, ni el susto me dejaba ánimo sosegado para ir á rozar el paño de mi santo hábito con los trajes apestados de los hijos de Belial. También la humildad y la mortificación cristiana se oponían á que subiese á pedir hospedaje á alguno de vosotros los moradores de la casa del rey. Así alabando á Dios por concederme una noche de padecimiento, ahí me quedé sobre las losas húmedas, sobre los duros y agudos bordes de las gradas de aquella escalera. Ahora que la revuelta ha concluido, consolado con los dolores que me traspasan los huesos, y confiado en la Providencia de Jesucristo, me voy á mi excursion diaria para ver si obtengo de la caridad de los devotos la comida usual con que pueda matar el hambre de veinticuatro horas, por lo cual doy mil loores al justo juez que reina eternamente en los altos cielos. »

El fraile inclinó beatíficamente los ojos haciendo un gesto entre de afligido y resignado, llevando al mismo tiempo la mano á la rodilla, como si allí sintiese dolor agudísimo.

« ¡Venerable Fr. Roy! añadió el doncel con las lágrimas en los ojos, si os hubieseis llegado al aposento de los donceles yo os hubiera dado por lo ménos un colchon para des-

cansar y hubiera partido con vos la cena. Mas el mal está hecho y lo peor es que para hoy no os puedo ofrecer asilo. Creéis, santo hombre, que la revuelta ha terminado y nunca estuvo más activa. Su señoría va á salir ya de la ciudad...»

«¡Santa María me valga! ¡Santo nombre de Jesús! ¡Socorredme, Virgen Santa! interrumpió Fr. Roy. Porque los pecheros vuelvan á la revuelta, el Rey nos deja á los pobres de nosotros, humildes religiosos, y ciudadanos pacíficos, entregados al furor de la plebe.»

«¿Y qué remedio, buen Fr. Roy? replicó tristemente el doncel. Sin caballeros, escuderos, y ballesteros no se hace la guerra, ni se deshacen asonadas, y nada de esto tiene el rey. Ahora voy yo á la plaza de Santo Domingo, á avisar á los señores del consejo, á los privados é hidalgos que allí están, que sigan camino de Santarem bajo pena de incurrir en delito de traición si quedaren en Lisboa, por cierto que el rey me recomendó procurase avisar primero que á nadie á su merced el infante D. Dionisio.»

«¿En la plaza de Santo Domingo decís? añadió el fraile entornando los ojos. Confieso que no os entiendo.»

Durante este diálogo el doncel había aca-

bado de abrir la puerta del palacio, montado en la mula que traía de la rienda y salido á la calle seguido de Fr. Roy que cojeaba, retorciase y suspiraba dolorosamente de cuando en cuando. Paso á paso y refrenando la mula, camino de la catedral, el paje contó al fraile todos los acontecimientos sucedidos aquella mañana, que Fr. Roy sabía mejor que él. Llegados frente al palacio del Consejo el paje siguió por el lado del castillo y Fr. Roy por la Puerta de hierro, no sin haber salido de la bolsa del primero á la mauga del fraile algunos pilartes (1) y de la boca de este á los oídos de aquél algunos latinajos piadosos oportunamente elegidos.

Apénas pasára la catedral y traspusiera la vieja y sombría Puerta de hierro Fr. Roy se halló perfectamente curado de su agudo reumatismo. Ligerero como un galgo bajó por entre las antiguas tercenas reales y en medio de tres credos estaba en la plazuela. Allí vio lo que le hizo detener.

Un hombre vestido de ropilla de seda, y cubierta la cabeza con un gran sombrero, arengaba á un grupo de ballesteros y peones, armados de lanzas ó alabardas, de cimitar-

(1) Moneda de plata de cinco sueldos. (N. del A.)

ras ó cuchillos; tenía en las manos un disforme espadon y en la cinta una espada corta: la turba, ora le escuchaba atentamente, ora prorumpía en gritos confusos y estrepitosos. Fr. Roy se acercó. El hombre del sombrero ancho era el maese tahonero, Bartolomé Chambao, que entusiasmado, prosiguió su vehemente discurso sin reparar en el fraile.

«Ya os lo dije: ninguno se mueva de aquí antes que el rey salga para Santo Domingo. Nada de ruido fuera de tiempo, que allí están los espías. Daremos vista al palacio cuando allí esté sola la adúltera. Si como ayer, nos cerrasen las puertas, eso es otro caso. Es preciso que esto se deshaga. La cubra venenosa debe salir de su agujero. No digo que entonces no sea posible aplastarla la cabeza de un golpe de maza. Mas cuidado, no haya sangre... Por lo ménos de inocentes... Leales y esforzados ciudadanos de esta muy leal ciudad... ¡Quita bruto!»

Esta frase inesperada con que maese Bartolomé interrumpiera su discurso que iba á elevarse á la cúspide de la elocuencia, procedía de haberle caído la gruesa y extensa mano del fraile sobre el hombro, que le pesára como si hubiesen descargado encima de él una cuba. A Fr. Roy ocurriera una idea feliz, la de comunicar á maese Bartolomé la nue-

va que doña Leonor le recomendára esparciéndose entre los amotinados; la noticia de su partida de Lisboa con el Rey. El mendigante sabía que el tahonero era hombre de lengua expedita y que dentro de media hora, la noticia habria corrido toda la ciudad. Así se excusaba no sólo de ser visto en la plaza por el doncel, de quien en aquel instante se habia separado, sino tambien de hallarse envuelto en cualquier desórden que semejante noticia pudiese producir, atendida la irritacion de los ánimos. Además de eso, el recuerdo del estremecimiento dorsal que las últimas palabras de doña Leonor le habian causado, casi le hacia desear que el tahonero encargado (según comprendiera del fin de su aranga) de la comision que en la taberna de Folco Taca, Diego Lopez recomendára á Fernan Vazquez pudiese desempeñarla atajando la fuga de doña Leonor. Estas consideraciones que le habian ocurrido rápidamente, y el ver que maese Bartolomé no llevaba traza de concluir, movieronle á hablar al tahonero, que no lo sintiera hasta que descargó sobre su hombro la contundente, pero amistosa palmada.

«¡Con mil quinientos satanases! exclamó maese Bartolomé volviéndose y viendo al lado suyo al fraile. Sabía que la mano de la

santa madre iglesia era pesada pero no pensaba que lo fuese tanto. ¿Qué quereis fray Roy?»

«Deciros que podeis mandar salir vuestros espías de su atalaya, podria llegar y pasar el invierno antes de ver al Rey llegar y pasar á Santo Domingo.»

«Fr. Roy, replicó el tahonero poniéndose encendido de coraje, para interrumpirme con una de vuestras bufonías, no habia para que me descoyuntases este hombro.»

«Tomad como queráis mis palabras; llámadme lo que se os antoje, bufon ó mentiroso; mas la verdad es que no será hoy cuando los plebeyos hablen con el Rey.»

«Pues qué, ¿murió de los hechizos de la adúltera, ó le tornó invisible algún encantador amigo suyo?»

«Ni una cosa ni otra; más con estos ojos de gran pecador (aquí hizo el bellaco el ademán habitual de cruzar las manos sobre el pecho) yo le vi salir hacia el lado de la puerta de la Cruz.....»

«Fr. Roy, mirad que estos honrados ciudadanos os escuchan, y que el asunto es grave para andarse en bromas.»

«Ya dije, maese Bartolomé, que hablo verdad. Por el bendito cerquillo del Santo Padre, os juro que hoy el rey no dormirá en

Lisboa, segun yo lo veo. Cabalgaba en una vigorosa mula de camino: en la otra iba una señora cubierta con un largo velo; seguianles donceles, halconeros y monteros. Al pasar le oi estas palabras: «Mirad aquellos villanos traidores cómo se reúnen; ciertamente me prenderian si allí estuviese.» No pude ver más; pero ¿qué más es preciso? Dejasteis huir la res; ahora seguidle el rastro.»

«Traidor es el que nos ha mentido como un pagano, gritó el tahonero blandiendo la espada. Mas que se guarde de traer otra vez á Lisboa á la adúltera. Reina ó barragana, la hemos de arrancar los ojos. La arrayamunda fué escarnecida; mas no lo será en vano. ¿Qué decís vosotros, honrados ciudadanos?»

«Burlados, burlados, respondió el grupo con grande gritería. Pero á fe que nunca la adúltera será reina de Portugal. ¡Muera la concubina!»

Y en medio de la algazara, las puntas de las lanzas y los largos hierros de las espadas, agitadas en los aires, rutilaban á los rayos del sol de oriente.

«¡A Santo Domingo! gritó maese Bartolomé. Vamos, rapaces, ya que no hacemos aquí nada, al ménos que el pueblo no sea burlado por más tiempo.»

Y echándose á cuestras la grande espada, maese Bartolomé, tomó por una de las calles que daban hácia Valverde, seguido de la inmensa turba y sin hacer caso de Fr. Roy, que procuraba detenerlo, exponiendo que áun podria alcanzar al Rey y hacerlo retroceder. El talonero, sin embargo, no tenia valor para presentarse frente á frente á D. Fernando, y por eso fingió no oír al fraile, que despues de algunos minutos se halló solo en medio de la calle, silenciosa y desierta.

Entre tanto, si bien la lucha comenzada entre los nobles partidarios de doña Leonor y Fernan Vazquez, se habia deavaneado, la agitacion de los plebeyos, cuyo número crecia continuamente, no habia disminuido. Recostado en uno de los pilares del pórtico, el sastre, ora lanzaba miradas oblicuas sobre los señores de la córte y del consejo, que, esperando al Rey, paseaban de un lado á otro, ora los dirigia á aquel mar de cuerpos humanos que él sabia agitar ó tornar inmóvil con una palabra ó con un simple gesto. Semejante á la hora que precede á la tormenta, en que apénas se ven correr en la atmósfera sofocante los castillos encontrados de nubes densas y negras, y se oye el estallar de los truenos, roncós y prolongados, aquella hora que entónces pasaba era espantosa y amena-

zadora de estragos, sobre todo, cuando despues de un rugido terrible del tigre popular, quedaba la plaza apiñada de gente en un silencio áun más temeroso y lúgubre.

En una de estas interrupciones del motin, un paje, saliendo á galope del lado de la Corredera, vino á apearse junto al pórtico, y sacando del cinto un pergamino abierto, lo entregó al infante D. Dionisio.

Éste fijó los ojos en la escritura, palideció súbitamente, y dió el pergamino á Diego Lopez, diciéndole al mismo tiempo en voz baja:

«Estamos perdidos.»

Diego Lopez leyó lo contenido en aquel escrito fatal, y en el mismo tono respondió al infante:

«El camino de salvacion que nos queda es el de Santarem. Obediencia y circunspeccion.»

El pergamino pasó rápidamente de mano en mano: los nobles letrados y caballeros hicieron un círculo en medio del pórtico; y despues de haber leído, dirigíanse unos á otros inquietas miradas. Todos temian hablar. El hábil Pacheco fué el primero que se atrevió á ello, aprovechando hábilmente la vacilacion de los demas nobles y consejeros.

«Visteis la orden del Rey. Como uno de los más viejos entre nosotros, diré mi opinión. Aun cuando el peligro sea grande, hallándonos cercados del pueblo armado y furioso, nuestro deber, á riesgo de la vida, es obedecer al Rey nuestro señor.»

«Pero, añadió el doctor Gil de Ocem, que por muy letrado y prudente era oído como un oráculo por los cortesanos, el caso es grave; el pueblo, si nos ve retirar, ha de atacarnos; si les decimos el motivo de nuestra partida, es capaz de desaciertos mayores de los ya cometidos. Su señoría no nos habría citado para este acto, si su intencion era no dar respuesta á los plebeyos.»

Claramente el doctor en *leyes y cárceles* estaba lleno de miedo, en lo que no llevaba ventaja á la mayor parte de los otros miembros del consejo real.

El conde de Barcellos guardaba silencio. No podia concebir cómo doña Leonor no le avisara á tiempo, y por eso se aumentaba su enojo, ignorando que la resolucíon de fuga fuera tomada mucho más tarde. En la vispera habia aconsejado al Rey que cediese á todo lo que el pueblo quisiese, porque disuelto el tumulto, fácil era llamar á la corte á los señores y caballeros de más confianza, acompañados de gente de guerra, con que

se sofocaria cualquier motin si los plebeyos osasen oponerse de nuevo á la voluntad de su rey y señor. Don Fernando aceptó el consejo, que si no era el más leal, era al ménos el más seguro; pero las revelaciones del fraile, que el conde ignoraba, habian mudado, como el lector ha visto, la situacion del asunto.

La reflexion de Gil de Ocem estaba en el pensamiento de todos, y por eso los cortesanos quedaron otra vez en silencio como buscando un recurso para salir de aquel difícil trance. La incertidumbre, el despecho ó el temor se pintaban en los rostros de muchos.

Y las olas del Océano, que amenazaba tragarles, encrespábanse á sus piés: el pueblo, viendo á los nobles levantados y silenciosos en círculo, apiñábase cada vez más al rededor del pórtico. Esto hacia crecer el temor, y el temor perturbaba tanto los ánimos, que no podían hallar un remedio acertado.

Esto esperaba el astuto Pacheco.

«De un lado la cólera del pueblo, de otro las órdenes del rey; dijo oprimiéndose la frente con la mano el antiguo consejero de Alfonso IV. Quédanos un solo arbitrio.»

«Decidlo, decidlo», exclamaron á un tiempo todos, á excepcion del conde de Barce-

llos, que le dirigió una mirada de desconfianza. »

«Es necesario que anunciemos la nueva de la partida del rey y que seamos los primeros en afeár este procedimiento; es necesario que escedamos en indignacion á los plebeyos. Despues les dirémos que, burlados como ellos, nada hacemos aquí. Entónces nos separarémos sin dificultad y saldremos de la ciudad como podamos, en la seguridad de que, aunque anciano, no seré yo el último que atraviese las puertas del castillo de Santarém.»

«Mas ¿quién ha de hablar en nuestro nombre? preguntó Gil de Ocem.»

«¡En el vuestro, maese Gil de las Leyes! interrumpió el conde de Barcellos. Ni el temor de los insultos de algunos millares de necios, ni el de la misma muerte me obligarán á arrojar maldiciones sobre el nombre de aquel á quien una vez juré pleito y leal homenaje.»

«*Viam impendere vero nemo tenetur*, replicó Gil de Ocem, ó como si dijese en romance: ninguno está obligado á dejarse matar por amor á la verdad ó á su palabra. Vos haréis lo que queráis.»

La autoridad de un texto latino, traído á tiempo por tan insigne doctor, era irresistible.

ble. Los nobles y consejeros aprobaron casi unánimemente el proyecto de Diego Lopez.

«Mas ¿quién ha de hablar al pueblo?», insistió el maestro en leyes, que no parecía muy inclinado á encargarse de tan gloriosa tarea.

«Yo, si lo quisierais», replicó inmediatamente Diego Lopez.»

El hábil cortesano comprendió claramente que la partida del rey trastornaba todos sus designios; en un momento calculó cómo, sin suscitar la indignacion de Fernan Vazquez, y por consiguiente, alguna revuelta peligrosa, podria salvarse el infante. Despues que el rey se esquivára de la influencia del pueblo, de cuya osadía el anciano todo lo esperaba, el casamiento de doña Leonor era inevitable; y áun suponiendo, lo que no era de esperar, que el tumulto siguiese adelante, y que Lisboa se rebelase abiertamente contra D. Fernando, el resultado de la guerra civil tenia mayor probabilidad de ser favorable el rey, señor de todo el resto de Portugal, que al pueblo, desprovisto en aquella ocasion de los principales medios con que pudiera sostener una lucha intestina. Así, el recurso que ofreciera para la salvacion de los cortesanos era sólo para ver de salvarse á si, conservando al mismo tiempo la adhe-

sion de los jefes de la revuelta, sin que el medio que para ello debía emplear le hiciese caer de la gracia de D. Fernando.

En los cálculos de Diego Lopez faltaba, sin embargo, un elemento: era la delacion del fraile, y era justamente esta falta la que los destruía todos. Así es la política.

El sacrificio de Diego Lopez fué generalmente recibido con aprobacion y agradecimiento. Entónces él, saliendo del grupo, aproximóse á Fernan Vazquez, que de cuando volvía los ojos con inquietud hácia el grupo de nobles y caballeros.

«Falló la trama, dijo el cortesano en voz baja al sastre. El rey acaba de salir de la ciudad.»

Fernan Vazquez retrocedió mirando asombrado á Diego Lopez, como si no creyera lo que oía.

«Lo que os digo es la verdad, continuó Pacheco. Mas no ceder. El rey de Castilla está con nosotros, y gran número de nobles portugueses tambien. Más; con nosotros están la mayor parte de los que ahora veis aquí presentes. Conservad el buen ánimo del pueblo, y fíad el resto de mí y.... de quien ya sabeis.»

Al pronunciar estas palabras, Diego Lopez miró de reojo á D. Dionisio.

«Mas el rey tomará por mujer á doña Leonor, respondió el sastre aterrado, volverá á Lisboa con sus caballeros y hombres de armas, y entónces ¡desgraciados de nosotros!»

«Nada temais: el matrimonio adúltero será condenado por el Papa. Ya habréis oido contar lo que sucedió al rey D. Sancho; á don Fernando le puede suceder lo mismo. Tambien la nobleza de Portugal tiene hombres de armas. Podeis estar seguro de que no os abandonaremos. Ahora falta una cosa. Tócame á mí dar esta triste noticia á los buenos y leales ciudadanos que tan osadamente se opusieron á la deshonra de su pais y de su rey, y yo debo ser oido por ellos. Mandadles que callen.»

Fernan Vazquez obedeció: el ruido de los plebeyos, que no se interrumpiera durante esta escena, calmó á una señal del sastre.

Diego Lopez hizo entónces un largo discurso, con el cual no cansáremos á los lectores, y cuyo asunto fácil es de adivinar. Mezclando amargas reprensiones contra D. Fernando con lisonjas al pueblo, procuró persuadirlos de que toda la nobleza estaba llena de indignación. Aludió á la resistencia de las armas que el rey podía encontrar entre los ricos-homes de Portugal contra su casa-

miento y en el caso de llevarse éste á cabo, la probabilidad de ser aulado por las censuras de la Iglesia. En fin, sin decirles claramente que insistiesen en la sublevación y tratasen si fuese preciso de defender la ciudad contra el poder real, suscitó todas las ideas que podían llevar á los plebeyos á esta resolución. Faltaba el punto dificultoso: el de la partida de los nobles. Pacheco supo con la misma ambigüedad dar esperanzas á los plebeyos de que se encaminaban á sus posesiones y castillos con el loable intento de aprestarse al socorro de Lisboa, y con tal arte lo hizo, que los señores y caballeros que estaban en Santo Domingo, sin exceptuar al mismo Conde de Barcellos, no vieron en sus palabras sino una feliz inspiración para salvarlos de la cólera de la arraya-miuda.

Durante aquella larga arenga, ésta guardó silencio, interrumpido á ratos por uno de esos murmullos que son como anuncios de las erupciones del volcan popular. Pacheco concluyó al fin; mas el espectáculo que tenía delante de sí le hizo permanecer inmóvil por algunos momentos, y éstos fueron terribles. Aquellos centenares de ojos inyectados, brillantes de furor, clavados en él y en los otros nobles; aquellas bocas entreabiertas, prontas á prorumpir en gritos de muerte,

eran como una pesadilla diabólica, como un vértigo de locura. Los plebeyos parecían escucharle aún, y no podían creer la deslealtad de D. Fernando de Portugal.

Los nobles aprovecharon aquel instante de calma moral que precedía á la tormenta. Bajaron del pórtico, y montando en sus vigorosas mulas dirigiéronse pausadamente hácia la Corredera. En medio de la cabalgata, y rodeado de los caballeros más bienquistos del pueblo, iba el conde de Barcellos, y Diego Lopez, con sus pajes, cerraba el séquito. Si hubiesen atravesado la plaza, el conde habria corrido gran peligro, porque al doblar la esquina del monasterio, ya los denuestos groseros y violentos salían contra él de enmedio del pueblo apiñado, y hasta dos palos de ballesta parece silbaron por cima de su cabeza. Mas apretando los acicates, los caballeros signieron á lo largo de la Corredera, mientras Diego Lopez, victoreado por las turbas á quienes con sonrisas contestaba á aquellas muestras de afecto, impedía que las olas populares rodeasen el pequeño número de cortesanos, algunos de los cuales tenían fundados motivos para temer la irritación de aquellas almas feroces, exaltadas por la fuga del rey.

La cabalgata habia desaparecido, cuando

un monton de ballesteros y gentes del pueblo desembocó del lado de la Calle Nueva. Eran maese Bartolomé y su gente, que venian á confirmar la noticia dada por Diego Lopez Pacheco.

Mas las palabras que Fr. Roy dijera haber oído proferir al rey, lanzadas entre los amotinados como la tea en el monton de leña bajo el que há mucho arde fuego aculto, llevaron el alboroto á su mayor auge. Los insultos que hasta entónces casi sólo se dirigian á doña Leonor Tellez y sus parciales, volviéronse contra D. Fernando. Las maldiciones, las quejas, los nombres de traidor y cobarde uniansé á las más violentas amenazas. Unos juraban que nunca más entraria en Lisboa; otros proponian que se prendiese fuego al palacio real. En balde Fernan Vazquez trabajaba por aquietarlos: ya no escuchaban á su ídolo. Furiosos esparciáanse por las calles, que atronaban con gritos, blandiendo las armas; y seguramente si en aquel momento se les hubiesé presentado D. Fernando, no habrian respetado la vida de su tan querido D. Pedro I, el más popular de todos nuestros reyes, llamados de la primera dinastía.

Este motin sin objeto, sin resistencia y sin resultado, calmó en el mismo dia. Al ano-

cheer la ciudad habia caído en su habitual silencio, y poco á poco los nobles y caballeros, atravesando las Puertas de la Cruz, siguieron el camino de Santarem. El sistema militar de los antiguos parthos dió la victoria al rey: venció huyendo.

El pueblo dormia; los jefes de la revuelta estaban irremisiblemente perdidos.

inmensa y blanquecina que se enrosca por entre las montañas y cuyo cuello está bajo vuestros piés: el ventisquero que se derrite y disuelve sobre las aguas que lo helaron. El horizonte, hasta allí turbio, limitado y confuso, espárcese á lo léjos: recórtanse las cimas de las montañas, que parecen engastadas en la cortina azul del cielo, y la tierra, al perderse de vista, se nos presenta como un mar de verdura violentamente agitado; porque en dibujar los países del Duero la naturaleza empleó un pincel semejante al de Miguel Angel: fué robusta, solemne y profunda.

Como sobre un circo convertido en nau-
maquia, Oporto, levántase en anfiteatro so-
bre las aguas del Duero y reclinase en su
lecho de granito. Guardador de tres provin-
cias y teniendo en las manos las llaves de
las riquezas de ellas, su aspecto es severo y
altivo como el de mayordomo de casa aco-
modada. Mas no le juzgueis ántes de tratar-
le familiarmente. No hagais caso del aspecto
áspero y rudo que le habréis de notar; po-
nedlo á prueba y hallaréis en él un corazón
bueno, generoso y leal. Rudeza y virtud son
muchas veces compañeras; y entre nosotros
degenerados nietos del viejo Portugal, tal
vez sea el quien aún guarde mayor porcion

VI.

UNA BARRAGANA REINA.

El Duero es bien revuelto y triste. Su cor-
riente, rápida como angustiada por las agu-
das y escarpadas rocas que la comprimen,
vuelve sus aguas turbias y melancólicas. En
sus riberas fragosas raras veces podeis salu-
dar un sol puro al romper el alba, porque el
rio cúbrese durante la noche con su manto
de nieblas, y á traves de este manto la at-
mósfera cubierta hace caer sobre vuestra ca-
beza los rayos del sol, casi muertos, como
un reflejo de luna, ó como la luz sin calor
de la antorcha distante. Despues de entrado
el día es cuando ese ambiente, semejante al
que rodeaba á los guerreros de Ossian, os
oprime los pulmones, donde muchas veces
tiene depositados ya los gérmenes de la
muerte. Entónces, si trepando á una colina
de las riberas dirigís los ojos hácia el lado
de los montes, veis allí, como una serpiente

de la malgastada herencia de antiguo carácter portugués en lo que tenía de bueno, que era mucho, y en lo que tenía de malo, que no pasaba de algunas demasías de orgullo.

A fines del siglo décimocuarto, Oporto estaba aún bien lejos de la grandeza que le aguardaba. El fermento de su futura grandeza estaba en el carácter de sus hijos, en su situación y en las mudanzas políticas é industriales que despues sobrevinieron en Portugal. Aunque noble y famoso como origen del nombre del linaje portugués, sus destinos eran humildes comparados con los de la teocrática Braga, con los de la caballerescas Coimbra, con los de Santarem la cortesana, con los de Évora la romana y monumental, con los de Lisboa la comercial, la guerrera y la turbulenta. Quien lo viese coronado de su antigua catedral semi-árabe, semi-gótica, en vez de castillo almenado; sobrepuestos en vez de la torre de homenaje los dos campanarios lisos cuadrangulares y macizos tan diferentes de los campanarios de otros pueblos cristianos; tal vez porque entre nosotros los arquitectos árabes quisieran dejar las torres de las antiguas mezquitas, como estigma de antigua servidumbre del templo de los nazarenos; quien así viese la ciudad episcopal de Oporto, apiñada en

torno de la iglesia y defendida más por anatemas sacerdotales que por ingenios de guerra, difícilmente pensaria que de aquel pueblo humilde naceria un emporio de comercio, dentro de cinco siglos; á saber esto, más que en ninguna otra poblacion del reino la clase entónces miserable y mal definida que llamaban entónces plebeyos, tendria la conciencia de su fuerza y de sus derechos y daria á Portugal ejemplos singulares de amor tenaz, de independencia y de libertad.

La populosa y vasta ciudad de Oporto, que hoy se estiende por más de una legua desde el seminario hasta más allá de Miragaia ántes, hasta Foz por la margen derecha del rio estendiéndose hácia el monte, mostraba, aún en el siglo décimocuarto los elementos distintos de que se componian. Al oriente, el *barrio del Obispo*, edificado en la cuesta del monte de la catedral, venia á terminar en las huertas que cubrian todo el valle, donde hoy están colocadas la plaza de San Pedro y las calles de las Flores y de San Juan, y que le separaban de los monasterios de Santo Domingo y de San Francisco. Al Poniente, la poblacion de Miragaia, asentada alrededor de la ermita de San Pedro, subia hácia la parte de Olival y venia á colindar por el Norte con el parque de Cedofeita, y por el

Oriente con el barrio episcopal. La iglesia, el municipio y la monarquía entre aquellos límites, disputáran muchos siglos sus derechos de predominio, hasta que triunfó la corona. Entonces la línea que dividía á las tres poblaciones desapareció rápidamente debajo de los cimientos de los templos y palacios. Oportó se formó á influjo de la unidad monárquica.

En este barrio eclesiástico, en esta ciudad naciente, era donde en un hermoso día de Enero de la era de César de 1410 (1372) se veían barridas y cubiertas de espadañas y flores las estrechas y tortuosas calles que por la falda del monte conducían al pueblo primitivo, fundado ó restaurado por los gascones, si no mienten remotas memorias. En la calle del *Castañar*, así llamada tal vez por la cercanía de algun bosque de castaños, como principal entrada de la población andaban las danzas judías, y gaitas moriscas, con músicas y entretenimientos ó juegos, por entre el pueblo vestido de fiesta; lo que era indicio evidente de que se esperaba al rey, cuya venida á cualquier población era único motivo legal para hacer danzar y bailar judíos y moros (1) que por cierto no ganaban nada

(1) En todas las fiestas populares de Portugal de los si-

con estas obligadas y dispendiosas señales de regocijo público.

Con efecto, una numerosa y espléndida cabalgata venía del lado del baillío de Leza. El rey D. Fernando habíase unido en Santarem con sus ricos-homes y consejeros, y adiestrado por doña Leonor Tellez en el arte del disimulo, recibió con muestras de buena voluntad á D. Dionisio y á Diego Lopez Pacheco, al cual, para mayor fingimiento concediera mercedes. Despues, en fiestas y ca-

glos xiv y xv era costumbre hacer grandes juegos de aparato teatral y forma dramática, que llamaban *mosos* y en los que imprescindiblemente tomaban parte personajes moros y judíos. Garcia Resende, el cronista de don Juan II, refiriendo las fiestas que á este rey hizo la ciudad de Evora, dice en su miscelánea:

Vimos grandes judarias,
També mouras mourarias,
Seus báilos, galanterias
De muitas fermosas mouras:
Sempre nas festas reaes
Seram os dias principaes
Festa de mouros habia.

En varios de los autos de Gil Vicente hay tambien personajes moros y judíos. Sobre estas costumbres que dieron origen al teatro portugués, véanse nuestros dos artículos: *Teatro portugués del siglo xvi*: *Revista de España*, núm. 94, t. xiii; y *Gil Vicente*, *Revista Ibérica*, año II, t. I, núm. 2.^o

(N. del T.)

cerías recorrió el reino con doña Leonor hasta que en Eixo manifestó su firme resolución de tomarla por mujer, lo que iba á cumplir aquel día en la antigua iglesia de la célebre Orden de los Hospitalarios. Era, pues, para celebrar este matrimonio adúltero, rechazado por las maldiciones del pueblo, para lo que el obispo D. Alfonso, ménos escrupuloso que el pueblo de Lisboa en materia de adulterios, vestía de fiesta y su muy canónico barrio.

La cabalgata que se viera bajar á lo largo del valle, ya atravesaba el río de la ciudad por el puente del Castañar y se encaminaba por una antigua puerta de la población primitiva, puerta conocida aun hoy, como entonces, con el nombre de Vandoma. Al lado derecho del rey, iba doña Leonor, la reina de Portugal: él, montado en un caballo de guerra, ella, en un palafren blanco llevado de la rienda desde la entrada del puente por el infante D. Juan, que familiarmente hablaba y reía con la hermosa jineta. Al lado izquierdo el obispo D. Alfonso, encorbado y enflaquecido por la vejez, oscilaba y hacía cortesías involuntarias á cada paso de la mansísima y venerable mula episcopal. Junto al viejo prelado el infante D. Dionisio caminaba en silencio y en el aspecto melancólico del mancebo se divisaba cuán profun-

da tristeza le consumía el corazón, viéndose como atado al carro triunfal de la mujer que poco á poco se convirtiera en su irreconciliable enemiga. Despues de estos personajes veíase una gran multitud de caballeros, clérigos, cortesanos, consejeros, jueces de la corte, acompañamiento espléndido en la que brillaba el oro, la plata y los variados colores de los trajes de fiesta, sobresaliendo del fondo negro de las vestiduras talares de los magistrados y los clérigos. Delante del rey las danzas de los moros y judíos volteaban rápidas al són de la viola ó laud árabe, de las trompetas y de las sonajas. Segun el antiguo uso seguían á las danzas, coros de doncellas del pueblo que celebraban con sus cantos el amor y la ventura de los novios.

Mas aquel canto, fuera por lo que fuera, era triste en su tono. Triste era tambien el aspecto de los ciudadanos que sin un sólo grito se apiñaban para ver pasar aquel real cortejo. Mil ojos se clavaban en el infante D. Dionisio cuyo rostro melancólico revelaba que sus pensamientos estaban acordes con los del pueblo, que por todos lados no veía en este consorcio sino un crimen y una fuente de desventuras. Los cortesanos, sin embargo, fingían no apercibirse de lo que pasaba en torno de ellos y parecían rebotar de

alegría. Muchos eran de aquellos que más contrarios habían sido á los amores del rey, mas viendo al fin á doña Leonor reina, volvíanse hácia el sol que nacia y calculaban ya cuántas tierras y qué suma de derechos reales les podría rendir de la parte de un rey pródigo su mudanza de opinion.

Entre éstos no se veía al tenaz y astuto Pacheco. Acostumbrado al trato de la córte hacia muchos años, experimentado en todas las intrigas de los palacios, hábil en traducir sonrisas y gestos, palabras encubiertas y discursos fingidos, no tardára en conocer que las mercedes y agasajos del rey y de doña Leonor, encubrían intenciones de implacable venganza. Conociendo que la sedicion popular fuera inútil, y que aunque se renovára con más furia no podría resistir á las armas de D. Fernando, habíase apartado de la córte, y puesto que sólo al finalizar aquel año pasára á servir á su antiguo protector y amigo D. Enrique de Castilla, entre tanto buscára esquivar el ódio de la nueva reina, conservando al mismo tiempo la buena opinion entre vulgo.

Abandonado así por su guía, el infante D. Dionisio, sufriera resignado un suceso que no podía evitar, mas digno hijo de Don Pedro, conservára intacta su mala voluntad

á doña Leonor. Desamparado de sus parciales, viéndose, si no terminada, al ménos casi muerta é inactiva su alianza con Pacheco, y para mayor desaliento, su hermano mayor, el infante D. Juan, amigo de la mujer, de la cual este príncipe pensaba entonces le vendria su postrera ruina; en medio de tantos desengaños el infante, al principio tímido é irresoluto sintiera crecer la osadía con los peligros: sintiera correr en sus venas la sangre de su padre. Obligado á seguir á la córte nunca doña Leonor hallára una sonrisa en sus labios; nunca la viera contener delante de ella un sólo signo de desprecio. Así la cólera del Rey contra su hermano habia llegado á su mayor auge, y los cálculos de fria y paciente venganza se habian apoderado del ánimo de doña Leonor.

La cabalgata habia subido la cuesta atravesando la puerta Vandoma que en parte aún subsiste, y pasando enfrente de la catedral, junto á la que se extendia el palacio episcopal. Allí las danzas y cantares pararon é hicieron un momento de silencio: entónces el infante D. Juan, tomando en los brazos á la hermosa reina la apeó del palafren; despues de ella el rey saltó ligero de su fogoso y arrogante caballo. Dentro de poco toda la comitiva habia desaparecido en el fondo del

portal del palacio y los donceles conducian los ataviados caballos, las mulas inquietas y los mansos palafrenes hácia las graudes y bien provistas caballerizas del muy devoto y poderoso prelado de la antigua Festabole (1).

El aposento principal del palacio, sala ancha y espaciosa, estaba de antemano adornado para recibir los huéspedes reales del viejo obispo D. Alfonso. Un trono con dos asientos de respaldo indicaban que á él iba á subir también una reina. Doña Leonor entró seguida de las camaristas y doncellas de su cámara; el rey de todos los principales caballeros. Veíanse entre éstos al alférez mayor Arias Gomez de Silva, anciano venerable, que fué ayo del rey cuando niño, al orgulloso mayordomo mayor D. Juan Alfonso Tello, Gil Vazquez de Resende, ayo del infante D. Dionisio, al prior de la Orden del Hospital, Alvaro Gonsalves Pereira, y muchos otros hidalgos, que ó seguían á la corte, ó habían venido á asistir á las bodas reales.

Conducida por D. Fernando, Leonor Te-

(1) En la supuesta division de obispados atribuida al rey godó Wamba, dáse á Oporto el nombre de Festabole.

(N. del A.)

lez subió con paso firme las gradas del trono. Como el navegante, que afrontando temporales deshechos por mares incógnitos y apartados, al llegar á lejano puerto duda aún pisar la tierra deseada, así esta mujer ambiciosa y audaz parecia dudar de la realidad de su elevacion. Sonreíale en el alma mil esperanzas: la vida rebosaba en ella. A su lado un rey, á sus piés un reino. Era más que embriaguez, era delirio. Sentía un nuevo afecto, un como deseo de perdon á sus enemigos. Temió por sí misma, y reuniendo todas las fuerzas del corazon, recobró su ferocidad hipócrita, que parecia querer abandonarla. Era severo su aspecto cuando atravesaban su espíritu tan extraños pensamientos; más la sonrisa volvió á esparcirse en su rostro, cuando el insinto del tigre pudo hacerla triunfar de ese momento en que la generosidad acostumbra á acometer con violencia á las almas vengativas y feroces, el momento en que se realiza la suma ventura por tanto tiempo soñada.

Desde el trono, y en pié, D. Fernando extendió la mano: el tropel de cortesanos y caballeros, de damas y doncellas, formó á los lados de la sala, hileras espléndidas, inmóviles y silenciosas: el rey volvió la vista con calma á uno y otro lado, y dijo:

« Ricos homes, infanzones y caballeros de Portugal, uno de los más nobles sacramentos que D'os ordenó en este mundo es el del matrimonio: como para los otros hombres, se instituyó también para los reyes, y por él son las coronas de perpétuo linaje real. Por esto desposé hoy á la muy ilustre doña Leonor, hija de D. Alfonso Tello, descendiente de los antiguos reyes y ligada con los más nobles de entre vosotros por el vínculo de la sangre. Así la reina de Portugal será un lazo más que os una á mí como parientes, pues de hoy en adelante lo sois míos. Leales habeis sido á vuestro rey por el pleito que le hicisteis, mucho más lo seréis por este nuevo título. Aunque pese á los traidores, doña Leonor es mi mujer. Nobles portugueses, besad la mano á vuestra reina.»

El viejo alférez mayor Arias Gomez aproximóse entónces al trono por mandato de su jóven pupilo, se arrodilló y besó la mano á doña Leonor; pero la mirada que lanzó al rey era como la del pedagogo, que de mala gana se acomoda al capricho infantil de un príncipe. Ante la mirada del anciano D. Fernando se ruborizó y volvió el rostro.

Sin embargo, el infante D. Juan, doblando la rodilla á los piés de la hermosa reina, parecia estar lleno de alegría: viéndole doña

Leonor Tellez dejó asomar á los labios una de aquellas ambiguas y casi imperceptibles sonrisas, que siendo de ella siempre tenían una significacion profunda. Por ventura en el infante D. Juan no vió más que el precursor de la humillacion de D. Dionisio, su capital enemigo.

Después del infante, los nobles vinieron sucesivamente á inclinarse á los piés de doña Leonor. Gran parte de ellos parecian capitanes vencidos siguiendo al Capitolio á un triunfador romano. Podíase, con efecto, decir, que contra la voluntad de los que se arrodillaban á sus piés habia conquistado el trono.

Toda la apretada hilera de nobles y oficiales de la corona habia pasado y arrodillándose ante el estrado real. Faltaba uno: y era éste á quien menospreciando tantas frentes ilustres por valor ó ciencia, por nobleza ó poderio inclinadas ante ella la mujer orgullosa é implacable, esperaba pensando en el momento en que el mancebo, aún impúber, sin renombre, sin poder, célebre sólo por su cuna y por el desgraciado drama de la muerte de doña Inés, viniese á tributar homenaje á la que representaba un papel análogo al de aquella deaventurada, salvo en la sinceridad del amor y en la inocencia de la vida.

Pero ese, hacía quien doña Leonor más de una vez volviera rápidamente los ojos, contemplaba con los brazos cruzados aquel espectáculo en perfecta inmovilidad, de la que únicamente saliera cuando Gil Vazquez de Resende, que estaba á su lado, se alejó caminando hacía las gradas del estrado. El mancebo apretó la mano del anciano ayo, algo trémula por la edad, con su mano aún más trémula de cólera. Le consideraba como padre, venerábale como hijo, y la idea de verle prostituir sus cabellos blancos á los pies de una adúltera, le impulsara á aquel movimiento involuntario: involuntario, porque en aquella postura y en aquel momento no hacia sino reunir todas las fuerzas del alma para salvar la honra del nombre de sus abuelos, del nombre de los reyes portugueses, olvidada por uno de sus hermanos, y tal vez vendida por otro en cambio de valimiento infame. El viejo entendió lo que significaba aquel convulso apretón de mano: dos lágrimas le cayeron por las mejillas; pero obedeció al rey.

Sólo faltaba D. Dionisio, que continuaba inmóvil. Hubo un momento de silencio sepulcral en la ancha sala, y este silencio era para todos inexplicable, pero terrible.

D. Fernando púsose á mirar á su hermano,

preocupado, á lo que parecía, en profunda meditacion.

Dentro de poco pudierase creer que todos los nobles que llenaban aquella ancha sala estaban convertidos en piedra, semejante á la de las columnas góticas que sostenian las bóvedas puntiagudas del techo, si no fuese por el respirar angustiado y rápido que hacia estremecer sobre los pechos y hombros sus ricos briales (1).

Los labios del rey temblaron como la superficie del mar enrespado por leve y repentina ráfaga que precede inmediatamente á la tempestad. Despues, entreabriéndolos con los dientes cerrados, murmuró:
«Infante D. Dionisio, besad la mano á vuestra reina.»

Todos volvieron los ojos hacía el infante: el susurro de las respiraciones cesó.

D. Dionisio no respondió: dirigióse al centro del aposento, detúvose enfrente del trono, y mirando en rededor de sí, preguntó con sonrisa de amarga burla:

«¿Dónde está aquí la reina de Portugal?»
«Infante D. Dionisio, dijo el Rey cuyo

(1) Camisetas que los caballeros vestían encima de las armas.

(N. del A.)

rostro demudára el furor mal comprimido. Sufrido y buen hermano he sido por mucho tiempo, no queráis que hoy sólo sea juez inflexible del hijo querido de aquel que también me engendró. Infante D. Dionisio, besad la mano de la muy noble y virtuosa doña Leonor Tellez, como hizo vuestro hermano mayor, de quien debiera daros vergüenza.»

«Nunca un nieto de D. Alfonso del Salado, replicó el infante con aparente tranquilidad, besará la mano de la que el rey, su hermano y señor, quiere llamar reina. Nunca D. Dionisio de Portugal besará la mano de la mujer de Juan Lorenzo de Acuña. Primero bajará ella de ese trono y vendrá á arrodillarse á mis pies, que de reyes vengo yo, más no ella.»

«¡De rodillas, don traidor! gritó D. Fernando poniéndose en pié y bajando dos gradas del estrado. De rodillas, vil partidario de los necios rebeldes. Si la taberna de Folco Taca os oyó hacer pleito infame á los pecheros de Lishoa, lo habeis de quebrantar delante de vuestro rey, lo habeis de quebrantar porque yo lo digo.»

D. Dionisio vió entónces que todos sus pasos estaban descubiertos: hallábase por tanto al borde de un abismo: mas acordóse de que

era nieto del héroe del Salado y precipitóse en el peligro.

«Vil es la mujer barragana y adúltera, y ésa es ambas cosas. Traidor sería un rey de Portugal que asentase el adulterio en su trono, y vos lo hicisteis, rey deshonrado y maldito de vuestro Dios y de vuestro pueblo.

¿Quién en este lugar es el vil y el traidor?»

El infante, acabando de proferir estas palabras, bajó la cabeza y dejó caer los brazos. Bien sabía que la muerte le esperaba.

Apénas el rey se levantára, doña Leonor, cuyo semblante se había teñido de la lividez de la muerte, se había levantado también. En aquel rostro, semejante al de una estatua de sepulcro, apénas se conocía la vida en el ahondar, cada vez mayor, de las dos arrugas frontales que se le venían á juntar encima de los ojos.

Oyendo las últimas y fulminantes palabras de D. Dionisio, el rey lanzó uno de esos rugidos de desesperacion y cólera humanas que ni el rugido de la más brava fiera puede igualar; gritó de ventriloeco, que es como el estridor de todas las fibras del corazon que se despedazan á un tiempo: gemido como el del enroldado á la primera vuelta del instrumento del suplicio: rugido, grito, gemido, confundidos en una sola voz, unidos en

un són único por la rabia, por el ódio, por la angustia: el amor que sólo tendrá completo eco, en el gemido que ha de lanzar el réprobo cuando en el juicio final, el juez de los mundos le diga: para tí las penas eternas.

El grito de D. Fernando hiciera temblar á los más esforzados caballeros que se hallaban presentes; el movimiento que siguió hizo helar la sangre en todas las venas.

Como un relámpago habia sacado del cinto el agudo puñal, y con los ojos estraviados dirigiase hacia el medio de la sala, donde su hermano le esperaba inmóvil con la mano sobre el pecho, como si dijese: ¡aquí!

Mas D. Fernando no pudo ofrecer en las aras del adulterio un fratricidio; una barrera se habia levantado á sus piés. Era un viejo de frente calva y de largas mechas blancas y escasas por los años; era aquel que fué más que su padre y á quien él respetaba más que á su memoria; era su alférez mayor, el venerable Arias Gomez, que arrodillado le clamaba con voces entrecortadas por sollozos y lágrimas:

«¡Señor, que es vuestro hermano!»

«Es un cobarde traidor que debe morir.

¡Hermano! Mientes, viejo. Ya no lo es.»

A la palabra *mientes* un relámpago de rubor pasó por la faz arrugada del antiguo ca-

ballero; bajó los ojos y dirigiólos á la espada. Esta fuera la primera vez que quedára en la vaina, despues de tan grande afrenta. Mas aquél era el momento de los grandes sacrificios. Arias Gomez replicó, enjugando las lágrimas:

«Nunca os mentí, señor, ni cuando estabais en la infancia, ni despues que sois mi rey. Sabedlo. Culpable ó inocente D. Dionisio es hijo de mi buen señor D. Pedro. A vuestro padre servi con lealtad; por vos ya estuvo expuesta mi vida. Hoy teneis por defensores todos los caballeros de Portugal; él no tiene tal vez ni uno solo. Señor rey, estad seguro de que para asesinar á vuestro hermano, os es menester pasar por cima del cadáver de vuestro segundo padre.»

Atajado así en el primer ímpetu, el carácter del jóven monarca, revelóse íntegro desde el primer momento. Conmovióle la postura del venerable anciano, que por la primera vez veía á sus piés, y con la resolucion pintada en los ojos, los fijó en Leonor Tellez.

Por una reflexion instantánea, la hiena previera que la sangre derramada por el fratricida, no caeria solamente sobre la cabeza de éste, sino tambien sobre la de ella. En aquel rostro, entónces semejante al de una estatua, D. Fernando no pudo leer la seu-

tencia del infante, bien que allá en el fondo de su corazón estuviese escrita con sangre.

Entre tanto los cortesanos, que al furor imprevisto del rey, habían quedado estupefactos y quietos, viéndole vacilar rodearon al infante. El anciano Gil Vazquez Resende, que también iba á interponerse entre D. Dionisio y el rey, detúvose al ver la heroica resolución del alférez mayor; más al vacilar D. Fernando, corrió á abrazarse con su pupilo, que en medio de tantos ánimos agitados por pasiones violentas, era quien únicamente parecía tranquilo y ajeno al terror que se pintaba en todos los semblantes.

Finalmente, el rey guardó lentamente el puñal en el cinto y con voz pausada, pero trémula y vacilante, dijo:

«Que ese desgraciado salga de delante de mí.»

El tono en que estas pocas palabras fueron proferidas, hizo quebrar el ánimo de D. Dionisio, cuyo corazón parecía antes de bronce. Los ojos arrasáronsele de agua. Conoció que hasta entónces era una cólera ciega, repentina, insensata, la que le amenazaba; ahora, sin embargo, en el modo y en la expresión de D. Fernando, viera claramente que era un amor de hermano que se acababa.

Con la cabeza inclinada sobre el hombro de Gil Vazquez Resende, salió del aposento.

El viejo era tal vez el último amigo que le quedaba en el mundo.

Doña Leonor llevó las manos al rostro, y se la veía jadear su hermoso cuello, agitado por mal contenido suspiro.

«¡Corazón compasivo y generoso!» pensó hacia sus adentros el alférez mayor, que hacia poco la trataba de cerca por primera vez.

«Hora maldita y negra en que perdi la mitad de mi tan esperada venganza», pensaba Leonor Tellez, y su llanto rompió con violencia.

«No te aflijas Leonor, dijo D. Fernando, oprimiéndola contra su pecho. ¡Que nunca más lo vea, y viva, si puede ser, en paz!»

El resto de aquel día fué triste, triste el banquete y el sarao. La atmósfera en que respiraba la nueva reina tenía algo de pesado y mortal que enfriaba todos los corazones.

A media noche, á la clara luna de un cielo límpido y sereno, una barca subía con dificultad la corriente rápida del Duero; en la popa veíanse relucir en las tocas y mantos negros de dos caballeros que allí estaban sentados, las orlas y bordados de oro y plata; uno de los remeros cantaba una cantiga

melancólica, á la que respondía el compañero, y decía así:

Mi padre y madre murieron,
Pequeño hube de quedar;
Mal me quieren mis hermanos,
Yo nunca los querré mal.
Voyme á correr por el mundo,
¡Sabe Dios adonde iré!
Aquí dejo el alma presa,
Solo el cuerpo llevaré.
Dos días en los solares
De mis abuelos pasé;
Nada debo á mis hermanos
Sino el nombre que heredé.

Esta canción, cuya monótona tonada resonaba en las rocas plomizas de las márgenes, fué interrumpida por un doloroso suspiro. Lo diera uno de los caballeros.

Los remeros calláronse, rompieron á bogar con mayor esfuerzo y luégo continuaron:

Si fui rico, ora soy pobre;
Hoy lloro, si ayer reí;
Villas dejé por desiertos,
Nada seré, mucho fui.
Sin padre, madre, ni hermanos,
¡Socorro á quien pediré?
A tí, mi señor Jesús,
Señor Jesús, salvamé.

Un gemido, más angustiado, que salió envuelto en sollozos, cortó de nuevo la cántiga; era del mismo que ya la había interrumpido.

Su compañero dijo á los barqueros con la voz trémula y cansada de un anciano:

«Callaos vuestras malditas trovas.»

Los remeros bogaron en silencio; más para sí pensaban que muy condenadas debían estar las almas de los caballeros que así maldecían tan devoto trovar.

Repararon, sin embargo, que de los dos desconocidos, el que suspirára y gimiera, lanzó los brazos al cuello del que hablaba, y que éste consolándole le decía:

«Cuando todos, señor, os abandonen, no os abandonaré yo, que lo debo al amor con que os crié y á la esclarecida y santa memoria de vuestro virtuoso padre.»

Entonces los barqueros, aunque rudos, sospecharon que podía muy bien ser, que no fuesen aquellas dos almas condenadas, sino dos almas desgraciadas.

D. Fernando que estaba en Santarem y que no aceptó el combate, se encaminó hacia Lisboa, cuyos habitantes, desesperados, apenas tuvieron tiempo de acogerse á los antiguos muros de tiempo de D. Alfonso III, desde cuyas torres y adarves vieron á los castellanos, que saquearon y quemaron el barrio más poblado y rico de la ciudad, sin que pudieran impedirlo. En medio de este riguroso cerco, desamparados del rey que apenas les enviara algunos de sus caballeros, los moradores de Lisboa no habian decaido. Con vária fortuna habian resistido á los asaltos de los castellanos, y lo que era peor de sufrir, al hambre, la sed y hasta el temor de traiciones de sus parciales. Finalmente, D. Fernando hiciera una paz vergonzosa despues de haber suscitado una injusta guerra, y Lisboa vió alejarse de sus muros el ejército del rey de Castilla que la tuvo sitiada durante casi dos meses.

Era á fines de Mayo de 1373, á la caída de la tarde de un hermoso dia de primavera. El aire era templado, el cielo estaba limpio. Por los campos y los valles veíase reverdecer el musgo; la madre selva y las rosas silvestres entretrejidas en los vallados, embalsamaban la atmósfera. Pero estas eran las únicas señales que en los alrededores de Lis-

VII.

JURAMENTO. — CUMPLIMIENTO.

Pasára más de un año despues del casamiento del rey. Este casamiento, que explicaba el repudio de la infanta de Castilla, no bastára en verdad para encender la guerra entre D. Enrique y D. Fernando, estando ya en parte previsto en los capítulos adicionales del tratado de Alcantim. Mas como si el disgusto que semejante ofensa debia producir en el ánimo del rey castellano, no fuese lo bastante para servir de germen á las futuras guerras, D. Fernando suscitára nuevos motivos de serias desavenencias que no particularizaremos aquí, por no ser ese nuestro intento. Baste saber que, despues de inútiles mensajes y quejas, D. Enrique de Castilla, entrando súbitamente en Portugal y tomando muchos lugares fortificados, atravesó rápidamente la Beira, pasó junto á los muros de Coimbra, donde se hallaba doña Leonor Tellez, y yendo á presentar batalla al rey

boa regelaban aquella estacion suave en medio de su clima suavísimo. Todo lo demas contrastaba tristemente con ellas. Los extensos y vastos olivares que en aquellos tiempos la rodeaban, yacian cortados en tierra, como si por allí hubiese pasado hoz gigante movida por brazo de hierro.

Por los oteros coronados poco hacia de viñas frondosas, veíanse esparcidas las vides cubiertas de hojas secas antes de tiempo ó ennegrecidas por el fuego, semejante al monton de hojas marchitas esparcidas al fin del otoño. Las extensas huertas que se dilataban hácia Valverde, holladas por los piés de los caballos, estaban incultas y abandonadas. Mas sobre el melancólico y triste suelo de este cuadro, más melancólica y triste destacaba la figura principal, la ciudad.

El populoso barrio llamado el *arabal*, donde ántes era incesante el ruido de pasar y tragar, hallábase convertido en monton de ruinas. Hácia los lados de sur y poniente no se veían desde los antiguos muros (cuyo perimetro encerraba poco más del castillo y barrio á que hoy damos el nombre de Alfama) sino edificios quemados, calles obstruidas, plazas deshechas, vestigios de sangre, piezas de armaduras abolladas ó rotas, astillas y hierros partidos de dardos, de lanzas

y de espadas, y aquí y allá cadáveres fétidos no sólo de caballos, sino de hombres también, cuyas carnes, medio devoradas por los perros y el tiempo, dejaban blanquear las osamentas. Sobre los escombros se destacaban como fantasmas los esclavos moros removiéndolos las piedras amontonadas, en busca de alguna alhaja que hubiese escapado de las llamas ó del enemigo; y junto á las paredes negras de la sinagoga, los mercaderes judíos mirando hácia su barrio asolado, mesábanse las barbas en torno de los rabis, que recitaban en tono lacrimoso, los versículos hebraicos del Threnos.

En medio de este cuadro inmenso de asolacion, una numerosa compañía de caballeros y damas, de señoras y escuderos, de doncellas y pajes, brillante cabalgata que bajaba del lado de San Antonio hácia Santo Domingo se dirigia por la Corredera á la puerta de hierro. La hermosura y lujo de las mujeres, las figuras atléticas y los rostros varoniles de los caballeros, el bruñido de las armas, la lucidez de los trajes, la riqueza de los arreos, todo, en fin, demostraba claramente que en aquella cabalgata venia la más noble gente de Portugal. Las sonrisas de las damas, los dichos galantes y agudos de los nobles, el relinchar alegre de los cor-

celes briosos, y de los delicados palafrenes, las travesuras de los donceles que, ora corriendo á rienda suelta, ora refrenando los caballos, al pasar junto á las pacíficas mulas de los cortesanos letrados los hacía vacilar y caer sobre los arzones, el batir de las alas de los neblies y gerifaltes posados sobre los puños de los halconeros, el ladrar de los galgos y alanos que atraillados forcejeaban por lanzarse sobre aquellos centenares de casas destruidas, de donde salía de vez en cuando una exhalacion de carnicería; aquel reír, aquel alegrarse, aquel ruido de regocijo, aquel rutilar de reflejos metálicos, de colores abigarrados, pasando como tempestad, á través de aquel silencio sepulcral, parecia rasgar el velo de tristeza, que cubria la vasta area de la ciudad destruida y volverla á llamar á nueva existencia.

Mas el pueblo, á pesar de todo, permanecía triste.

La cabalgata llegó á la plaza de la catedral. Una máquina de lanzar piedras estaba colocada en medio de ella y los gruesos maderos de que estaba construida, aún se veían manchados por restos de sangre. Una dama que venía al frente de la comitiva se detuvo: un caballero jóven y gallardo que caminaba á su lado se detuvo tambien. La dama

señaló á la máquina, dijo algunas palabras al caballero, y despues rompió á reír.

Eran la muy noble y virtuosa señora reina doña Leonor y el muy escelente y esclarecido rey D. Fernando de Portugal.

Doña Leonor tenia razon para reír.

Durante el cerco de Lisboa se esparciera la voz verdadera ó falsa de que varios moradores de la ciudad estaban convenidos con el rey de Castilla, para abrirle una de las puertas. Daba fuerza á tales sospechas el hallarse en el campo castellano Diego Lopez Pacheco y D. Dionisio, que se le habian unido á su entrada en Portugal, y las sospechas recaian naturalmente sobre los que dos años ántes habian seguido el partido contrario á doña Leonor, del que el infante y el anciano privado de D. Alfonso IV, eran cabezas. Así la popularidad de los parciales de D. Dionisio habia disminuido considerablemente, porque el pueblo, en vez de atribuir á su ruina las causas remotas, las pasiones insensatas de doña Leonor y la imprudencia del rey, ahora sólo veía en las sugestiones de Diego Lopez y del infante, el origen de todos los males presentes, y el ódio que contra los dos habia concebido se extendía á todos los que creía serle aficionados.

Por tanto, spénas se divulgó la noticia de

la intentada traicion, el pueblo furioso corrió á las moradas de aquellos que, como he dicho, le eran más sospechosos. Siguióse una fiesta de caníbales, fiesta de populacho, en cualquier tiempo y lugar que reine. Aquellos que no pudieron probar de un modo innegable su inocencia fueron sometidos á los más crueles tormentos, en los que ninguno se confesó culpado. Un desgraciado, contra el cual eran más vehementes las sospechas, fué arrastrado por las calles y despedazado luego: «otro, dice el cronista (1), pusieronle en el fondo de un ingenio que estaba armado delante de la puerta de la catedral, y cuando se disparó fué lanzado encima de la iglesia entre las dos torres de las campanas que allí hay, y cuando cayó le hallaron vivo, y cogieronle otra vez y pusieronle en el fondo del ingenio, y lanzóle contra el mar como ellos querian, y así acabó su vida.»

Por esto era por lo que doña Leonor mirára al ingenio y se riera. El mismo pueblo había pagado una parte de las arras de su casamiento.

La noche llegó entre tanto. La comitiva

(1) Fernao Lopes, *Chronica de D. Fernando*, cap. LXXV.
(N. del A.)

paró en la plaza de San Martin, y á la luz de muchas antorchas, parte de aquella multitud deslizóse poco á poco por diversas calles, mientras otra parte subía á la sala principal ó se esparcía por los aposentos del palacio, cuyo silencio de casi dos años despues de la fuga del rey con doña Leonor, era la primera vez interrumpido por el ruido de una corte numerosa, mas bien diferente de la antigua. La reina habia casi exclusivamente llamado á ella á sus parientes, ó á aquellos nobles que le habian dado pruebas inequívocas de sincero afecto, sustituyendo á la severidad antigua de palacio, todo el brillo de un lujo insensato, y lo que era peor, la disolucion de las costumbres, que casi siempre acompaña á ese lujo. Despues de una cena espléndida, como debia ser en esta corte voluptuosa, sólo quedaron en la cámara real D. Fernando y su mujer, el conde de Barcellos, D. Juan, D. Gonzalo Tellez, hermano de doña Leonor, y un doncel de la reina, hijo bastardo de otro bastardo del Prior del Hospital, Alvaro Gonzalez Pereira, doncel á quien queria más que á ninguno. Estos personajes hallábanse reunidos en el mismo aposento en que dos años ántes reveló Fr. Roy al entonces amante D. Fernando los intentos de sus enemigos. De este apo-

sento saliera ella fugitiva y maldecida por el pueblo; pero allí era tambien adonde doña Leonor venia, despues de tantos temores, despues de tantas dificultades *vencidas*, de tanta sangre derramada por su causa, á descansar triunfante, segura ya en la frente la corona real. Todo estaba del mismo modo, á excepcion de los personajes que en parte eran diversos y en diversa situacion.

El rey, habitualmente alegre, sentóse triste en el sillón de respaldo, único mueble del aposento, y descansó la cabeza sobre el puño cerrado; doña Leonor, naturalmente locuaz, sentada en el estrado frente á D. Fernando, estaba tambien en silencio; en pié, un poco detras de la silla del rey, el doncel querido de doña Leonor con los ojos fijos en ella, esperaba atento las órdenes de su señora; á lo largo de la sala el Conde de Barcellos y don Gonzalo paseaban lentamente conversando en voz baja y pausada.

Mas la tristeza de cada uno de los dos personajes principales tenia bien diferentes motivos.

La imágen de su capital destruida se habia apoderado del alma del rey, como cruel remordimiento. Por las sugerencias de su tío adoptivo, consintiera que D. Enrique viniese libremente á destruir la opulenta Lisboa. Él,

nieto de Alfonso IV, reusára los socorros de sus valerosos soldados, que al ondear de los pendones enemigos habian acudido de todas partes, lanza en ristre, para combatir bajo la insignia real; él, caballero, fuera instrumento de cobarde venganza; él, rey de Portugal, fuera el destructor de su pueblo; él, portugues, recibiera el nombre de débil, de un castellano, sin que se atreviese á desmentir la afrenta. Estas ideas que le habian asaltado al atravesar las ruinas de los arrabales, tomaban mayor incremento y fuerza en la soledad y el silencio. El pobre monarca, bueno, pero excesivamente blando é irresoluto, tenia sobrada razon de estar triste. La luna que comenzaba á salir daba de frente, á través de la ventana oriental del aposento, en el rostro de D. Fernando, como dos años ántes, casi á la misma hora, le alumbrára tambien el rostro demudado de afliccion. Aquel lugar, aquella luz y aquella hora, eran para él fatales.

En aquel momento pasos más rápidos y más fuertes que los de los dos hidalgos, comenzaron á sonar en la sala contigua; quien quiera que fuese paseaba tambien.

De los ojos de D. Fernando salian dos ténues reflejos; eran los rayos de la luna que se reflejaban en dos lagrimas.

La reina levantándose entónces, dijo al doncel:

«Nuñálvarez Prereira, ve quién está en esa sala.»

Nuñálvarez abrió la puerta, y asomando la cabeza volvió inmediatamente, y dijo:

«El corregidor de la Córte.»

Los dos nobles paráronse en la extremidad del aposento, calláronse, y permanecieron inmóviles.

La reina hizo seña con la mano á Nuñálvarez para que esperase; el doncel quedó á la puerta sin pestañear.

Doña Leonor acercóse entónces al rey, que embebido en su profunda meditacion, no viera ni oyera lo que se hacia ó decia. Inclínándose y apoyando el codo en el brazo de la silla del rey, descansó la cabeza sobre su hombro con la cara unida á la suya.

«¿Qué tienes, Fernando? preguntó con esa inflexion dulcísima que sólo saben modular los labios de la esposa que ama mucho, y que tan bien imitára aquella mujer sublime de hipocresía.»

«¡Nada!... ¡nada!», respondió el rey echándole el brazo al rededor del cuello, y oprimiendo su cara contra aquel rostro de ángel que ocultaba un corazon de demonio.

Los dos ténues reflejos de luna, se habian

extinguido en los ojos de D. Fernando; el hábito de doña Leonor quemára las lágrimas de compasion y remordimiento.

«Me engañas á mí, ó á tí mismo te engañas. Fernando, replicó la reina, tú eres infeliz y ya sé por qué. Aborreces ya á la pobre Leonor Tellez.»

El tono con que estas palabras fueron proferidas, era capaz de partir un corazon de mármol.

«¿Estás loca, Leonor? exclamó el rey. ¿Aborrecerte? Sin tí este mundo seria para mí soledad, la corona martirio, la vida maldicion de Dios. Como en los primeros dias de nuestros amores, te amaré en el lecho de muerte. Gloria, riqueza, poderio, todo te lo sacrifique; no me pesa. Mil veces que quisieras te lo sacrificaría de nuevo.»

«¡Ah! pluguiese á Dios que tu amor fuera la mitad del que dices, la mitad del mio.»

«Discurre, inventa, dime algun modo de probarte lo que digo, y verás si mis palabras son sinceras.»

«¡Hay uno, rey de Portugal!» replicó Leonor Tellez en cuyos ojos brillaba la alegría.

Diciendo esto se apartó del rey. Su aspecto tomó súbitamente la expresion grave y severa de una reina. A una señal que hizo, Nuñálvarez levantó la cortina, y el corregi-

dor de la Corte entró. Traía en la mano un pergamino abierto. Llegó á los piés de doña Leonor, se arrodilló, y se lo entregó.

La reina lo tomó, y se lo presentó al rey; el doncel trajo una de las luces que estaban en las esquinas del aposento, y se colocó á la izquierda del sillón de D. Fernando.

«La prueba de lo que dijisteis, rey de Portugal, está en que estampeis al fin de ese pergamino vuestro sello de puridad» (1).

Don Fernando tomó el pergamino y comenzó á leer; á cada uno de los largos renglones, que le obligaban á describir con la frente una curva, el temblor de sus manos se hacia más violento, y las contracciones de su rostro más profundas. Antes de acabar de leer tiró el pergamino al suelo, y con voz terrible exclamó, clavando los ojos exaltados en Leonor Tellez:

«Mujer, ¿qué me pides tú?»

«Justicia y mis arras.»

Era la primera vez que el rey osaba resistir á la voluntad de Leonor Tellez. Ella aún

(1) El sello de puridad, ó de *camaseo*, era el que se estampaba en el mismo pergamino, y que servía ordinariamente para expedir el rey documentos de poca importancia á falta del Canciller mayor que tenía el sello grande curial ó de *á caballo*. Véase la disertación 3.^a de J. P. Riveiro.

no lo creía. Acostumbrada á ser obedecida por el pobre monarca, estas últimas palabras fueron proferidas con la insolencia de una resolución incontrastable.

«¿Justicia? ¿Contra quién la pides? ¿Contra los cadáveres y moribundos? ¿Tus arras? Tuviste en dote las más hermosas villas de mis señoríos; tuviste lo que más deseabas, las arras de sangre y ruinas. Por complacerte dejé á Lisboa entregada al furor de los enemigos; por complacerte fui vil y débil; por complacerte, ya de los patibulos han pendido bastantes cadáveres. ¿Y aún no satisfecha, antes de dormir una sola noche en mi capital asolada, quieres que firme una sentencia de muerte? ¡Leonor! Tú eras digna de ser hija de mi implacable padre.»

Doña Leonor rechazó la mirada entre cólerica y tímida de D. Fernando, que daba pocas muestras de audacia, con una mirada en que se mezclaban la indignación y el desprecio. Oyó sus palabras sin mudar de aspecto, mas apenas acabó el rey, dirigióse hácia la ventana donde daba la luna, y extendió la mano hácia el cielo:

«Hace dos años, señor rey, que en este aposento, á esta misma hora, un caballero juraba á una dama, de quien pretendía cuanto mujer puede conceder á los deseos de un

hombre, que la amaria siempre, jurábalo por el cielo, por los huesos de sus antepasados, por su fe de caballero, y el caballero mintió. Las bocas de hombres viles lanzaban contra aquella mujer, á aquella misma hora, los nombres de adúltera, de barragana, de prostituta, y pedían su muerte. El caballero sabía que tales afrentas se escriben para siempre en la frente de quien las recibe, si la sangre de quien las profirió no las lava un día. El caballero ofreció su alma á los demonios si no se lavaba con sangre, y el caballero blasfemó y mintió. Señor rey, delante del cielo que él invocó; por los huesos de sus abuelos, por los cuales juró á la luz de la luna que le alumbraba, os he de decir: aquel caballero fué perjuro, blasfemo, desleal y cobarde, y yo su víctima. Contra él es contra quien ahora os pido justicia, ¡rey de Portugal, justicia!

Esta última palabra resonó lúgubramente en el aposento. El rey, que durante el discurso de doña Leonor se levantára poco á poco, fascinado por su expresion diabólica y por su mirar fulminante, cayó otra vez jadeando sobre la silla. El desgraciado cubrió la cara con ambas manos, y despues de un momento de silencio murmuró:

«Mas, ¿cómo castigar á aquellos que tal

vez son cadáveres! La guerra y la furia popular los castigaron.»

Doña Leonor triunfó.

«No todos, prosiguió la astuta y sanguinaria pantera acometiendo el último atrincheramiento en que D. Fernando ya en vano trataba de defenderse. Mis más viles enemigos aún respiran y acaso sueñan aún con la venganza. Corregidor de la corte, leed los nombres escritos en vuestra sentencia.»

El corregidor levantó el pergamino apartando los ojos é interponiendo la mano abierta entre éstos y la luz que Nuñálvarez sostenía: tosió dos veces, inclinó hácia atras la cabeza, y con el tono lleno y solemne de un curial, leyó:

«Item, Fernan Vazquez, plebeyo, sastrer, jefe y diputado de los susodichos rebeldes.»

Al llegar aquí, abrió la toga por el pecho, sacó su apuntamiento particular y leyó el siguiente acotamiento.

«Vivo: muy mal herido de una flecha envenenada en el cargo de merino mayor (1), cuando los de la ciudad vencieron á los cas-»

(1) En la Edad Media se solía dar el nombre de merino al gobernador de una ciudad ó de un territorio cualquiera. Es voz corrompida de *Mayerino*, del latin *majorinus*, mayor, superior, jefe.

(N. del T.)

tellanos arrojándolos hasta más allá de la calle Nueva.»

Leída esta observacion, el corregidor continuó leyendo sucesivamente los nombres de los reos y los acotamientos respectivos.

«Item: Estéban Martins Bexigoso, mercader, plebeyo, capitan de un cuerpo de los susodichos rebeldes.» Decía la enmienda: «Muerto de enfermedad natural.»

«Item: Bartolomé Martijs, alfarero, plebeyo, decidor de palabras de desacatamiento contra su Real señoría y de gran bellaquería y desvergüenza.» Decía la enmienda: «Muerto de una pedrada de un ingenio de los enemigos.»

«Item: Juan Lobeira, escudero, hombre de armas, ayudante del alcalde mayor que fué del castillo de esta leal ciudad, capitan de los ballesteros que fueron á Santo Domingo.» Decía el acotamiento: «Fué cautivo de los castellanos: entregados en rendicion y á buen recaude en la prision del castillo.»

«Item: Bartolomé Chambao, plebeyo, tahonero, jefe de los ballesteros del Concejo, elegido para hacer vileza y afrenta á su Real señoría la muy excelente y muy virtuosa de grandes virtudes, reina Doña Leonor.» Decía la enmienda: «Muerto de una lanzada en la puerta de hierro.»

«Item: Arias Gil, calafate, capitan de los rebeldes bateleros, patrones y pescadores de Alfama.» Decía el acotamiento: «Huido con los castellanos.»

«Item: Fr. Roy Zambrana, hipócrita, traidor, juglar de su oficio, divulgador de palabras y dichos vedados y espía de los rebeldes.» Notaba en la enmienda: «Enloqueció en la prision al leerle la sentencia.»

¡Pobre Fr. Roy! Viéndose condenado á muerte, desesperado reveló lo que habia sido en la revuelta; un espía de Leonor Tellez. El acotamiento de la enmienda fué todo lo que logró de sus revelaciones: el corregidor, hombre agudo, como el mejor maestro en leyes, dedució de sus palabras que el fraile estaba loco. Fr. Roy trocaba las ideas, habia sido espía, pero de los revoltosos.

Levantado el cerco de Lisboa, el corregidor fué el primer presente que la nueva reina envió á la ciudad. A aquel perspicaz y diligente magistrado, habian bastado pocos dias para preparar una fiesta digna de él; una sentencia de muerte. La prueba de su perspicacia y diligencia estaba en tener ya en camino de la horca á los desgraciados cuya sentencia venia á traer á la firma real. En una ejecucion nocturna no habia que temer tumultos populares, y la brevedad que la

reina le recomendára en este negocio le hacia creer que no sería desagradable á su Real señoría la inmediata ejecucion de los reos.

Cuando acabó la lectura, el rey sacó de la bolsa que traía al cinto el sello de camafeo, y sin decir palabra lo entregó al corregidor. Este tomó la luz de manos de Nuñálvarez, dejó caer alguna gotas de cera en el pergamino, puso encima un pedazo de papel que arrancó de la enmienda y grabó en éste el sello. Las armas del rey quedaron allí estampadas. El corregidor hizo el resto con la prontitud y soltura con que el más hábil verdugo ahorcaría á su projimo.

Despues, el honrado magistrado entregó el sello al rey, cuyo temblor nervioso se renovára durante la fatal ceremonia. Al cogerle, el pobre monarca dejóle caer al suelo. El sello fué rodando y se detuvo á los piés de doña Leonor Tellez, la cual palideció. ¿Por qué? Tal vez se le figuró una cabeza humana que rodaba ante ella.

El corregidor hizo una profunda cortesía y preguntó en voz baja á la reina:

«¿Cuándo, señora?»

En el mismo tono Doña Leonor respondió.

«Yá.»

El diestro y activo corregidor habia dado

en el hito. El *yá* de la reina sería más pronto de lo que ella misma pensaba.

El corregidor salió.

A una señal de doña Leonor, el doncel puso la luz en el anillo de hierro clavado en la pared, de donde la habia tomado, y dirigióse hácia la puerta. Allí se quedó con los brazos cruzados, los ojos en el suelo é inmóvil como una estatua. Desde este día el bello doncel odió desde lo íntimo de su alma á su muy noble señora, aquella que le ciñera la espada. El generoso Nuñálvarez, conoció que debajo de aquel rostro dulce, se escondía un instinto de bestia feroz.

Los dos nobles continuaron paseando de un lado á otro, conversando en voz baja y como ajenos á la escena que allí sucedía.

El rey tomó la primera postura en que estuvo, con el codo apoyado en el brazo de la silla, y la cabeza inclinada sobre el puño: pero sus ojos, girando en las órbitas inquietos y espantados, expresaban la dolorosa lucha de aquella alma tímida, atormentada por mil opuestos afanes.

Oíase apénas, el chicheo de los dos que conversaban. Y por mucho rato aquel murmullo y el respirar alto y convulsivo de don Fernando, fueron el único ruido que interrumpía el silencio del vasto aposento.

El rey, con la mano izquierda caída sobre las rodillas, dejábase llevar por las ideas tenebrosas que ofuscaban su espíritu, que á dejarlas crecer, podrian conducirle á los límites de la locura. La imagen de doña Leonor Tellez se le aparecia como un conjunto monstruoso de contorno de ángel, y mirada de demonio. Un amor infinito le arrastraba á aquella imagen: el horror le apartaba de ella. Veíala como un recuerdo de las virtudes que en la infancia se imaginaba al oír leer al bueno de su ayo, Arias Gomez, las leyendas de los mártires: mas luego creia oírle dar infernal carcajada, pasando por cima de las ruinas de la ciudad desierta. El patíbulo y los delirios amorosos: el olor de la sangre y el ambiente de los banquetes, mezclábanse en su alma: y el pobre monarca en sus desvarios perdió la conciencia del lugar, de la hora y de la situacion en que se hallaba en aquel terrible instante.

Mas un beso ardiente dado en aquella mano que tenia extendida, y lágrimas aún más ardientes que la regaban, fueron como descarga eléctrica que le despertaron á la razon y á la realidad de la vida.

La conmocion indescriptible y misteriosa que sentia hizo le bajar los ojos: la reina estaba á sus piés: era ella quien le cubria

la mano de besos y la regaba de lágrimas.

Don Fernando la apartó de sí dulcemente: ella levantó el rostro celestial rociado de llanto: era en efecto la imagen de una de las mártires, que él veia en los recuerdos de su infancia. Doña Leonor levantó las manos suplicantes con muestra de profunda angustia: entonces estaba más hermosa que ellas.

«¡Ah! murmuró el rey, ¿por qué es tu razon tan implacable, y por qué te amé yo tanto?»

«¡Desgraciada de mí! respondió doña Leonor entre sollozos. Tu amor era como el iris del cielo; era mi paz, mi alegría, mi esperanza; mas desvaneciése y pasó; la vida de Leonor Tellez se desvanecerá y pasará como éla.»

«Porque sabes que ese amor no puede perecer; porque este amor es como un hado escrito allá arriba, interrumpió D. Fernando, me haces teñir las manos en sangre para satisfacer tus crueles venganzas, y porque sabes que siempre agoto el cáliz de las ignominias cuando tus manos me lo presentan, me llenas de deshonra. ¿Tendrás acaso algun día, piedad del que hiciste tu siervo y que no puede librarse de ser tu víctima?»

«¡Ay! cuán injusto eres, Fernando, y cuán mal me conoces, exclamo Leonor Tellez lim-

piándose las lágrimas. Tu dignidad real, tu justicia y tu nombre fué lo que yo quise salvar de tu clemencia. A los miserables que me ofendieron perdón de todo corazón: mas tú, que eres rey y juez, no lo podías hacer. Si el nombre de tu virtuoso padre es recordado por todos con veneración y amor, es porque tu padre fué implacable contra los criminales, y aquello que juzgas la deshonra y la ignominia, es la corona de gloria inmortal que rodea su nombre. Si mis palabras te obligaron á escoger entre la confirmación de esa fatal sentencia y la deslealtad y la blasfemia que no caben en corazón y boca de un caballero, fué por salvarte de tí mismo. Si crees que soy culpable dime solamente: Leonor yo no te amo, y yo quedaré castigada; porque en esas palabras estará escrita mi sentencia de muerte. ¡Con tal que tú, luego me perdones y profieras sobre la tumba de la pobre Leonor una expresión de piedad!»

Las lágrimas y los sollozos parecían no dejarla proseguir. Inclino la cabeza sobre las rodillas del rey, apretándole la mano entre las suyas con un movimiento convulsivo.

Hermosa, querida y humillada á sus pies, ¿cómo resistirla el pobre monarca? Uniendo su rostro á aquella frente divina, la dijo so-

lamente: «¡Oh, Leonor, Leonor!» y sus lágrimas se mezclaron con las de ella.

Durante esta lucha entre el dolor y la hipocresía, en que, como siempre acontece, la última triunfaba, el conde de Barcellos y don Gonzalo Tellez habíanse asomado á la ventana fatal que daba al río y que dominaba también, gran parte del arrabal occidental de la ciudad. El espectáculo de la noche, era de melancólica magnificencia.

La luna caminaba sobre el cielo limpio de nubes, y en torno de la tierra no suspiraba ni una sola ráfaga. La claridad de la luna se reflejaba en las aguas, mas se desvanecía iluminando la población, en la cual no hallaba tras los antiguos muros, una pared blanqueada, una piedra limpia donde reflejarse, ó un susurro de fiesta acorde con su luz de armonía. El incendio y el hierro habían pasado por allí, y Lisboa era un caos de ruinas, un cementerio sin lápidas. Apenas al lado de la catedral, ántes el arrabal más rico y poblado, amarilleaba curtido por el tiempo, el gótico monasterio de San Francisco, junto á su hermana mayor la iglesia de los Mártires. En el valle que quedaba enmedio, la luz de arriba absorbíase inútilmente por la población que yacía á oscuras. La bella luna de mayo, tan lisonjera para esta

ciudad querida, asemejábase á la leona que volviendo á la cueva halla á su cachorro muerto. La pobre fiera le acaricia como si estuviese vivo, y viéndole quieto, indiferente y frío, no lo cree y va y viene muchas veces renovando sus inútiles halagos. Lisboa era un cadáver y la luna pasaba y aún le sonreía.

Mas en medio de aquel suelo irregular negro y silencioso, veíanse aquí y allí luces que se meneaban de un lado á otro, á lo que parecía sin rumbo cierto. Era que los frailes de Santo Domingo y San Francisco buscaban entre los escombros, los restos de los muertos para darles sepultura cristiana. En este piadoso trabajo, que seguían sin interrupción hacia mucho tiempo, eran acompañados por algunos del pueblo, que para animarse cantaban una cantiga piadosa, cuyas coplas, aunque interrumpidas, venían con triste acento á herir de cuando en cuando los oídos de los dos caballeros. Las coplas decían :

De amigos y enemigos
Que ahí yacen juntos
Levantemos los ojos
Por los difuntos.
¡ Ave María !
¡ Santa María !
Madre gloriosa
Desde vuestra altura

Volved los ojos
A nuestra tristura.
¡ Ave María !
¡ Santa María !
Al bendito Jesus
Y al padre eternal
Pedid que perdone
A quien murió mal.
¡ Ave María !
¡ Santa María !

Este lejano rumor perdióse con el acento de otro bien distinto que se levantó más cerca de los caballeros. Una voz áspera decia el siguiente pregon :

«...Justicia que manda hacer el rey en Fernan Vazquez, Juan Lobeira y Fr. Roy, que mueran en la horca, siendo al primero cortadas las manos en vida.»

Los caballeros bajaron los ojos hacia el lugar de donde subía la voz : era de la plaza próxima : los tres reos y el verdugo, cercados de algunos ballesteros, acercábanse al cadalso : varias sombras negras cerraban el cortejo, de aquel grupo salió la voz del pregonero.

Aquel pregon, dado á deshora en una plaza desierta, parecía una burla. Pero el corregidor de la corte era afamado jurisconsulto, y hemos oído á algunos, que en la ejecución de las leyes las formas son todo. Así piadosamente lo creemos.

Dos sin embargo, se habían olvidado: los desgraciados morían, como aquellos que el saltador asesina en la vía, muy de noche y sin un sacerdote que les consolase en su extrema agonía.

El verdugo empujó brutalmente á uno de los pacientes, hacía una especie de marco oscuro que estaba al pié del patíbulo. De allí á poco los caballeros vieron relucir dos veces un hierro: oyeron sucesivamente dos golpes dados como en hueco, siguiéndose á cada uno de ellos, un grito de terrible angustia.

El conde de Barcellos quiso reirse, mas la risa se le heló en la garganta y como Gonzalo Tellez, retrocedió involuntariamente.

El grito que resonára llegó á oídos del rey.

«¿Qué gemir es ese de hombre que matan?»

«La justicia de su señoría que se ejecuta», respondió el conde, que en aquel momento retrocedía de la ventana.

«¡Oh desgraciados! ¡Tan pronto!» dijo el rey pasándose la mano por la frente, de la que le corría sudor de aflicción y espanto. Mirando entónces á Leonor Tellez, añadió:

«Hasta la última moneda están pagadas vuestras arras, reina de Portugal. ¿Qué más pretendéis de mí?»

Y dejó inclinar la cabeza sobre el pecho. Doña Leonor no respondió.

Don Gonzalo Tellez aproximóse entónces á la silla de D. Fernando é inclinó una rodilla en tierra.

El rey levantó los ojos y le preguntó:

«¿Qué me quereis?»

«Señor, respondió el honrado y noble caballero, si vuestra señoría consintiese en este momento, en oír la súplica de uno de sus más leales vasallos...»

«Habla, dijo el Rey.»

«Juan de Lobeira acaba de recibir el premio de su traición, prosiguió D. Gonzalo. El desleal escudero poseía cuantiosos bienes que pasan á la Corona real. Por vuestra mucha clemencia podeis hacer merced de ellos á su hijo Vasco de Lobeira; mas el pobre mozo está loco hace tiempo. Se trastornó con libros de caballerías, y tan ido está, que no habla más que de uno que está componiendo y al que pone el nombre de *Amadis* (1). Para un

(1) Es cuestion muy debatida entre los críticos quién fué el primer inventor de la fábula de Amadis de Gaula, que fué como el patrón y origen de los demas libros de caballería. Aunque generalmente se ha supuesto que la *Historia del esforzado y virtuoso caballero Amadis de Gaula*, fué escrita en portugués por Vasco Lobeira y traducida al castellano por Garcia Ordoñez de Montalvo, es lo cierto que el códice portugués no existe, y que todo conduce á dudar de la autenticidad de este origen, que Her-

pobre mancebo loco, poco basta, y vuestra real señoría bien sabe que mi escasa hacienda...»

«Callaos, callaos; eso es infame y villano, exclamó el rey aumentándosele el horror que tenía pintado en el rostro. Dejad al ménos que su alma llegue ante el trono de Dios.»

«¡Apénas cincuenta maravedises! murmuró D. Gonzalo levantándose y bajando los ojos afligido con el recuerdo de su extremada pobreza.»

A seis de Junio de la era de César de 1411 (1373), en uno de los pisos de la torre del castillo, el celador de chancillería Alvaro Pires, paseando de un lado á otro, dictaba á un mancebo vestido de toga negra, el cual tenía delante tintero, plumas y hojas grandes de pergamino, la siguiente nota:

«Item: para anotarse al fólío ciento veintiocho del libro primero de la Chancillería del rey nuestro señor: donación de los bienes de raíz y muebles de Juan Lobeira, confiscado y muerto por traidor contra el servi-

culano no vacila en aceptar. Nuestro ilustrado amigo don Pedro Alcántara Garcia, en su erudita *Historia de la literatura española*, atribuye al Amadis un origen puramente castellano.

cio de su real señoría, al muy noble D. Gonzalo Tellez, por el mucho parentesco que con el rey tiene y por los muchos servicios que de él ha recibido y en adelante espera recibir.»

¿Y el pueblo?... ¡Oh, éste sí! Mostrábase agradecido y contento en medio de tantas infamias y crímenes.

Los plebeyos que en la mañana inmediata á aquella noche de fines de Mayo, pasaban por la plaza maldita, donde colgaban de la horca los tres cadáveres, meneaban la cabeza y siguiendo adelante decían:

«Buena y pronta fué la justicia del rey en los traidores. ¡Bravo por su señoría!»



LA DAMA DEL PIÉ DE CABRA.

ROMANCE DE UN JUGLAR.

SIGLO XI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

TROVA PRIMERA.

I.

Vosotros los que no creéis en brujas, ni en almas en pena, ni en travesuras de Satanás, sentaos aquí al hogar, bien juntos, al pié de mí, y os contaré la historia de Diego Lopez, señor de Vizcaya.

Y no me digáis al acabar: «no puede ser.» ¿Acaso sé yo inventar estas cosas? Si la cuento es porque la lei en un libro muy antiguo, casi tan antiguo como nuestro Portugal. El autor del libro la leyó en alguna parte, ó lo oyó contar, que es lo mismo, á algun juglar en sus versos.

Es una tradicion respetable; y quien no cree en las tradiciones irá adonde lo pague. Os juro que si me negáis esta certísima historia, sois diez veces más descreidos, que Santo Tomás ántes de ser tan gran santo. Y

no sé si yo querré perdonaros como Cristo le perdonó.

Silencio profundísimo, porque voy á empezar.

II.

D. Diego Lopez era un infatigable montero; nieves de la sierra en el invierno, ardores del sol en el verano, noches y madrugadas, de todo esto se burlaba.

Por la mañana temprano de un día sereno estaba D. Diego en monte áspero y agreste esperando un jabalí, que batido por los cazadores, debía salir por aquel paraje.

Hé aquí que comienza á oír cantar á lo lejos, era un bello cantar, bello cantar.

Levantó los ojos hácia una peña que tenía enfrente; sobre ella estaba sentada una hermosa dama; era la dama quien cantaba.

El jabalí queda libre por esta vez, porque D. Diego Lopez no corre, vuela hácia el peñasco.

«¿Quién sois vos, señora, tan gentil? ¿quién sois que así me cautivasteis?»

«Soy de tan alto linaje como tú, porque vengo de raza de reyes como tú, señor de Vizcaya.»

«Si ya sabeis quien soy, ofrézcoos mi mano y con ella mis tierras y vasallos.»

«Guarda tus tierras, D. Diego Lopez, que pocas son para correr tus monterías, para descanso y recreo de tan buen caballero. Guarda tus vasallos, señor de Vizcaya, que pocos son para batirte la caza.»

«¿Qué dote, pues, gentil dama, os puedo ofrecer digna de vos y de mí? Que si vuestra belleza es divina yo soy en toda España el ricohome más hacendado.»

«Ricohome, ricohome, lo que te aceptaría en arras es cosa de poco valer; más á pesar de eso no creo que me lo concedas, porque es un legado de tu madre la ricahembra de Vizcaya.»

«Y si yo te amase más que á mi madre, ¿por qué no te cedería cualquiera de sus muchos legados?»

«Entonces si quieres verme siempre al lado tuyo, no jures que harás lo que dices; mas dame de ello tu palabra.»

«A fe de caballero no daré una; daré mil palabras.»

«Pues sabe que para ser tuya es preciso que te olvides de una cosa que la buena ricahembra te enseñaba de pequeño, y que estando para morir ánn te recordaba.»

«¿De qué, de qué, doncella? preguntó el

caballero con los ojos extraviados. ¿De nunca dar tregua á la morisma? Soy buen cristiano. Guardémos de esa raza condenada.»

«No es eso, señor caballero, interrumpió la doncella riendo; de lo que yo quiero que te olvides es de la señal de la cruz; lo que yo quiero que me prometas es que nunca más has de persignarte.»

«Eso ya es otra cosa», replicó D. Diego, que en las orgías y libertinaje perdiera el camino del cielo. Y púsose á reflexionar un poco.

«Y reflexionando decía á sí mismo: ¿De qué sirven beaterías? Mataré doscientos moros más y daré una heredad á Santiago. Lo uno por lo otro. Un regalo al apóstol de doscientas cabezas de agarenos vale bien un pecadillo gordo.»

Y levantando los ojos hácia la dama, que sonreía con ternura, exclamó: «usea así; está dicho. ¡Vaya con seiscientos diablos!»

Y llevando la bella dama en los brazos cabalgó en la mula en que venía montado.

Sólo cuando de noche en su castillo pudo examinar minuciosamente las formas desnudas de la airosa dama, notó que tenía los piés torcidos como los de cabra.

III.

Dirá ahora alguno: ¿Era acaso el demonio el que entró en casa de D. Diego Lopez? ¿Lo que allí sucedería! Pues sabed que no sucedió nada.

Años vivieron la dama y el caballero en buena paz y union. Dos argumentos vivos habia de esto: D. Inigo Guerra y doña Sol, encanto ambos de su padre.

Un dia por la tarde, D. Diego volvió de montería: traía un jabalí grande, muy grande. La mesa estaba puesta. Mandó conducirlo á la sala donde comia para regalarse la vista con la excelente presa que habia cazado. Su hijo sentóse á su lado: al lado de la madre doña Sol: y comenzaron alegremente su comida.

«Buena montería, D. Diego, decía su mujer; fué una buena y valiente cacería.»

«Por las tripas de Júdas, respondió el varon; que hace ya cinco años no he cogido oso ni jabalí que valga lo que éste.»

Después, llenando de vino su copa de plata muy lujosa y labrada, la vació de un golpe á la salud de todos los ricoshombres, montañeses y cazadores. ®

Y en comer y en beber duró hasta la noche el yantar.

IV.

Ahora debéis de saber que el señor de Vizcaya tenía un alano á quien quería mucho; rabioso en la lucha con las fieras, manso con su dueño y los servidores de casa.

La noble mujer de D. Diego tenía una podenca negra como azabache, lista y ligera, que no había más que pedir, no ménos querida de ella.

El alano estaba gravemente sentado en el suelo, frente á D. Diego Lopez, con las largas orejas caídas y los ojos medio cerrados como si durmiera.

La podenca negra corría por el aposento viva é inquieta, escurriéndose como un diablillo: el pelo liso y suave le relucía con un reflejo rojizo.

El baron, despues del brindis *urbí et orbí* hecho á los monteros, agotaba con una larga letanía de brindis particulares, á cada uno de ellos una copa.

Estaba como cumplía á un ricohome ilustre, que no tenía que hacer en este mundo más que dormir, beber y cazar.

Y el alano cabeceaba como un viejo abad en su coro, y la podenca saltaba.

El señor de Vizcaya tomó entónces un pe-

dazo de oso con carne y médula, y tirándosele al alano, le gritó: «Silvano, toma tú que eres cazador: lleve el diablo ó la podenca que no sabe sino correr y retozar.»

El perrazo abrió los ojos, estiró despues la pata sobre el hueso, y abriendo la boca mostró los dientes afilados. Parecía reirse, aunque sin expresion.

Mas luégo exhaló un alarido y cayó pateando medio muerto; la podenca de un salto se le tiró á la garganta, y el alano agonizaba.

«Por las barbas de D. From, mi bisabuelo, exclamó D. Diego poniéndose en pié, trémulo de cólera y de vino. La maldita perra me mató el mejor alano de la trahilla; mas juro que la he de desollar.»

Y empujando con el pié al perro moribundo, miraba las profundas heridas del pobre animal que espiraba.

«A fe que nunca vi tal. ¡Virgen bendita! Aquí hay enredo de Belzebú.» Y diciendo y haciendo se santiguaba y persignaba.

«¡Uy!» gritó su mujer como si la hubieran quemado. El baron miró hácia ella; la vió con los ojos brillantes, el rostro negro, la boca torcida y los cabellos erizados.

E ibase levantando, levantando en el aire, con la pobre doña Sol abrazada debajo del

brazo izquierdo: el derecho lo extendía por cima de la mesa hácia su hijo D. Iñigo de Vizcaya.

Y aquel brazo crecía, alargándose, hácia el infeliz, que de miedo no se atrevía ni á menearse ni á hablar.

Y la mano de la dama era negra y reluciente como el pelo de la podenca, y las uñas habíale crecido medio palmo y encorvado en forma de garras.

«¡Jesus, santo nombre de Jesus!» gritó don Diego, á quien el terror disipára los vapores del vino. Y cogiendo á su hijo con la izquierda hizo en el aire con la derecha una y otra vez la señal de la cruz.»

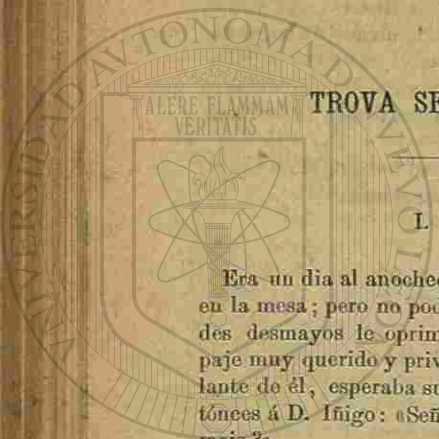
Y su mujer dió un gran gemido y dejó el brazo de Iñigo Guerra, que ya tenía cogido, y continuando subiendo hácia el techo, salió por una gran ventana llevando á la hija que lloraba mucho.

Desde aquel día no se supo más ni de la madre ni de la hija. La podenca negra desapareció por tal arte, que nadie en el castillo volvió á echarla la vista encima.

D. Diego Lopez vivió mucho tiempo triste y fastidiado, porque ya no se atrevió á ir de montería. Determinó un día consolar su tristeza, y en vez de ir á caza de jabalíes, osos ó cebras, salir á caza de moros.

Mandó, pues, levantar el pendon, desmenecer y pulir la caldera y probar sus arneses. Entregó á Iñigo Guerra, que ya era mancebo y caballero, el mando de sus castillos, y partió con lucida mesnada de hombres de armas á la hueste del rey Ramiro que iba en són de guerra contra la morisma de España.

Por mucho tiempo no hubo de él en Vizcaya, ni nuevas ni mensajeros.



TROVA SEGUNDA.

L

Era un día al anochecer: D. Inigo estaba en la mesa; pero no podía cenar, que grandes desmayos le oprimian el corazon. Un paje muy querido y privado, que en pié, delante de él, esperaba sus órdenes, dijo entonces á D. Inigo: «Señor, ¿por qué no coméis?»

«Qué he de comer, Briarte, si mi señor D. Diego está cautivo de moros, segun dicen estas cartas que ahora de él han venido?»

«Mas su rescate no es para vos difícil: diez mil peones y mil caballeros teneis en la mesnada de Vizcaya: vamos á correr tierras de moros: serán los cautivos rescate de vuestro padre.»

«El perro rey de Leon hizo paz con los cadís de Toledo, y ellos son los que tienen

apresado á mi padre. Los alcaldes y autoridades del rey traidor y vil no dejarán pasar á la buena hueste de Vizcaya.»

«¿Quereis, señor, un consejo que no os costará una moneda?»

«Dile, dile, Briarte.»

«¿Por qué no vais á la sierra á buscar vuestra madre? Segun oigo contar á los viejos es hada.»

«¿Qué dices tú, Briarte? ¿Sabes quién es mi madre, y qué clase de hada es?»

«Grandes historias he oido de lo que pasó cierta noche en este castillo: erais vos pequeño y yo aún no habia nacido. La verdad de esas historias sólo Dios las sabe.»

«Pues yo te la diré ahora: acércate acá, Briarte.»

El paje miró en torno suyo, casi sin querer, y acercóse á su amo: era la obediencia, y ademas cierto poco de miedo lo que le hacian acercar.

«¿Ves tú, Briarte, aquella ventana tapiada? Por allí fué por donde mi madre huyó. Cómo y por qué, apuesto á que ya te lo han contado.»

«Sí, señor. Llevó consigo á vuestra hermana....»

«Responde sólo á lo que te pregunte. Ya sé eso. Ahora cállate.»

El paje bajó los ojos al suelo de vergüenza, que era humilde y de buena raza.

II.

Y el caballero comenzó su narracion.

Desde aquel día maldito, mi padre tornóse meditabundo; cavilaba y se desvivía preguntando á todos los monteros viejos si por ventura recordaban haber en su tiempo encontrado en los bosques brujerías ó hechizos. Aquí fué el no acabar de historias de brujas y de almas en pena.

Hacia muchos años que mi señor padre no se confesaba: algunos hacia tambien que estaba viudo sin haber enviudado.

Cierto domingo por la mañana amaneció alegre el día como si fuera de Pascua, y mi señor D. Diego se levantó ceñudo y triste como de costumbre.

Las campanas del monasterio, allá abajo en el valle, repicaban alegremente, que parecia se abria el cielo. Púsose á escucharlas y sintió una tristeza que le hizo llorar.

« Iré á estar con el abad, se dijo á si mismo, quiero confesarme; ¿quién sabe si esta tristeza es tambien obra de Satanás?»

El abad era un viejecito, santo, santo, como no habia otro.

A él se confesó mi padre. Despues de decir *mea culpa* contóle punto por punto la historia de sus amores.

« ¡Ay, hijo! exclamó el padre; hiciste matrimonio con un alma en pena.»

« Alma en pena no sé, añadió D. Diego; pero era cosa del diablo.»

« Era alma en pena, yo te lo digo, hijo; replicó el abad. Sé la historia de esa mujer de las sierras. Está escrita hace más de cien años en la última hoja de un santoral godo de nuestro monasterio. Las melancolias que te atormentan el corazon no me extrañan, porque las angustias y melancolias suelen acometer á los pobres excomulgados.»

« ¿Entónces estoy yo excomulgado?»

« De piés á cabeza, por dentro y por fuera, que no hay más que decir.»

Y mi padre, la primera vez en su vida, lloraba, y el llanto le corria las barbas abajo.

El bueno del abad animóle como á un niño, le consoló como á un desgraciado. Despues púsose á contar la historia de la dama de las peñas, que es mi madre.... ¡Dios me salve!

Y púsole por penitencia ir á combatir á los perros sarracenos por tantos años cuan-

los viviera en pecado, matando tantos de ellos cuantos días hubiesen pasado en dichos años. En la cuenta no entraban las seis semanas de la pasión de Cristo, en las que sería irreverencia tratar con la vil raza de los agarenos.

La historia de la hermosa dama de las sierras, palabra por palabra como estaba en la hoja blanca del santoral, decía así, según recordó el abad.

III.

En el tiempo de los reyes godos, buen tiempo era aquel, había en Vizcaya un conde, señor de un castillo situado en montañas fragosas, cercado por los barrancos y cañadas de estenso encinar. En el encinar había todo género de caza, y Argimiro el Negro (así se llamaba el ricohome), gustaba como todos los nobles barones de España de tres cosas buenas: de la guerra, del vino y de las damas; pero aún más que de todo eso gustaba de cazar.

Tenía dama hermosa que era bella y condesa: vino, no había mejor bodega que la suya: caza, era cosa que en la selva no faltaba.

Su padre, que había sido cazador, cuando estaba para morir le llamó y le dijo: «Júrame una cosa que no te costará nada.»

Argimiro juró que haría lo que su padre y señor le ordenase.

«Es que nunca mates fiera en cama y con eria, sea oso ó jabalí, ó venado. Si así lo hicieres, Argimiro, nunca en tus selvas y dehesas faltará en que ejercites el más noble oficio de un hidalgo. Además de eso, si tú supieras lo que un día me aconteció.... Escúchame, que es un horrible caso....»

El viejo no pudo acabar porque la muerte le clavó en aquel momento sus garras. Murmuró algunas palabras ininteligibles, volvió los ojos, y falleció. ¡Dios sea con su alma!

Pasaron después años: cierto día llegó al castillo del joven conde, un mensajero del rey Wamba. Llamábale el rey á Toledo para que le ayudase con su mesnada contra el rebelde Paulo. Los otros nobles de las cercanías eran llamados como él.

Antes de partir juntáronse todos en el castillo de Argimiro para hacer una gran cacería con más de cien alanos, sabuesos y lebriles, cincuenta monteros, é innumerables mozos de ballesta. Era una vistosa cacería.

Salieron con el alba; corrieron valles y montes: batieron bosques y breñas. Era ya

mediodía y aún no habían levantado jabalí, oso, cebra ó venado. Blasfemaban de rabia los caballeros, quejábanse y se mesaban las barbas.

Argimiro, que por larga experiencia conocía los sitios más profundos de la espesura, sintió en sus adentros una tentación del diablo.

«Mis huéspedes, decía, no se irán sin beber algunos canjilones de vino sobre una ó dos piezas de caza. Lo juro por el alma de mi padre.»

Y seguido de algunos monteros, con sus traillas de perros, apartóse de la compañía y comenzó á andar, á andar, hasta que se lanzó por un valle abajo.

El valle era oscuro y triste; corría por medio un riachuelo triste y sombrío. Las orillas eran pedregosas y daban muchas vueltas.

Argimiro llegó á la primera vuelta del río: se detuvo, púsose á mirar en torno y halló lo que buscaba. Abriase una caverna en la margen fragosa que bajaba hácia la estrecha senda por donde el caballero caminaba. Argimiro entró en la boca de la cueva, y á una señal entraron tras de él monteros, ballesteros, alanos, sabuesos y lebreles, haciendo gran alboroto.

Era la guarida de un onagro (1): la bestia dió un gemido, y dejando sus crías, extendióse en el suelo y bajó la cabeza como si suplicára.

«¡A ella!» gritó Argimiro; mas gritó volviendo la cara.

«La trailla saltó sobre el pobre animal, que lanzó otro gemido y cayó todo ensangrentado.»

Una voz sonó entónces en los oídos del conde, que decía: «Huérfanos quedarán los cachoros del onagro; pero por el onagro tú quedarás deshonrado.»

«¿Quién se atreve aquí á decir agüeros?» gritó el ricohome, mirando á sus monteros. Todos guardaron silencio, mas todos estaban pálidos.

Argimiro meditó un momento; despues, saliendo de la cueva, murmuró: «¡Vaya con mil Satanases!»

Y entre los alegres toques de bocina, y los ladridos de la trailla hizo conducir al castillo la presa que habían hecho.

Y tomando á su gerifalte en el puño, ordenó á los monteros fuesen á decir á los nobles cazadores que dentro de dos horas vol-

(1) Especie de asno montaraz y silvestre. (N. del T.)

viesen, porque hallarian en su palacio comida bien aparejada.

Despues, seguido de los halconeros, encaminóse á la mansión señorial lanzando los halcones, y juntando caza de volatería, que en aquellos montes era muy abundante.

IV.

Doblaba la campana de la torre del homenaje en el castillo del conde Argimiro: doblaba por la bella condesa que su noble marido habia matado.

Andas cubiertas de luto la llevaban á enterrar al monasterio vecino: los frailes van tras de las andas cantando las oraciones de los difuntos: despues de los frailes va el ricohome, vestido de grosera estameña, ceñido con una cuerda, y rasgándose entre las zarzas y piedras los piés que llevaba descalzos.

¿Por qué mató á su mujer, y por qué iba descalzo?

Hé aquí lo que sobre el particular refiere la leyenda escrita sobre la hoja blanca del santoral.

V.

Dos años duraron las guerras del rey Wamba: guerras fueron dignas de contar.

Y allá estuvo el ricohome con sus vasallos, criados y hombres de armas. Hizo ruidosas hazañas caballerescas; pero volvió cubierto de cicatrices, dejando en los campos de batalla gastada y consumida su valiente mesnada.

Y caminando de Toledo hácia Vizcaya seguiale apénas un viejo escudero. Viejo y lleno de canas y arrugas tambien él estaba, no de años, sino de penas y trabajos.

Caminaba con triste y sombrío semblante, porque de su castillo le habian venido noticias de entristecer y enojar.

Y cabalgando noche y dia por montes y llanuras, por bosques y jarales, pensaba cómo descubriría si eran falsas ó verdaderas aquellas noticias de mal pecado.

VI.

En casa del conde Argimiro, un año despues de su partida aún todo daba muestras de la melancolía y pesar de la condesa: las

salas estaban forradas de negro; negros eran sus trajes: en los patios interiores del palacio crecía la hierba de manera que se podía segar: las rejas y las celosías de las ventanas no se habían vuelto á abrir: las canciones de los siervos y siervas, los ecos de salterios y arpas habían dejado de sonar.

Mas al cabo de segundo año todo aparecía mudado: las colgaduras eran de plata y colores; blancos y encarnados los trajes de la bella condesa: por las ventanas del palacio traspasaba el ruido de la música y de los saraos, y la casa de Argimiro estaba por dentro y por fuera adornada.

Un antiguo colono del noble conde, fué quien de estas mudanzas le avisára. Dolíanle tantas fiestas y placeres; dolíale la honra de su señor por lo que él veía y por lo que se murmuraba.

Hé aquí cómo sucedió el caso.

VII.

Léjos del condado del ilustre baron Argimiro el Negro, hácia el lado de Galicia vivía un hombre gardingo (1), como quien dice

(1) En tiempo de los godos había en la córte un empleo eminente que era el de *Gardingo*, y equivalía al de

infanzon, jóven y gallardo, llamado Astrigildo ó Alvo.

Contaba veinticinco años: los sueños de sus noches eran hermosas damas; eran amores y deleites; mas al romper el alba todos se deshacían, porque al salir al campo no veía sino pastoras curtidas del sol y las nieves, y siervas groseras de su casa.

De éstas estaba cansado. Más de cinco había seducido con palabras: más de diez comprado con oro: más de otras diez, como noble y señor que era, brutalmente violado.

A los veinticinco años, ya en el libro de la justicia divina se le habían escrito más de veinticinco grandes maldades.

Una noche soñó Astrigildo que corría selvas y valles con la rapidez del viento, montado en un onagro silvestre, y que despues de correr mucho llegaba muy de noche á una casa donde pedía hospedaje.

Y que hermosa dama le recibía, y que en pocos instantes uno de otro se enamoraban. Despertó sobresaltado, y durante el día

consejero real de justicia, influyendo inmediatamente en las decisiones del monarca. El dictado de gardingo solía también hacerse extensivo á los nobles de más alta esfera y de mayor elevacion y viso en la córte del reino.

(N. del T.)

entero no pensó en otra cosa que en la hermosa danza que viera en aquel sueño de madrugada.

Tres noches se repitió el sueño : tres días el mancebo anduvo pensativo. Recostado en la baranda de un terrado, en la tarde del tercero día miraba triste hacia las montañas del norte, que veía en el horizonte como nubes oscuras. El sol comenzó á bajar en el poniente, y áun él estaba preocupado en su melancólica meditación.

Al acaso volvió entónces los ojos al llano que se extendía por debajo: un onagro del bosque estaba allí acostado como si fuese manso jumento : era enteramente semejante á aquel con quien había soñado.

Sueños de tres noches, de fijo no mienten; Astrigildo bajó al valle á prisa : sin mover pié ni mano, el onagro dejóse enfrenar y ensillar ; y á Dios y á la ventura, el caballero cabalgó en él y se lanzó por la cuesta abajo.

Cumpláse todo punto por punto : el onagro no corría, volaba.

Mas el cielo comenzó á entoldarse al anochecer : la oscuridad creció y rompió en viento, truenos, lluvia y rayos. El mancebo perdía de vista los montes, y el onagro doblaba la carrera y bufaba violentamente. Paróse, en fin, á deshora. Sin saber cómo, Astrigildo

hallóse junto á las barreras de un solar almenado.

Tocó su bocina, que dió un són prolongado y trémulo, porque temblaba de susto y de frio. Apénas cesó de tocar, el puente levadizo bajó ; muchos escuderos salieron á recibirle entre antorchas, y las salas del palacio se iluminaron.

¡ Era que tambien la condesa habia soñado tres noches!

VIII.

La clepsidra (1) apunta la hora de sexta nocturna (2), y áun dura el sarao en el castillo del señor de Vizcaya, porque la noble condesa y el gentil Astrigildo asisten á las danzas y juegos de los libertos y siervos, que para su divertimento ejecutan en la sala de armas. Mas en un aposento bajo del castillo, un hombre está en pié, con un puñal en la mano, mirar furibundo y cabello erizado, pareciendo escuchar canción lejana.

(1) Reloj de agua de ingenioso y sencillo mecanismo.
(N. del T.)

(2) Cerca de la madrugada. (Id.)

Otro hombre está delante de él, diciendole : señor, aun no es tiempo de castigar el gran pecado. Cuando se recojan, aquella luz que veis allí ha de apagarse, subid entónces y hallaréis expedito el camino secreto á la cámara, que es la misma de vuestras bodas.

Y el que hablaba salió; de allí á poco la luz se apagó, y el hombre de los cabellos erizados y el mirar extraviado subió por una estrecha y tenebrosa escalera.

IX.

Cuando por la mañana temprano, el conde Argimiro, desde su balcon principal mandaba que llevasen el cuerpo de la condesa á un monasterio de señoras nobles que fundára para tener allí su enterramiento él y los de su casa, y decia á los hombres de armas que arrastrasen el cadáver de Astrigildo y lo despeñasen de un gran barranco abajo; vió un onagro montés acostado en un rincón del patio.

«Un onagro así de manso es cosa que nunca vi, dijo él al colono que estaba en pie. ¿Cómo veo aquí á este onagro?»

El colono iba á responder, cuando se oyó una voz; diríase que el aire hablaba.

«Fué en él, en quien vino Astrigildo: él es quien lo llevará. Por tí quedaron huérfanos los pequeñuelos del onagro, mas por via del onagro quedaste, ¡oh, conde! deshonorado. Fuiste cruel con las pobres bestias: Dios acaba de vengarlas.»

«¡Misericordia! exclamó Argimiro, porque en aquel momento se acordó de la maldita cacería.»

En este momento los hombres del conde salian con el cadáver ensangrentado del mancebo: el onagro, apénas le vió, saltó como un leon en medio de la turba que hizo huir, y cogiendo al muerto con los dientes, le arrastró fuera del castillo, y como si tuviese en sí una legión de demonios, fué á precipitarse con él, el barranco abajo.

Por eso el conde, ceñido de cuerda, y descalzo, iba tras los frailes y el túmulo. Querria hacer penitencia en el monasterio, por haber quebrantado el juramento que habia hecho á su padre.

Las almas de la condesa y del gardingo, cayeron de golpe en el infierno por haber dejado la vida en adulterio, que es pecado mortal.

Desde aquel tiempo las dos miseras almas, se han aparecido á mucha gente en los despoblados de Vizcaya: ella, vestida de blanco

y encarnado, sentada en las peñas, cantando dulces fonadas: él, retozando por allí cerca en figura de onagro.

Tal fué la historia que el viejo abad contó á mi padre, y que él me relató á mí antes de ir á cumplir su penitencia en esa guerra de moros que le fué tan fatal.

Así concluyó Iñigo Guerra. Briarte, el paje Briarte, sentía erizársele los cabellos. Por largo tiempo quedó inmóvil enfrente de su señor: ambos en silencio. El jóven ricohome no podia probar bocado.

Sacó por fin de la escarcela la carta de don Diego para volverla á leer. Las miserias y lástimas que el ricohome allí contaba eran tales, que D. Iñigo sintió que el llanto le corria abundante por las mejillas.

Entónces levantóse de la mesa para irse á acostar. Ni el baron ni el paje pegaron ojo en toda la noche: éste de medroso, aquél de desconsolado.

Y en los oídos de Iñigo Guerra sonaban de continuo las palabras de Briarte: ¿Por qué no vais á la sierra á buscar vuestra madre? Sólo por encantamiento, sería de seguro posible, sacar de entre las garras de los moros, al noble señor de Vizcaya.

Al fin rompió la alborada.

TROVA TERCERA.

I.

Mensajeros tras mensajeros, cartas sobre cartas, son venidos de Toledo á Iñigo Guerra. El rey de Leon rescataba todos los dias sus caballeros por caballeros moros; mas no tenía wali ó cadí cautivo que pudiese dar en trueque por tan noble señor como el señor de Vizcaya.

Y muchos de los redimidos eran de las sierras; y éstos, trayendo los mensajes contaban aún más lástimas del viejo D. Diego Lopez, que las que referian las cartas.

«Junto á una puerta de Toledo, decian, tiene la morisma un gran campo muy bien cercado: aquí hacen fiestas, corren lanzas y toros en los dias de sus perros santos, y los invocan y rezan con khatibs y ulemas.»

«Jaulas de fieras, muchas son las que hay allí; cosa de ver con asombro: los tigres y

y encarnado, sentada en las peñas, cantando dulces fonadas: él, retozando por allí cerca en figura de onagro.

Tal fué la historia que el viejo abad contó á mi padre, y que él me relató á mí antes de ir á cumplir su penitencia en esa guerra de moros que le fué tan fatal.

Así concluyó Iñigo Guerra. Briarte, el paje Briarte, sentía erizársele los cabellos. Por largo tiempo quedó inmóvil enfrente de su señor: ambos en silencio. El jóven ricohome no podia probar bocado.

Sacó por fin de la escarcela la carta de don Diego para volverla á leer. Las miserias y lástimas que el ricohome allí contaba eran tales, que D. Iñigo sintió que el llanto le corria abundante por las mejillas.

Entónces levantóse de la mesa para irse á acostar. Ni el baron ni el paje pegaron ojo en toda la noche: éste de medroso, aquél de desconsolado.

Y en los oídos de Iñigo Guerra sonaban de continuo las palabras de Briarte: ¿Por qué no vais á la sierra á buscar vuestra madre? Sólo por encantamiento, sería de seguro posible, sacar de entre las garras de los moros, al noble señor de Vizcaya.

Al fin rompió la alborada.

TROVA TERCERA.

I.

Mensajeros tras mensajeros, cartas sobre cartas, son venidos de Toledo á Iñigo Guerra. El rey de Leon rescataba todos los dias sus caballeros por caballeros moros; mas no tenía wali ó cadí cautivo que pudiese dar en trueque por tan noble señor como el señor de Vizcaya.

Y muchos de los redimidos eran de las sierras; y éstos, trayendo los mensajes contaban aún más lástimas del viejo D. Diego Lopez, que las que referian las cartas.

«Junto á una puerta de Toledo, decian, tiene la morisma un gran campo muy bien cercado: aquí hacen fiestas, corren lanzas y toros en los dias de sus perros santos, y los invocan y rezan con khatibs y ulemas.»

«Jaulas de fieras, muchas son las que hay allí; cosa de ver con asombro: los tigres y

leones no las rompen: quimera sería imaginar que las manos de los hombres las rompiesen.»

«En una de estas prisiones, casi desnudo, con grillos en piés y manos está el ilustre ricohome, que fué capitán de grandes y lucidas mesnadas.»

«Cortesés acostumbra á ser los moros con sus cautivos nobles. Hacen esta iniquidad con D. Diego Lopez porque ya han pasado tres años y no reciben su rescate.»

Y los peregrinos que venían del cautiverio y contaban tales cosas, bien cenados y agasajados en el castillo, ibanse al otro día con Dios, llevando bien provista la escarcela, en buena y santa paz.

Quien no quedaba en paz era D. Iñigo, «¿Por qué no vas á la sierra?» le decía una voz al oído. «¿Por qué no vais á buscar á vuestra madre?» le repetía el paje Briarte.

¿Qué hacer? Una noche entera la pasó en claro pensando en esto. Por la mañana, encomendándose á Dios y á la suerte, hé aquí que al fin se resuelve á intentar la aventura, aunque á pesar suyo.

Santiguóse veinte veces para no tener después que persignarse. Rezó el *Pater*, el *Ave* y el *Credo*, porque no sabía si en breve esas oraciones no las recordaría.

Y seguido de un mastín, su predilecto, á pié, con una azcona (1) en la mano, y atravesando breñas, se fué por una vereda que conducía hácia los páramos tristes y desiertos, donde era tradición que la hermosa dama se había aparecido á su padre.

II.

Trinan los ruiseñores en los espinos, murmuran á lo léjos las aguas de los arroyos; susurra el follaje blandamente con la brisa de la mañana; vaya una hermosa madrugada.

É Iñigo Guerra sube poco á poco las ásperas vertientes, trepa de barranco en barranco, y á pesar de su mucho valor siente latir el corazón con ansia desusada.

Donde los matorrales hacían alguna pradera, ó las peñas alguna llanura, D. Iñigo se paraba un poco, tomando aliento y poniéndose á escuchar.

Mucho hacía que andaba entre breñas; el sol estaba alto y el día caluroso: al canto

(1) Antigua arma del país, que consistía en un gran hierro aguzado, que se usaba á manera de espada ó cuchilla.

del ruiseñor se siguiera el cantar de la cigarra.

Y encontró una fuente que brotaba de una roca negra, y saltando de piedra en piedra iba á caer en un rústico estanque, donde el sol parecía bailar, al bullir de las ondas que hacia la caída de la cascada.

D. Inigo sentóse á la sombra de la roca, y tomando su montera, aplacó la sed que traía, y se puso á lavar el rostro y la cabeza del sudor y polvo que no le faltaba.

El mastin, despues de beber, se tendió á sus piés con la lengua afuera, jadeante de cansancio.

De pronto el perro se puso de pié y dió un gran ladrido.

D. Inigo volvió los ojos: un jumento silvestre pacía en la pradera junto á una frondosa encina.

«Tarik, gritó el mancebo, Tarik; mas Tarik seguía adelante y á nada atendía.

«¡Ay! déjale correr, hijo mio, no es para tu mastin vencer á ese onagro.»

Esto decía una voz que allá en lo alto de las peñas comenzó á oirse.

Miró: linda mujer estaba allí sentada y con semblante amoroso y sonrisa de ángel, hacia él se inclinaba.

«¡Madre mia, madre mia! gritó Inigo levantándose: y en sus adentros decía: ¡Va-

de retro! San Hermenegildo me valga.»

Y como se había mojado la cabeza, sintió que los cabellos se le iban levantando erizados.

«Hijo, en la boca palabras dulces, en el corazón palabras malditas. ¿Mas qué importa si eres mi hijo? Dime lo que quieres de mí, que todo lo haré á tu voluntad y antojo.»

El jóven caballero no acertaba á hablar de susto: al mismo tiempo Tarik gemía aullando debajo de los piés del onagro.

«Cautivo está de moros hace años mi padre D. Diego Lopez, dijo por fin titubeando. Quisiera me dijeseis, señora, el modo de salvarle.»

«Sé su mal tan bien como tú: si pudiera ya le habria socorrido sin que vinieses á pedirme: mas el viejo tirano del cielo, quiere que pene tantos años como vivió con la... con la que los necios llaman la Dama del Pié de Cabra.»

«No blasfemes contra Dios, madre mia, que es enorme culpa, interrumpió el mancebo cada vez más horrorizado.»

«¡Culpa! No hay para mí, inocencia ni culpa, dijo la dama riendo á carcajadas.»

Era un reir de sonámbulo, triste y espantoso. Si el diablo rie, como aquella debe ser la risa del diablo.

El caballero no pudo pronunciar más palabras. »

« ¡Inigo! prosiguió ella; falta un año para cumplirse el cautiverio del noble señor de Vizcaya. Un año pasa pronto; más pronto te le haré yo pasar. ¿Ves aquel robusto onagro? Cuando al despertar una noche le halles á tus piés, manso como un cordero, cabalga en él sin temor, que te llevará á Toledo, donde librarás á tu padre. Y gritando, añadió: ¿Estás en ello, Pardillo?»

El onagro levantó las orejas, y en señal de aprobacion comenzó á rebuznar; comenzó por donde á veces las academias acaban (1).

Después la dama se puso á cantar una cancion de brujas, acompañándose de un salterio, del que arrancaba muy extrañas notas.

De la escoba por el palo
Por la cuerda de polea,
Por la vibora que ondea
Por la Toura (2) libro malo.

(1) Aquí hay un juego de palabras de doble sentido: *acurrar* en portugués es rebuznar, y la alusion á la Academia es porque ésta comenzó un diccionario, que dejó interrumpido en la letra A, y que acababa en la palabra *acurrar*. (N. del T.)

(2) Llámase la *Toura* en portugués al libro en que los hebreos escribian su ley, que solia en aquel tiempo hacerse en una piel de yaca. (*Id.*)

Por la vara del acierto (1)
Por el lienzo colador,
Por el viejo encantador
Y por la mano del muerto.

Por el cabron rey de fiesta,
Por el sapo frío, helado,
Por el niño desangrado
Que la bruja chupó en siesta.
Por el cráneo hondo y lustroso
En que sangre se libó,
Y del que á hermano mató
Por el gemir doloroso.

Por el nombre de misterio,
Que en palabras no está escrito,
Venid, genios del precito,
Venid á oír mi salterio.

Y bailad sobre la tierra
Una danza extravagante,
Que adormezca en un instante
A mi hijo Inigo Guerra.

Y que duerma un año entero
Como en sueño de una hora
Junto á la fuente que llora
Sobre el césped de este otero.

En cuanto la dama cantó estas coplas, el mancebo sintió un quebrantamiento en los miembros, que creció cada vez más, y que le obligó á sentarse.

Y luego, luego, oyóse un ruido ahogado como de truenos y vientos atravesando cue-

(1) Vara de virtudes, ó de adivinacion, vara mágica. (N. del T.)

vas : despues el cielo comenzó á entoldarse, y cada vez estaba más oscuro, hasta que al fin, apenas un fulgor de crepúsculo le alumbraba.

Y el manso estanque hervia, y los peñascos se abrian, y los árboles se retorcian, y los aires silbaban.

Y en las burbujas de agua de la fuente, y en las hendiduras de las rocas, y entre las ramas de los árboles, y en la inmensidad del aire se veia bajar, subir, atravesar, saltar..... ¿el qué? Cosa muy espantosa.

Eran mil y mil brazos sin cuerpos, negros como el carbon, teniendo cada uno en los extremos una ala, y en la mano una especie de antorcha.

Como la parva que el viento levanta en la era, aquella multitud de luces se cruzaba, se revolvia, se unia, se separaba, se arremolinaba, mas siempre con cierta cadencia, como bailando á compas.

A D. Diego le daba vueltas la cabeza : las luces le parecian azules, verdes y rojas ; mas se extendia por sus miembros una languidez tan dulce, que no tuvo fuerzas para hacer la señal de la cruz y ahuyentar aquella legion de Satanases.

Y sentia desvanecerse, y poco á poco se durmió, y de allí á poco roncaba.

Entre tanto, en el castillo le echaban de ménos. Le esperaron hasta la noche ; esperáronle una semana, un mes, un año, y no lo veian volver. El pobre Brearte recorrió por mucho tiempo la sierra, mas nunca llegó al sitio en que el caballero estaba.

III.

Diego despertó á media noche : habia dormido algunas horas : al ménos así lo creia : miró al cielo, vió estrellas : tocó alrededor, halló tierra : escuchó, oyó el susurro de los árboles.

Poco á poco se fué acordando de lo que le pasára con su desventurada madre ; porque al principio no se acordaba de nada.

Parecióle entónces oír respirar allí cerca : volvió la vista : era el onagro Pardillo.

« Ya que estoy medio hechizado, pensó, sigamos el resto de la aventura por ver si salvo á mi padre. »

Y poniéndose en pié, dirigióse hácia el rugoroso animal que ya estaba enfrenado y ensillado : de quien eran los arreos eso lo sabia el diablo.

Vaciló todavía un momento : tenía escri-

pulos, á buena hora, de cabalgar en aquel corcel infernal.

Entónces oyó en los aires una voz vibrante, que cantaba con mucha cadencia. Era la terrible voz de la Dama del Pié de Cabra.

Cabalga mi caballero
En valiente corredor,
Ve á salvar al buen señor
Del moro su carcelero.
Pardillo, no comerás
Paja, cebada ni avena,
Ni tendrás yantar ni cena,
Así, pronto volverás.

Ni de látigo, ni espuela
Necesita, ¡oh, caballero!
Corre, corre, anda ligero,
Noche y día, corre, vuela.

Freno ó silla no le quites,
No le hables, no le hierres,
De tanto andar no te aterres,
Y el mirar atrás evites.

Firme, adelante, adelante,
Pronto, pronto, á buen correr,
No hay minuto que perder
Antes de que el gallo cante.

«¡ Sea! gritó Inigo Guerra, con la especie de frenesí que le produjera aquel cántico extraño: y de un salto montó sobre el quieto onagro.

Mas apenas se afirmó en la silla..... pst, hèle que parte.

IV.

Aunque en paz con los cristianos, los moros de Toledo tienen en las torres, troneras y adarves sus atalayas y vigías, y en los montes que dan á la frontera de Leon, antorchas y fogatas.

Mas si el rey leonés supiese cuán descuidada yace Toledo; como al anochecer se duermen los centinelas y se dejan de encender las antorchas, quebraría sus juramento y haria contra aquellas partes una repentina acometida.

Salvo tenor que ir á su confesor á decir *confiteor Deo y peccavi*; porque el faltar á un juramento, aunque sea á perros descreídos, dicen ser feo pecado.

Era la hora del crepúsculo: á la caída del sol, los de Toledo vieron allá muy á lo lejos, venir corriendo una nube negra, ondeando y dando vueltas en el cielo, tantas como en la tierra daba el camino por entre los montes: diríase que venia embriagada.

Era primero un punto: despues creció y creció: cuando anocheció estaba ya cerca y cubria un gran espacio.

El almoaden, subiendo á la torre de la

mezquita, llamaba á los creyentes de Mafanede á la oracion de la tarde.

Mas á su voz ronca se unió el estallar de los truenos: era como un tiple y un bajo.

Y pasó una ráfaga de viento, que arremolinando las barbas largas y blancas del almoaden, le azotó con ellas la cara.

Comenzó entónces á caer un golpe de lluvia, que ni mozos ni viejos se acordaban de haber visto cosa semejante en ninguna parte.

Era de ver á los centinelas esconderse en las garitas de las torres; las rondas y contrarondas huir por los adarves; los hacheros recogerse debajo de las almenaras; los hadjis acogerse á las mezquitas, mojados hasta los ojos: las viejas que habian salido al vocear del almoaden llevadas por los torrentes de las calles tortuosas y estrechas invocando á Mahoma y Aláh. Y el agua cayendo cada vez más.

Dos únicos movimientos hacen entónces los moradores de Toledo: unos huyen, otros se resguardan. Y el agua cayendo cada vez más.

El pavor penetra en todos los ánimos: los cacices conjuran la tormenta: los faquires penitentes gritan que se acaba el mundo, y que les deje sus bienes aquel que quiera salvarse. Y el agua cayendo cada vez más.

La salvacion de Toledo estuvo en no haber cerrado sus puertas: si así no fuese, dentro del recinto de los muros habria muerto toda la morisma ahogada.

V.

En la prision estaba D. Diego apoyado en las barras de hierro. El pobre viejo entreteniase en oír aquel espantoso llover: porque la noche habia cerrado, y no tenia nada que hacer.

Mas como la plaza de delante de su jaula de fiera, estaba rodeada de muros, la lluvia no podia filtrarse toda, é iba creciendo, de modo que ya sentia los piés mojados.

Y tambien comenzó á tener miedo de morir, á pesar de su miseria. Bien sabia D. Diego que la muerte es la mayor desgracia de todas: que no era el señor de Vizcaya ateo, filósofo, ni tonto.

Más á lo léjos divisó un bulto blanquecino que saltó por cima de la empalizada, y sintió al mismo tiempo en mitad de la plaza: ¡plash!

Y oyó una voz que decia: «Noble señor D. Diego, dónde es donde os hallais?»

«¿Que veo y oigo? exclamó el anciano: un

traje que no blanquea no es de ismaelita; una voz que no habla algarabía no es de infiel: un salto desde tanta altura no es de caballero de este mundo. Por vuestra fe decidme: ¿sois ángel ó sois Santiago?»

«¡Padre mio! ¡padre mio! respondió el caballero, ¿ya no conocéis la voz de Iñigo? Soy yo, que vengo á salvaros.»

Y D. Iñigo apeó, y cogiendo las gruesas rejas intentaba moverlas, y el agua le llegaba á los tobillos y no conseguía nada.

Lleno de aflicción el mancebo quiso invocar el nombre de Jesus: mas acordóse de cómo hasta allí habia ido, y el bendito nombre espiró en sus labios.

Todavía Pardillo pareció adivinar su íntimo pensamiento, porque lanzó un gemido agudo y rápido como si le hubiesen tocado con un hierro candente.

Y empujando con la cabeza á D. Iñigo volvió la espalda á la jaula.

¡Pan! fué el sonido que se oyó: de una sola patada la reja estaba en el suelo y los cercos de piedra habian volado en mil pedazos. Que me lo crean que no, así lo dice la historia: yo a ello ni pierdo ni gano.

D. Diego quedó creyéndolo, porque un pedazo de piedra le quitó los dos últimos dientes que tenia, metiéndoselos por la gar-

ganta abajo. Por eso con el dolor no podia hablar palabra.

Su hijo le hizo montar delante de sí, y subiendo detras de él, exclamó: «Padre mio, estais en salvo.»

Y Pardillo de un salto atravesó de nuevo la empalizada. ¡Aunque tenia cerca de quince palmos!

Por la mañana no habia señal de lluvia: el cielo estaba limpio y sereno, y cuando los moros fueron á ver qué le habia sucedido á D. Iñigo Lopez, no le hallaron, ni señales siquiera.

VI.

D. Iñigo y su padre, el viejo señor de Vizcaya, atraviesan las puertas de Toledo con la rapidez de la flecha: en un abrir y cerrar de ojos dejan atras muros, torres, barbacoas y atalayas. La lluvia va disminuyendo: rásganse las nubes y se ven relucir algunas estrellas, que parecen otros tantos ojos con que el cielo espía á traves de la oscuridad, lo que sucede aquí abajo.

El camino, en las bajadas y subidas de las cuestas, se habia convertido en lecho de torrente y en los llanos habiase convertido en lago.

Pero así por los lagos como por los torrentes, el valiente onagro seguía adelante bufando como un condenado.

No bien subían un monte, ya bajaban por la otra cuesta abajo: no bien llegaban á una pradera, cuando sentían en espesa bosque, gotearles encima las ramas agitadas de los árboles.

Es poco más de media noche y los picos nevados del Vindio, recortan el fondo estrellado del cielo ya limpio, semejante á los dientes de una sierra gigante, capaz de dividir á cercen, el hemisferio austral del hemisferio boreal.

Y Pardillo arremete siempre á galope deshecho con las montañas enormes, y baja á los valles temerosos, y cada vez más ligero, como su nombre lo indica, ménos parece cuadrúpedo que pájaro.

Mas ¿qué ruido es ese que sobrepuja al del viento? ¿Qué es eso que allá á lo lejos, ora blanquea, ora reluce en las tinieblas como una banda de lobos envueltos en sudarios blancos, con sólo los ojos descubiertos, y marchando en hilera por la hondonada del valle abajo?

Es un río caudaloso y fiero, con su manto de espuma, y con las escamas angulosas de su dorso erizado, donde brillan y chis-

pean los rayos de las estrellas en mil reflejos quebrados.

Negrea sobre el río un puente, en medio de él una forma escueta. «¿Será un lindero, una estatua?» pensaron los caballeros. Pino no puede ser; no se sabe que nazca en los puentes.

Pardillo se reía de los ríos: de puentes hacia tanto caso como de un pienso de paja. Sin embargo, aunque bien podía de un salto salvar veinte riberas como aquella, se fué derecho al puente; porque no era animal que diese vueltas en balde.

Semejante al relámpago se arrojó el onagro por aquel paso estrecho..... Mas ¡tate!..... Hé aquí que de pronto se para.

Y temblaba como el junco y jadeaba con violencia: los dos caballeros miraron.

El bulto escueto era una cruz de piedra levantada en medio del puente: por eso Pardillo titubeaba.

Entónces desde unos altos chopos que en la margen cercana se movían, un poco más abajo de aquel sitio, oyóse una voz fatigosa y trémula que cantaba:

Hacia atrás, hacia atrás, á tornar.

¡Yo!

¡Da vuelta, da vuelta, á pasar

Por acá!

Por aquí no te lo han de impedir.
¡Chut!
Vosotros callad. ¡Tú, procura huir
De la cruz!

«Santo nombre de Cristo!» exclamó D. Diego santiguándose al escuchar aquella voz, que conocía bien, mas que despues de tantos años no esperaba oír allí, porque su hijo no le dijera qué medio buscára para salvarle.

Apénas el grito del viejo se oyó, él y Don Inigo fueron á caer al pedestal de la cruz, quedando de brucees envueltos en lodo. El onagro, al arrojarlos de sí, lanzó un gemido de fiera. Sintieron entónces un olor insoporable de azufre y de carbon de piedra inglés, que luégo se conociera ser cosa de Satanás.

Y oyeron como un trueno subterráneo: y el puente se balanceaba como si las entrañas de la tierra se despedazasen.

A pesar de su gran terror, y de invocar á la Virgen Santísima, D. Inigo entreabrió los ojos para ver lo que pasaba.

Nosotros los hombres, acostumbramos á decir que las mujeres son curiosas. Nosotros sí que lo somos. Mentimos como unos be-lacos.

¿Qué vería el caballero? Un hoyo abierto cerca de él en el puente, y que despues continuaba en el agua.

Y despues en el lecho del río: y despues en la tierra adentro, adentro: y despues por el fondo del infierno, que otra cosa no podia ser un fuego muy rojo que brillaba en aquella profundidad.

Tanto era así, que hasta vió pasar á traves á un demonio con un descomunal asador en las manos, en el que llevaba un judío atravesado.

El Pardillo bajaba caracoleando por aquel boquete como una pluma, cayendo en dia sereno de lo alto de una torre abajo.

Aquel espectáculo hizo perder los sentidos á D. Inigo, que yendo tambien á llamar á Jesus halló que no podia proferir este nombre sagrado.

De terror, tanto el viejo como el mozo, quedaron allí desmayados.

Cuando volvieron en sí, al salir del claro sol conocieron el sitio en que se hallaban. Era el puente próximo á la aldea de Nusturio, en cuyo alto se veía el castillo construido por D. From, el sajón antepasado de D. Diego Lopez y primer señor de Vizcaya.

Ningun vestigio quedaba de lo que allí habia pasado: los dos, rendidos y llenos de lodo y pisadas, se fueron arrastrando como pudieron hasta encontrar á algunos villanos,

á quienes se dieron á conocer, y que los llevaron á casa.

No os referiré las fiestas que por su venida se hicieron en Nusturio, porque no está léjos la hora de cenar, rezar y acostarse.

VII.

D. Diego vivió poco tiempo: todos los días oía misa: todas las semanas se confesaba. Sin embargo, D. Iñigo nunca más entró en la Iglesia, nunca más rezó, y no hacia más que ir á la sierra á cazar.

Cuando tenía que ir á las guerras de Leon le veían subir á la montaña armado de todas armas, y volver de allí montado en un gigantesco onagro.

Y su nombre resonó en toda España, porque no hubo batalla en que entrase y se perdiese, y nunca en ningun encuentro fué herido ni derribado.

Decían por lo bajo en Nusturio, que el ilustre baron tenía pacto con Belzebut. Al ménos era cosa de milagro.

^{4a} Medio condenado estaba por su madre: no tenía que vender sino la otra mitad de alma.

Por ochenta por ciento de ganancia en un recibo de pago, la da entera al demonio cual-

quier usurero, y cree haber hecho un buen negocio.

Sea como fuese, Iñigo Guerra murió viejo: lo que entónces pasó en el castillo no lo cuenta la historia. Como no quiero inventar mentiras, no diré más.

Pero la misericordia de Dios es grande. A prevencion, recen por él un *Pater* y un *Ave*. Si no le pudiesen aprovechar, sea por mí. Amén.

ÍNDICE.

	Páginas.
Alejandro Herculano.	v

ARRAS POR FUERO DE ESPAÑA. (1371-72.)

I.—La arraya-miuda.	15
II.—El cogulla.	39
III.—Un alboroto y una aguja de sastre.	58
IV.—Mil doblas Pé-terra y trescientas barbudas.	75
V.—Maestre Bartolomé Chambao.	90
VI.—Una barragana reina.	112
VII.—Juramento.—Cumplimiento.	136

LA DÁMA DEL PIÉ DE CABRA.

(SIGLO XI.)

Trova primera.	169
Trova segunda.	178
Trova tercera.	195

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

